

Archivo General de la Nación
Volumen LXVII

HIPÓLITO BILLINI
Escritos 1

**COSAS, CARTAS
Y ...OTRAS COSAS**

ANDRÉS BLANCO DÍAZ
Editor



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

HIPÓLITO BILLINI ARISTY nació en la ciudad de Baní en 1850. Sus padres fueron Hipólito Billini Hernández y María de Regla Aristy.

Realizó los primeros estudios en su pueblo natal, y luego se trasladó a Santo Domingo con el fin de continuarlos en el colegio San Luis Gonzaga, bajo la orientación y protección de su tío el presbítero Francisco Xavier Billini.

Desde muy joven dio muestras de su habilidad para el comercio, condición que le llevó a viajar con frecuencia por Europa y los Estados Unidos.

En la vida pública, ocupó el puesto de cónsul dominicano en Nueva York durante el gobierno del general Cesáreo Guillermo; y volvería a desempeñar el mismo cargo en varias administraciones más: las de Gregoriouperón, Fernando A. de Meriño, Ulises Heureaux y Francisco Gregorio Billini.

De su desempeño como diplomático se puede decir que prestó importantes servicios a la República Dominicana, sirviendo como difusor y propagandista de las bondades del país en los Estados Unidos, afán que lo llevó a publicar una traducción al inglés de nuestra Constitución política. En este mismo idioma, así como en español, publicó el folleto de propaganda *Present condition of the Dominican Republic* (*Presente condición de la República Dominicana*) en 1885, dirigido a los posibles inmigrantes e inversionistas, para que se enteraran de las condiciones y virtudes de esta tierra aún virgen. Además, aprovechó su puesto de cónsul para contribuir con la causa de la lucha del pueblo cubano por lograr su independencia, gestionando armas y recursos para hacerlos llegar a su primo Máximo Gómez.

Siguiendo en el ámbito de su paso por la administración pública, desempeñó las funciones de Contador General de Hacienda en la última administración de Heureaux.

La gran mayoría de los escritos de Hipólito Billini aparecieron publicados en *El Eco de la Opinión*, con los seudónimos C. T. WAYO, JIMMY, MARIO Z., o con las iniciales o abreviaturas de su nombre: H., Hp. y HTO. Con el primer seudónimo, o sea C. T. WAYO, apare-







Escritos 1

Cosas, Cartas y ... Otras cosas



Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo
de la Dirección General de Aduanas



Archivo General de la Nación
Volumen LXVII

Hipólito Billini

Escritos 1
Cosas, Cartas y ... Otras cosas

Andrés Blanco Díaz
Editor

Santo Domingo
2008



Archivo General de la Nación, volumen LXVII

Título: *Escritos 1. Cosas, Cartas y ... Otras cosas*

Autor: Hipólito Billini

Departamento de Investigación y Divulgación

Edición y cuidado: Andrés Blanco Díaz

Diseño: Puro Fajardo

Diseño de cubierta: Rubén Díaz Carrero

Diagramación: Soluciones Técnicas FyJ

Digitación: Juan Francisco Novas

Cubierta: Plaza de Armas, parque Colón y calle Separación en los primeros años de la década de 1880. (Archivo de A. Blanco Díaz).

© Ediciones del Archivo General de la Nación, 2008

ISBN 978-9945-020-53-3

Archivo General de la Nación

Calle Modesto Díaz N° 2,

Zona Universitaria,

Santo Domingo, Distrito Nacional

Tel. (809)362-1111, Fax. (809) 362-1110

www.agn.gov.do

Impresión: Editora Búho, C. por A.

Impreso en República Dominicana

Printed in Dominican Republic





HIPÓLITO BILLINI

La Cuna de América I:19 (Santo Domingo, 9 de agosto de 1903)
(Archivo de VAD)



Contenido

Presentación / 13

Cosas

Cosas... / 17
Cosas... / 21
Cosas... / 23
Cosas... / 27
Cosas... / 31
Cosas... / 35
Cosas... / 37
Cosas... / 41
Cosas... / 43
Cosas... / 47
Cosas... / 51
Cosas... / 55
Cosas... / 59
Cosas... / 61
Cosas... / 63
Cosas... / 65
Cosas... / 71
Cosas... / 73
Cosas... / 77
Cosas... / 79
Cosas... / 83
Cosas... / 85



Cartas de James Cooper a Robert Ferguson y de Robert Ferguson a James Cooper

1ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	91
2ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	95
4ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	101
5ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	107
6ª. Carta de James Cooper a Robert Ferguson /	113
7ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	119
1ª. carta de Robert Ferguson a James Cooper /	125
James Cooper otra vez /	129
9ª carta de James Cooper a Robert Ferguson /	131
2ª. carta de Robert Ferguson a James Cooper /	135
11ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	139
13ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	145
14ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	151
15ª. Carta de James Cooper a Robert Ferguson /	155
17ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	161
18ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	167
19ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	171
21ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	175
22ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	181
23ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	187
24ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	191
27ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson /	197
29ª. Carta de James Cooper a Robert Ferguson /	203

...Otras cosas

España y Santo Domingo /	211
Historia de Quisqueya	
I /	215
II /	218
Dos palabras /	223
Baní como ejemplo del deber de contribución /	227
El arte pintoresco en Santo Domingo /	231



Doctrina	
I / 235	
II / 237	
III / 239	
IV / 241	
Azoterapia / 245	
El Bill McKinley / 249	
La petición sobre dinero / 253	
Mención honorífica / 255	
Profecías mesméricas / 259	
Remigio Morel / 263	
El rabo del diablo / 267	
Una aventura / 271	
Complacencia / 275	
Las bicicletas / 279	
La goleta «Providencia» / 283	
El secreto de un loco / 287	
Índice onomástico / 291	





Presentación

Hipólito Billini Aristy nació en la ciudad de Baní en 1850. Sus padres fueron Hipólito Billini Hernández y María de Regla Aristy.

Realizó los primeros estudios en su pueblo natal, y luego se trasladó a Santo Domingo con el fin de continuarlos en el colegio San Luis Gonzaga, bajo la orientación y protección de su tío el presbítero Francisco Xavier Billini. Tenía entonces dieciocho años.

Desde muy joven dio muestras de su habilidad para el comercio, condición que le llevó a viajar con frecuencia por Europa (París, Manchester, Londres) y los Estados Unidos (en especial Nueva York). Fue así como en la segunda mitad de los años de mil ochocientos setenta consiguió un empleo como representante de la casa comercial de los señores Jackson, Brierley and Briggs, de Manchester, Inglaterra, que lo llevó a desplazarse por una parte de los países europeos (Irlanda, Alemania, Italia, Francia y España...) y a muchas islas de las Antillas, en gestiones de negocios para dicha casa. También era el representante en Europa de una de las más importantes casas comerciales dominicanas.

En la vida pública, ocupó el puesto de cónsul dominicano en Nueva York durante el gobierno del general Cesáreo Guillermo; y volvería a desempeñar el mismo cargo en varias administraciones más: las de Gregorio Luperón, Fernando A. de Meriño, Ulises Heureaux y Francisco Gregorio Billini.

De su desempeño como diplomático se puede decir que prestó importantes servicios a la República Dominicana, sirviendo



como difusor y propagandista de las bondades del país en los Estados Unidos, afán que lo llevó a publicar una traducción al inglés de nuestra Constitución política. En este mismo idioma, así como en español, publicó el folleto de propaganda *Present condition of the Dominican Republic* (*Presente condición de la República Dominicana*) en 1885, dirigido a los posibles inmigrantes e inversionistas, para que se enteraran de las condiciones y virtudes de esta tierra aún virgen. Además, aprovechó su puesto de cónsul para contribuir con la causa de la lucha del pueblo cubano por lograr su independencia, gestionando armas y recursos para hacerlos llegar a su primo Máximo Gómez.

Siguiendo en el ámbito de su paso por la administración pública, desempeñó las funciones de Contador General de Hacienda en la última administración de Heureaux.

La gran mayoría de los escritos de Hipólito Billini aparecieron publicados en *El Eco de la Opinión*, con los seudónimos C. T. WAYO, JIMMY, MARIO Z., o con las iniciales o abreviaturas de su nombre: H. Hp. y HTO. Con el primer seudónimo, o sea C. T. WAYO, aparecieron sus escritos titulados «Cosas...», en los cuales coge la pluma para hacer las veces de cronista de su época, en unos escritos cargados de buen humor, de denuncia de los males sociales y la corrupción; además de anticlericales, desafiantes e irreverentes. Esa misma línea de escritura es la que volvemos a encontrar en sus importantes y valiosas «Cartas de James Cooper a Robert Ferguson» y «Cartas de Robert Ferguson a James Cooper», las cuales aparecieron en *El Eco de la Opinión* entre junio de 1886 y agosto de 1887.

Luego de que el dictador Heureaux declarara en 1886 la clausura de todas las publicaciones periódicas en el país a raíz de la desatada Revolución de los Moyistas, Hipólito Billini fue sacado por la fuerza de su residencia en altas horas de la noche, golpeado, insultado y encerrado durante sesenta y un días en una solitaria de la Torre del Homenaje llamada «Calabozo de Colón». Esa misma noche corrió igual suerte su hermano Francisco Gregorio. Recordando lo sucedido, el propio Hipólito comenta en una de sus ya mencionadas «Cartas de James Cooper a Robert Ferguson»: «estuve allí, Bob, teniendo por espacio diez y seis pies cuadrados, y en la mayor parte de los días *privado completamente* hasta del rayo del sol.»



En 1895, accediendo a la petición del director-propietario de ya mencionado *Eco de la Opinión*, que lo era su hermano Francisco Gregorio, aceptó ocuparse interinamente de la redacción de este periódico para cubrir la vacante dejada por la renuncia de Miguel Ángel Garrido. Fue en ese mismo año que publicó una larga serie de artículos por entregas, dedicados a tratar la cuestión de límites fronterizos entre la República Dominicana y la República de Haití; cuestión que estaba entonces sometida a la consideración del Papa León XIII para su dictamen. Dichos artículos fueron recogidos en 1896 bajo el mismo título con que aparecieron primeramente: *Santo Domingo y Haití. Cuestión de límites*, con un valioso prólogo de ponderación de Manuel de J. Galván.

Con motivo de la firma en 1901 del contrato entre el Estado dominicano y la San Domingo Improvement Company of New York, escribió una serie de catorce artículos, bajo el título de «El Contrato con la Improvement». Las opiniones, objeciones y argumentos en contra externadas en estos artículos desataron la reacción del entonces Ministro de Relaciones Exteriores, Francisco Henríquez y Carvajal, quien defendió la firma que él mismo, en su condición de comisionado dominicano para tales negociaciones, había avalado con la compañía norteamericana. Los artículos de Billini aparecieron en el *Listín Diario*, y los de Henríquez y Carvajal en el periódico pro gubernamental *El Combate*, con el seudónimo CAYACOA. También en este último periódico publicó Enrique Henríquez los artículos «Sutilezas e inexactitudes de don Hipólito Billini», amparado en el seudónimo AMABLE RAZONADOR, y en apoyo de la firma del citado Contrato.

Ese mismo año de 1901, Billini era uno de los miembros de la Sociedad de Enseñanza.

Hipólito Billini Aristy falleció en Santo Domingo el 2 de febrero de 1903.

ANDRÉS BLANCO DÍAZ





Cosas...*

Nuestra plaza. Los asientos. Alumbrado. El paseo. El Municipio. El pueblo. El gobierno. Un bazar

En nuestra plaza hay ya cuatro asientos. Son pocos, pero... ¡lujosos! ¡Gracias sean dadas a la Sociedad «Hijos del Ozama»! Por algo debió comenzarse; y aunque sentimos que se haya comenzado por dotar de tan magnífico atavío aquello a que no correspondía sino un modesto ornato, por otra parte parece que tal disculpable error trae la necesidad de completar la obra. Es preciso limpiar la casa para ponerle otros muebles decentes.

* * *

Aquellos faroles que el empeño del anterior municipio y la contribución de una parte del comercio hicieron estrenar el 16 de agosto: ¿por qué duermen en oscuros rincones? A tales asientos no les vendría muy mal el alumbrado de tales faroles. Son dos cosas buenas que debían entablar un diálogo nocturno de satisfacción, riéndose luego a carcajadas de los panteones de «La Juventud».

* * *

* Estos textos fueron publicados con el seudónimo C. T. WAYO. (Nota del editor).



Y a propósito de «La Juventud». Aquellos realitos de que tanto se ha hablado, ¿no pudieran emplearse en completar de algún modo el proyecto de paseo que tiene el municipio? No vendrían ni tan mal esas pocas centenas de brogoces mejicanos. «La Juventud» debió hacer lo que los «Hijos del Ozama», pero como ella murió *ab intestato*, leguen y donen ahora sus tutores natos al Ayuntamiento la cantidad que haya en depósito. Es un buen heredero, aunque lo sea *a beneficio de inventario*.

* * *

¡El paseo! La aspiración de los hijos y de las hijas de Eva, y aún de los padres, tías y abuelas de estas, es ese paseo que tanto se ha proyectado; pero... siempre sale al encuentro una dificultad, la más insuperable. Es que todo debe hacerlo aquí el municipio o el gobierno. En vez de la poderosa iniciativa particular, domina la inercia de unos pocos pesimistas, que mata toda buena idea en su cuna.

* * *

Sabemos que el municipio quiere hacer mucho, y sabemos que los particulares parece que quieren no hacer algo. Son contrastes que se chocan: una cosa así parecida a la yerba de la plaza bajo los asientos de los «Hijos del Ozama».

Pero el pueblo quiere paseo –dirán muchos del pueblo.

¡Oh, sí! es cierto; pero el pueblo quiere no dar ni un centavo para ese ornato público de que él solo va a aprovecharse.

* * *

¿Y el Gobierno? –¡vaya una ocurrencia! ¡Si los pobres gobiernos son tan pobres, que los pobres municipios no tienen sino una pobre parte de las pobres patentes que recibir de ellos! ¡Hasta a las de ayer, que estaban en el presupuesto municipal, se les echó la *garra* por completo!



Veremos ahora si con los *nikels consuegrinos* que se echaron al agua se contribuye siquiera para el pedestal de una estatua de la Libertad. Con un bezo que los extraiga del fondo de la mar tenemos lo bastante. Algo es algo.

¿Se desea paseo en la plaza? Nada más fácil. Contribúyase como para otras muchas cosas: utilícese lo que tiene «La juventud»; establézcase un *Bazar* con el objeto de reunir con qué atender al aseo, enverjado, asientos, alumbrado, arboleda, &. &. ¿Quiérese que la obra se lleve a cabo? Ayúdese al municipio en la empresa: póngase a la cabeza de ella su progresista presidente, ciudadano Leonardo Delmonte, que es tan entusiasta por el proyecto y... entonces, ¡oh entonces... ¡tendremos paseo!

El Eco de la Opinión, Año I, No. 37, 24 de enero de 1880.





Cosas...

¿Por qué? Las retretas en medio de la plaza son más lucidas; pero las que se tocan al abrigo de los altos del Palacio de Gobierno carecen de muchas condiciones.

¡Señores de la Banda! Sin duda sentís muy temprano el frío, cuando así os arrinconáis. Los concurrentes, por nuestro órgano, os piden música al aire libre y de aires templados, en estas noches de semi-invierno.

* * *

Robos. Nuestro repartidor se queja de lo que le hacen a él y a otros de su vecindario masónico. Eso de criar sus pollos y gallinas con tanto trabajo, para que después vengan de noche algunos truhanes a engullírselas, tiene mucho de... impropio e injusto. Y no es nada esto, sino que después tienen los tales la audacia de ponerle a Beleño y a sus vecinos las plumas en la puerta, acompañadas de asquerosos pasquines.

Beleño y el vecindario protestan solemnemente contra ese despojo nocturno de la propiedad.

* * *

La guagua. Sabemos que nuestro humilde semanario se lee por muchos, pero se compra por pocos. Aconsejamos (porque así nos conviene) el más refinado egoísmo a los que nos favorecen



con la suscripción. Hay gentes que un día van a pedir prestados hasta... los zapatos para ir a los bailes de Malú.

* * *

Boca de burro y C^a. ¿Hasta cuándo se consentirá que ese ebrio idiota y otros estén dando escándalos por las calles? ¿No hay policía que los lleve al Hospital a prestar algún servicio allí a los pobres enfermos?

El Eco de la Opinión, Año I, No. 38, 31 de enero de 1880.



Cosas...

Las familias se nos quejan amargamente de que están impedidas de ver y atender a las tumbas de sus dolientes en el cementerio de esta población, por

El yerbazo

que esmalta su recinto y de ñapa los blasones del ilustre Ayuntamiento de la ciudad capital de la República.

Algo hay, respetables regidores, que desacredite una población como esta y un respetable Cuerpo como ese: ¡la vagancia! Si pues creáis escuelas, la experiencia os dice a gritos: «no bastan», y así es necesario organizar talleres; y si talleres no, dar reglamentos a la Policía para el caso; porque, respetables regidores, es atroz eso de estar los días feriados y no feriados invadidas las calles de pillos jugando a la rayuela y echando cada taco tan redondo, que nos causa rubor el rubor de las pobres niñas que tal aguantan con santa resignación. Además, el tránsito se ve tan invadido, que corre uno cada rato el riesgo de ser atropellado, y mucho nos holgaría ver a un regidor tumbado cuan largo es medio a medio de la calle y por añadidura acompañando a una joven, por una horda de angelitos que juegan al tanto allá y déjame estar entre las piernas del transeúnte. ¡Y lo



bueno es que las más veces, el palacio municipal es testigo impasible de escenas!...

Post data.— Se nos olvidaba, ilustres regidores, las pelotas de fuego en pleno tránsito, que andan a la sopa boba buscándole a uno el *busuá*, como dice cierto divertido compatriota.

Otra, si gustáis. ¿Es humano ni culto ni propio el que los carreteros y borriqueros peguen tan desaforadamente a sus animales forzándolos con cargas abrumadoras, y echando por esa boca que no hay una sino cerrar a toda prisa con gran ruido ventanas y balcones? ¡Pobres bestias, y sobre todo pobres familias!

Nos place que la Dirección de la Banda de música haya atendido a lo que dijimos respecto a las retretas. Ahora son estas en medio de la plaza; tan *en medio*, que parece se midió escrupulosamente con la batuta la distancia que hay de los extremos al centro. Así nos gusta. ¡Ya se ve, como músicos al fin, deben tener muy buen oído los señores de la banda!

Los pocos y estrechos asientos de la plaza se ven invadidos de noche por las turbas de pilluelos que tanto menudean en nuestra ciudad. Bueno fuera que un agente de la policía municipal estuviese allí para impedir este abuso.

* * *



Organillos tocan
los que un día de allende
a esta tierra pródiga
entusiastas vienen.
Eso es cosa buena,
eso nos conviene;
esos son milagros
dice aquí la gente.
Pues los *organillos*
dan un son tan tenue,
son tan armoniosos
que a todos conmueven.
Y las *pesetonas*
hacen que al pie rieguen
de quienes los tocan
porque así conviene.
Por eso es que pronto
para *Las Mercedes*
órgano tendremos,
traído de allende.
Para esta mejora
que el templo merece
van de puerta a puerta
buscando *cuarteles*
ciertos *mona guillos*
y devotas fieles.
De suerte, señores
que allí en Las Mercedes,
que no está *compuesta*
ni aún en las paredes,
oiremos los sonos
de *Órgano* de allende:
la ocurrencia es buena
la cosa conviene!

* * *



Se va metiendo la cosa en bulla para las máscaras. Hay quienes están ya *arruinándose* por el gasto que van a hacer para llamar la atención del público: los establecimientos de telas y curiosidades ven de lo que no se ha visto. Abunda tanto el cisco...

* * *

En las elecciones para diputados hubo aquí lucha legal. No faltó quien se presentase en la sala del municipio apoyado en una dudosa *constitución* (alias *garrote*) representando al pueblo libre. ¡Bien!... ¡Muy bien!...

El Eco de la Opinión, Año I, No. 39, 7 de febrero de 1880.



Cosas...

San Carlos. Según las correspondencias que se han publicado en este periódico, allí andan las cosas tórnate allá y déjame estar. ¿Conque en esa importante población reina el imperio de la sombra hasta el punto de romperse uno la crisma en las piedras de las calles? Parece que el ilustre necesita de una protección *a giorno*, o a defecto de ella, de sendas embestidas a fin de ver si se mueve. ¡Pero hombre! ¡teniendo los faroles y no ponerlos! ¡Qué ocurrencia! ¿Será por falta de *eternísima*, o de voluntad? Habrá poco de lo primero y mucho de lo segundo, no hay [...] Vamos, vamos; un poco de buen deseo, que la población no dejará de ayudar. Miren Uds. que aquel el que se rompe las narices en las calles de San Carlos durante la noche, suele venir a curárselas aquí con emplasto de descrédito, y esta medicina tiene la virtud de las moscas cantáridas...

¡Al alumbrado, al alumbrado!

* * *

¿*Qué es cosi-cosa?* Está la plaza muy buena. Sí, señor: –Sólo que aquellos faroles. –Qué sé yo, metidos en aquel cuadro... – Ay, señor. –Si así le plugo al *ilustre* Director(?)

* * *



Las ruinas. En medio de la regularidad y armonía que va tomando la Plaza de Armas, gracias al buen deseo de nuestros regidores, resaltan las ruinas aquellas del centro, los memorables panteones donde inhumó «La Juventud» su nombre y sus esperanzas, junto con aquellos consabidos realitos, a la manera de los chinos que se entierran con la moneda entre los dientes. ¿Será necesario destruir esos monumentos, o añadirles una lápida *mengitoria*?

* * *

¡*Qué cosas!* – Porfiando dos güenos mozos – En la retreta pasada – Acerca de las columnas – Que adornan hoy nuestra plaza – Dijo el uno que eran estas – Columnas de forma istriada. ¡*Qué disparate has soltado!* – Exclama con arrogancia – El otro que de hombre ducho – En el arte se la echaba; – Eso se llama en mi lengua – *Boceles y media caña.* – Quedando la geometría – Por tan insigne maestro – ¡Corregida y aumentada!

* * *

El pero. Todo está muy bien en la Plaza de Armas: la retreta que es muy esmerada y regularmente escogida de repertorio, no faltándola sino que su amable director anuncie las piezas en *El Eco* para los jueves y domingos; el alumbrado, que es excelente; pero brillan por su ausencia los agentes de policía, y los bancos siguen ocupados por los muchachos, y a falta de chicos, por tamaños *manganzones* que debieran ser más cortesés dejando los asientos a las niñas. ¡Señores, la mujer es antes que todo!

Talleres. Es preciso que el Ilustre – Se busque unas *peluconas* – Para hacer un edificio – Aunque sea de yaguas solas – Y allí improvisar talleres – Poniendo el trabajo en moda – Para tanto hermoso niño – Como anda de gloria en gloria – Perturbando el orden público – Y echando por esa boca. – Si hoy no se pone remedio – Mañana serán odiosa – Amenaza de su patria – Y eso no es una bicoca.



* * *

Por caridad. Le pedimos al Ayuntamiento nos coloque un farolito en la casa en que estaba la fábrica de jabón, pues el trecho de la calle es muy grande y mete miedo a prima noche andar por ella: es una calle de las más transitadas y por consiguiente se hace de todo punto necesario, porque hay establecimientos por ahí que pagan su patente.

VARIOS VECINOS

El Eco de la Opinión, Año I, No. 40, 16 de febrero de 1880.





Cosas...

Ecós de la plaza. Y era día de retreta. ¡Y el caos dominaba la creación, digo la yerba de la Plaza de Armas. Y no se veía la palma de la mano. Y el alumbrado brillaba por su ausencia. Y dizque era porque doña Luna había aparecido sobre el firmamento, diciendo *fiat lux*. ¡Y la luz no pareció! Y los faroles y los faroleros se quedaron con la cara larga. Y como reinaba la oscuridad, hubo besamanos de hocicos contra los postes inanimados y animados. Y aquello era una general maldición contra las vejeces de los que nos dejaban a oscuras. Y las linternas de la retreta brillaban como animitas en el extremo de la plaza. Y los extranjeros se escandalizaron. Y dizque se le echaría la culpa a la Luna porque no le dio su real gana de iluminarnos. Y todos murmuraban: ¿En qué París o Nueva York se habrá visto que le dejen a uno sin luz, haya o no haya luna? Y lamentando nuestra poca cultura, escuchamos la música como quien oye llover en un cuarto encerrado. ¡Bienaventurados los que no ven, que ellos serán consolados!

* * *

Un consejo de amigo. Tómese la sociedad recreativa de «Hijos del Ozama» la molestia de retirar sus bancos de la plaza-parque; pues es lástima que cuatro pillitos se entretengan las noches de retreta en destornillarlos de propósito para hacer caer las niñas que los ocupen, o a cualquiera. Este es un abuso atroz, y mientras tanto, se echan a perder esos asientos cuando no



son por demás ahora de ninguna utilidad. ¡Mire que no sea cosa de «al contar será el llorar»!

* * *

Abuso y medio. ¿Cómo es que se permite tomar basura a cualquier carretero, existiendo ese ramo como especulación y por contrata entre el Ayuntamiento y el empresario? O el primero no procede muy bien, o el segundo es uno de esos que se dejan *enganchara* roso y velloso. ¡Buen provecho!

* * *

Elogios merece la conducta que ha observado el director de la fábrica de jabón Mr. Farrand, proveyendo de recursos a la familia del trabajador que fue víctima del siniestro del día 12, para atender a los gastos que se ocasionaron hasta el momento de su inhumación; y proveyendo así mismo de recursos para su asistencia médica, alimentación y demás necesidades a la señora que salió herida en un brazo, y que al fin murió en la noche del 19.

* * *

La autoridad superior ha tenido sin duda noticias y pruebas de algún plan de *revuelta*, puesto que se han hecho varias arrestaciones aquí y en San Cristóbal, comenzándose desde luego a instruir la sumaria correspondiente para proceder al juicio de quienes aparezcan culpables.

* * *

El célebre *Brígido*, uno de tantos facinerosos que, bajo el pretexto de ser políticos, están acostumbrados a cometer con frecuencia hechos atroces, fue en estos últimos días mandado



a capturar por la autoridad superior. Habiendo hecho fuego y herido al oficial de la ronda en las inmediaciones de Haina, este le disparó también, matándole en el acto. Se levantó la sumaria para constatar el hecho.

El Eco de la Opinión, No. 41, 24 de febrero de 1880.





Cosas...

Oigan los sordos. En un periódico se lee que el señor Ricardo G. Rhodes, de Chicago, ha inventado un instrumento llamado audífono, que tiene por objeto hacer oír a los sordos por los dientes. Se han hecho pruebas ante concursos de personas entendidas y con varios sordomudos. Todos estos han oído perfectamente cantar y hablar, manifestando grandísima alegría. La forma del instrumento es la de un abanico japonés. Consiste su mecanismo en un diafragma de gutta-percha, semejante al del teléfono, pero de composición especial. Al usarse se unen los bordes del diafragma por medio de un cordón de seda, presentando la parte convexa al que habla y la cóncava al que escucha. El inventor cree que se puede hacer oír cualquier conversación a personas completamente sordas, y que hasta se les puede enseñar a hablar.

Trasladamos esto con gusto a nuestros escribanos para ... aquello de la fe que han de dar, y por el registro...

* * *

Máscaras. El 27 hubo tantas – Que es imposible creerlo – De tantísimos tamaños – Y de tan distintos cueros – Que para dar de ello idea – Preciso es llenar *El Eco*. – Entre comparsas decentes – No faltaron otras menos – Dignas de ser contempladas – Por su vulgar desaseo – Causando náuseas a todos – Ya de cerca o ya de lejos.



¿Cuándo será que se impida – Tanto abuso de este pueblo – Y las máscaras no lleguen – A ser, en vez de recreo, – Tan sucias, tan inmorales – Que inspiren asco y desprecio?

* * *

Fiestas. ¡Oh qué bello! ¡Qué magnífico! – ¡Qué globos y qué retreta! – ¡Y qué gentío tan compacto! – ¡Y qué bulla y qué carreras! – ¡Qué cohetes voladores! – ¡Qué palmas y qué botellas! – ¡Qué cuadros en el cabildo! – ¡Qué cuadros en azoteas – Y en los balcones, qué cuadros! – Y también por dondequiera – Entre muchachos y hombres. – Entre machos y entre hembras – Entre la Holanda y la Rusia – Entre Francia e Inglaterra! – Entre solteros, casados – ¡Viudas, beatas y viejas! ... ¿Y por qué? Porque este pueblo – Así entusiasta celebra – La memoria de aquel hecho – Que es una grande epopeya – Digna de ser por lo heroico – La más imperecedera! – El 27 es el día – En que debe estarse ebria – De orgullo y gloria la patria – De Duarte, Sánchez y Mella – La oprimida de Occidente – La desgraciada Quisqueya! – ¡Bien ha hecho en celebrarse – Esa memorable fecha – Con tantísimo entusiasmo – Para que así al fin se sepa – Que libres somos y siempre – Libre será nuestra tierra – Rescatada de las garras – De ... este, el otro, aquel ..., cualquiera!

El Eco de la Opinión, Año II, No. 42, 3 de marzo de 1880.



Cosas...

Por ser yo gacetillero – Y llamarme C. T. Wayo – En son de
jocosos ensayo – Decir varias cosas quiero.

¿Por dónde he de principiar? – Por el *rabó* o por el pico? –
¡Ya veremos si me explico – ¡Y a algunos ha de pesar!

* * *

El Ilustre Ayuntamiento – (El que hay en la actualidad)
– Debe hallarse en realidad – Con un grande sentimiento. – La
plaza de su *paseo*. – De su proyecto eminente – Se ve algo llena
de gente – Sin oficio y sin empleo. – Son muchachillos malcria-
dos – Que destornillan los bancos. – Y atacan por ambos flancos
– A los que allí están sentados. – Son angelitos de Dios – Que el
diablo engendró en mal hora. – Son la plaga destructora – Que
va del cólera en pos. – Si ya sus padres no quieren – Cargar con
su cruz a cuesta. – Ayuntamiento, protesta – Y haz que paguen
lo que hicieren! – Métnanse todos juntitos – Corriendo, sin ex-
cepción – En el cepo del *violón* – De donde salgan mansitos.

* * *

Los señores contratados – De la Banda musical – No están
bien o están muy mal – Por no ir uniformados – El uno usando
chaqueta – Levita de paño aquel – Este saco... de papel – Así
van a la retreta. – De suerte y manera sea – Como nos dice



Azulejo – Que en junta del tiempo viejo – Por lo mucho que *vocea* – Señores! El qué dirán – Es muy de evitarse luego; – No dejéis que os echen fuego – Los que mirándoos están.

* * *

Aquella de palo lámpara – Que en medio al extenso ámbito – De la Catedral magnífica – Colgó no sabemos quién – ¿Cuándo será que de un ímpetu – Venga al ancho, y a algún dómine – Le rompa la crisma impélume – *Per omnia secula*, Amen?

* * *

¿Y las columnas que están – Largando toda la cáscara – Cuando al fin se compondrán? – ¿Así pues la dejarán – Como la dichosa lámpara?

* * *

Todo el mundo es cigarrero – Y esta época es de humo – Fábricas hay a lo sumo – Que hacen con humo el dinero – La industria gana con eso – Y el vicio gana también – ¿Mas tendremos al fin quién – Quede *ahumada* y en el hueso? ... – *Burgos* nos brinda «El Paquete» – *Acevedo* «La Esperanza». – *Peguero* «La Unión» o alianza. – Y otro «El Diluvio» promete. – *Santoni* también despliega – De «El Águila» audaz el ala; – La cosa, pues, no está mala, – Pero ¿adónde, adónde llega?... – De enhorabuena estarán – Los constantes fumadores – Que escoger entre esas flores – La más fragante pondrán. – ¿Quién llevará la bandera – En esta lucha industrial? – ¿Y de esas fábricas cuál – Llegará a ser la primera? ... – Nosotros, que no fumamos, – Que al humo tenemos miedo – A ninguna en este enredo – La victoria adjudicamos. – Bueno sería, pues, que alguno – Datos sobre esto nos diera – Para ver de qué manera – Recomendamos a *uno*.



* * *

Se queja ya a grito tieso. – Se queja y es con razón – De tantísimo moscón – De tanto impropio sabueso – El dueño de cierta tienda – A donde de noche acuden... – Y él les pide *que muden*. – ¿No habrá quien por fin comprenda?

Esas tertulias, señores, – Donde hay establecimiento – Sirven solo de tormento – Y ahuyentan los compradores. – Rocha previene que ya – Va a dejarse de bobera – Y que prontito, a cualquiera – Muy claro se lo dirá. – Hoy por *El Eco* lo avisa – Mañana será de boca – Que la cosa no es tan poca – Para que se tome a risa.

* * *

El templo de Las Mercedes. ¿En qué queda y que será? – Sigue así o se compondrá? – Dímelos, amigo, si puedes. – ¿Qué es de aquellas donaciones – ¿Que tantísimos hicieron? – ¿Dónde están? ¿adónde fueron? – ¿Volaron a otras regiones? – ¡Pobre templo! ... pobre gente – La que dio sus *brogocitos* – Y hoy en el cielo los gritos – Pone con afán creciente. – Mientras tanto, en las paredes – En el techo, y los altares – Leeremos, llorando a mares – «Aquí yacen «Las Mercedes».

* * *

¡Que se nos derrumba el puente! – ¡Que se va de medio lado! – ¡Que está todo jorobado! – ¡Que va a matarse la gente! – ¡Que el remedio urge muy pronto! – ¡Que la empresa es responsable! – ¡Que de todo eso se hable – Que no sea nadie tan tonto! – Ese es el grito que corre – Y repercute y extiende – ¿La empresa no lo comprende? – ¡Pues estos gritos ahorre!

* * *



¡Las Novedades! – Para la Semana Santa – Id y mirad, muchachotas: – Gastad muchas peluconas – Que a todos la cosa espanta – Tiene el buen Julián allí – Lindezas que hacen furor – Trajes que no habrá mejor – En ninguna tienda aquí. – ¡Un calzado...! ¡Santa Bruna! – ¡Finge un pie tan diminuto – ¡Que es capaz de hacer a un bruto – Enamorarse de alguna! – ¡Qué flores! ¡Que lazos! ¡cuánta – Magnificencia a la moda! – Cualquiera se mete en boda – Aunque sea en Semana Santa – Si mira a una linda dama – O a una vieja bien compuesta; – Por lo que, para esta fiesta, – ¡A comprar Julián os llama! – Acudid todos los seres – Por cuanto allí necesiten: – Que se acaben pronto eviten – Tantos bellos *menesteres*.

* * *

Un farolito. Ya está colocado el que pedían los vecinos de la calle de San Francisco entre Comercio y Consistorial. Así, pues, damos las gracias al muy Ilustre Ayuntamiento por haber atendido a nuestra local por caridad, inserta en el número 40 de este periódico, y al empresario por haberlo hecho colocar en el momento que se le comunicó – Sólo nos resta manifestar al encargado de alumbrarlo, que no nos dé esa luz tan diminuta como se usa por otras calles.

VARIOS VECINOS

El Eco de la Opinión, Año II, No. 43, 10 de marzo de 1880.



Cosas...

Aquí estoy yo ¡no hay cuidado! – Que si *semichusco* soy – Según me llama un fuinámbulo – Que hace versos por los codos – La verdad es que si digo – Lo que les calienta a otros – Algunos me lo agradecen – Aunque no les guste a todos.

* * *

Al Globo. Voy en casa de Isidoro. – ¿A qué, muchacha? – ¡A comprar! – ¿No has visto ese gran anuncio – Que él ha *echado*? – No, ¿y qué tal? – Trajo muchas cosas buenas? – ¡Jesús! si es nunca acabar – El decírtelo: ¡qué abrigos! – ¡Qué telas! ¡Qué variedad! – No es posible ir a su «Globo» – ¡Sin los brogoces dejar! – Y dime, ¿vende barato? – ¡Regalado! ¡Ve y verás! – Como nadie lo ha hecho nunca – ¡No es preciso regatear! – Por eso es que acude gente – Que no hay por dónde pasar – ¡Y qué atención en el trato! – ¡Y cuánta amabilidad! – Todo lo muestran a todos. – Niña, ven, y ... comprarás.

* * *

¡Allí, donde dicen – Que dijo la misa – Primera, un cachorro – De nuestra conquista – Hay tanta basura – Que es cosa que admira! – Es fácil, señores – Que la policía – A aquel monumento – Muy pronto otro exija – De altura tan grande – Que en él algo escriba – Para que lo lea, En las infinitas – Regiones del cielo – El mismo que dicen – Que dijo la misa.



* * *

En contestación a nuestra gacetilla del número anterior se nos ha remitido lo siguiente:

¿Qué nos dirán las otras fábricas? – Somos imparciales en la cuestión.

Una paquetada

«Todo el mundo es cigarrero, – Y es de humo ya esta época». – Así dijo el otro día – Un semi-chusco poeta. – Y es verdad que tales fábricas – Nos invaden por doquiera, – En perjuicio del bolsillo. – De los palmones en mengua; – Mas que sean buenos los túbanos. Que las fábricas sean buenas. – Y que entre humo y ceniza – Se seque la bolsa nuestra. – Eso no importa, señores. – Siempre que haya quien tenga – Con que fumar, aunque sufra – De pulmonar *humorrea*. – Sigan las fábricas, sigan – Del progreso la carrera. – Llevadas por *La Esperanza* – Que nuestros pechos *calienta*. – Mas de acuerdo siempre amigas – De *La Unión* sigan la senda, – Si no quieren que *El Diluvio* – Con saña terrible y fiera – Las inunde en un instante, – (Cual sucedió en otra época) – Pereciendo entre el torrente – Hasta el águila altanera, – Y el león que hoy hace alarde – De sus triunfos y sus fuerzas. – Y entonces, ¡adiós las fábricas – Que sus glorias cacarean! – Y el paquete único y solo – Sobre las aguas revueltas – Se verá seguir airoso – Viento en popa a toda vela – Y entonces sin más preámbulos – Que diga el chusco poeta – Entre las fábricas todas –Cuál se lleva la bandera – Será *El Paquete* sin duda – Quien tal distinción merezca, – Pues atrae los fumadores – Por una magia secreta, – Por cierto imán poderoso – Que tienen esos sesenta. – Allí se encuentra tabaco – De Higüey, de Moca y La Vega. – Tabaco fino y sabroso – Como aquí nunca se viera – Acudid, pues, fumadores – A comprar conejas y brevas, – Y a ser testigos seguros – De que por causas tan ciertas – *El Paquete* victorioso – ¡*Se ha de llevar la bandera!*



Cosas...

Las procesiones

¡Hasta cuándo hemos de estar presenciando esas *muestras* del atraso de otros tiempos! Déjense a esas imágenes quietas en sus nichos, que mejor estarán ahí que no siendo objeto de *bullá* y *jaleo* y por demás de risa y befa de todos y de disgusto para las personas sensatas y para el extranjero. ¿Por qué no interviene la Curia en una cosa que la ridiculiza? Ni aun cuando Roma era papal se veían en ella semejantes irrisiones. Ya Santo Domingo no está para eso: sépanlo las Hermandades, que creen demostrar su celo por el culto poniéndose ellas y sus procesiones de hazmerreír general; sépalo S. S. Illma. que lo tolera; sépalo la autoridad que manda las tropas a hacer el papel de *payaso* en esas pantomimas religiosas. Y después de todo, ¿es siquiera higiénico permitir esos actos con el polvo que hay? ¡Hasta cuándo! (Remitido).

* * *

Se quejan muchos vecinos – Que el carretón de basura – No quiere cumplir con ellos – Lo que al efecto se ajusta – Con el que toma la empresa, – Porque dizque el tal procura – Complacer a algunos pocos – Y acaso a los otros nunca. – Item más, que los que guían – El carretón de basura – Cobran por *media* medida – Lo que debieran por una – Para chuparse la media – Entre bulla y garabulla. – Item más, que si les dicen – Algo por



esa conducta – Ponen a cualquier familia – Más sucia que la basura – Con sus groseras palabras – Y su ruido y barahúnda.

* * *

Muchachas, lleven sus sillas – Para sentarse en la iglesia – No ocupen esos escaños – Que al *sexo feo* que no reza – Es que destina el ritual – Según San Procopio enseña – En el capítulo sexto – De sus famosas novenas! – ¡Muchachas! Oigan al cura – Que les dice que él espera – Que no miren mucho ... al suelo – Cuando él predica en la iglesia – Porque él no sabe si ustedes – Se ríen o miran o rezan!

* * *

¿Qué es, pues de aquella señora – Que todos los meses va – A recibir cierta cosa – Del Cuerpo municipal? ¿Qué es de ella que no la veo – Por doquiera transitar – Buscando adónde es que hacen – Lo que a la ley mal le está? Duerme mucho esa señora – Pues si despertara, ya – Verían lo que ha ideado – Cierta gente... de allá atrás. – Sí señor: desde las nueve – De la noche y al cerrar – Sus puertas, le abren las suyas – Al que en la pocilga está – Y envían sus *animalitos* – A las calles a pasear ... ¡Cuántos *chonchitos* vienen – Adónde el prójimo va – A acariciarles las plantas – A gruñirle nada más ...! – ¡Oh señora del Cabildo – Es preciso madrugar! – Para que caigan las presas, – ¡Mientras que a sus casas van! ...

* * *

Ahora, en vez de llevar todos – Los animales estampas – Del lado de la montura – Deben llevar en el anca – En la barriga y las patas – Su valor en *estampillas* – Por no caer en la trampa – Que les pone aquel decreto – Que a todos usarlas manda!



* * *

– «Las procesiones están – Ahora en contravención» – Dijo muy serio Simón – Que es un famoso truhán – ¿Y por qué?, preguntó Juan. – «¡Toma! la cosa es sencilla – Por no llevar *estampilla* – Los santos y ... el sacristán.»

El Eco de la Opinión, Año II, No. 45, 27 de marzo de 1880.





Cosas...

Nuestro antiguo y arruinado palacio de gobierno está de gala. Tiene unas vidrieras de cristal de ... sacos viejos, tan transparentes, como la conciencia de su guardián.

Y dicen que:

Las losas y los ladrillos
¿qué se han hecho y dónde están?
¡Sin duda que se hallarán
en manos de algunos pillos!
¿y qué nos dirá el guardián?

* * *

Pues por San Mateo que esto de los cristales, las losas y los demás efectos del palacio debe averiguarse, porque no es *ñarra* lo de que así se disponga de la propiedad pública.

¡Qué ganga! ¡Qué ganga! ¡Cualquiera coge a ojos cerrados un billete de la rifa que hace Luis Betances de su magnífica estancia! ¡Carambola! Nada menos que la estancia y además 500 pesos repartidos en otros premios se saca el que toma una acción que contiene cinco, por la insignificante cantidad de un *brogó*!



* * *

Se nos remite. Es verdaderamente digno de encomios el servicio que presta el señor Burgos en su lotería. Sus cigarrillos tienen fama y el aliciente de los \$60 y otros premios hace que se le vendan mucho, y se le dé así ocupación a bastantes operarios.

F.

* * *

¡Hombre! ¡Las Mercedes! ¿Ese templo se caerá? ¡Pídanse los *cuartos*; demándese al que los tenga!

* * *

Se nos dice que el otro día varios clérigos del seminario, con un padre a la cabeza, se ocupaban en atisbar en una estancia, detrás de unos árboles, a unas familias que iban a bañarse; y estas no pudieron hacerlo por haberse descubierto esa emboscada clerical. ¡Hum!

* * *

Hemos oído decir a algunos que el nuevo periódico de Santiago tiene un si es no es algo de conserva; pero que sin embargo no pudo el colaborador *Mauricio* soportar más, y largó aquello de que las *estampillas* *pesan* sobre la clase consumidora; y que el pueblo que ya está agobiado por el gravamen de tantas contribuciones como *pesan* sobre él, estaría muy contento si no se le hace cargar con todo el peso de este nuevo impuesto de estampillas.

Ello sí es verdad, colega amigo, que este peso no es de los que valen noventa centavos, sino que tiene todo el buen *peso* de un *brogó*.



* * *

El colega de Santiago promete «su oposición a cuantos persistan en el árido sistema de discusiones *políticas*».

Como que van teniendo razón los que dicen que el nuevo adalid huele a conserva, pues esto de hacer oposición a lo que puede dar luz, que son las discusiones de todo género, no debe interpretarse de otro modo.

Mire, colega, conmigo, C. T. WAYO, no tendrá Ud. que habérsela en eso de oposición, porque yo no me meto en política, ni en *politiqueo*.

* * *

Hay quien nos encargue decirle a Pablo que sus charadas no son para matemáticos, filósofos, etc., sino para cualquiera que las lea, descifrándolas al punto antes de acabar de leerlas.

El Eco de la Opinión, Año II, No. 47, 10 de abril de 1880.





Cosas...

¡Qué pronto faltó *La Voz** aquella, conserva pura, a su programa! ... Ya quiere entrar en discusión, ¡ha tomado por blanco mi humilde personalidad.

¡Prodigios de una subvención!

¿Con qué desea que se me persiga? ¡Hombre! bueno iría la danza si tan temprano se tocara el violín.

Señores de *La Voz*: seremos francos: yo no he sido nunca verdi-azul para andar buscando incrustación en partidos extraños; yo he sido purito siempre y cuando hablo mis cosas, es porque las oigo en boca de más de una persona competente de mi misma comunión política. ¡El buen consejo no está nunca de más!...

¡Caramba! si *La Voz* es más guapa que Cesáreo. Y por eso ... por eso ... ¡menea tanto la sin hueso, y *La Voz* no tiene seso!

* * *

Cierta paternidad reverenda se alimenta bien y barato, cumpliendo los preceptos evangélicos *Manducare piccioni colemba eclesial mea* «Cómete los pichones de las palomas de mi iglesia».

* Se refiere a *La Voz de Santiago*, periódico que circulaba semanalmente en Santiago de los Caballeros. Su primer número salió el 28 de marzo, bajo la dirección de Justino Jiménez Hungría y la redacción de Augusto Franco Bidó. Fue suspendido por una disposición gubernamental el 10 de marzo de 1882. (Nota del editor).



Y así es: un vecino de Las Mercedes ha visto huir sus palomitas y hacer sus nidos en la abandonada iglesia y parlar reverendo, cuando está de antojo, dice: «Lo que está en el convento es de los frailes». Y las palomas sagradas pasan de allí al estómago foráneo (sin forro) del ilustre hijo del Po...

¡Pobre iglesia! tu destino ha sido criadero de palomas. ¿Qué serás de aquí a algunos meses?

* * *

Y es verdad. ¿Hasta cuándo se estará imitando a los vecinos de nuestra República? Bueno es que se acabe ya el impuesto que ellos tenían en la guardia de la Puerta del Conde y en las demás, de pedir la *Loá*: es muy ridículo, y muy feo, que no haya extranjero o del país que tenga que ir a Palacio donde el Ministro, que al entrar, no se le cuadre el centinela presentándole la culata del fusil y atacándole para que le dé una mota, a veces sorprendiendo a individuos no impuestos a estos ataques en lugares respetados como el de un palacio de gobierno. El jefe u oficial a quien corresponda que vea este con más decoro para no dar lugar a la crítica y con razón.

* * *

El director de la banda grita, se mueve, y gesticula en las retretas. ¿Son estos ensayos?

* * *

Esa rifa de Luis Betances es la rifa por excelencia. Así se venden con bulla los billetes. Ya hay quien cuente con la estancia, otros con los \$150 y algunos se conforman con los \$40. ¡Todo es ganar!

* * *



Remitido. ¡Qué buenos son los cigarrillos de «La Unión» de José Peguero!. Por eso están alcanzando tanta popularidad. – Quien los fuma una vez, queda convidado. – Hará negocio ese señor si sigue elaborando tan buen tabaco.

R.

* * *

Hay mucha escasez de matrimonios. ¿Será por la seca? ¿Cuándo lloverán novios? ¡Cuántas lo desean!

El Eco de la Opinión, Año II, No. 49, 23 de abril de 1880.





Cosas...

¡Da asco! – Todo el que atraviesa el puente tiene que tropezar de ojos y narices con lo que hay al pie de las murallas que miran hacia Galindo. Se ven allí colchones, trapos, sillas viejas, camas y todos los despojos que dejan los difuntos. – ¿Por qué se consiente eso? ¿Dónde está la policía? ¡Por piedad! Un poco más de interés en bien del aseo y de la salubridad pública. ¡Que siempre tengamos que avergonzarnos!

¡Lo que alumbran! – Los faroles de la plaza están ahora *comme il faut*. El gas de la luz diamante* los ha transformado y ya no parecen animitas; – lo que falta es que siempre permanezcan llenos, pues si no, a los pocos días volverán a su antiguo sistema de alumbramiento fúnebre.

* * *

Leyendo uno una tarjeta de bautizo de un niño a quien pusieron más de veinte nombres, entre los cuales había algunos de: reyes, exclamó:

– ¡Vaya un trabajo! ¡Todo eso estaba ahorrado con haberle puesto al *piccioni* Calendario o *Añalejo*!...

* A este gas están dedicadas las décimas del maestro Juan Antonio Alix tituladas “Anuncio. Luz diamante”, de 1884. (Nota del editor).



* * *

La raza canina. Viene la canícula y estamos en la primavera – Señor Comisario: los perros no pueden soportarse – Evite Ud. muchos casos y muchas cosas. – ¡Estrinina con ellos! ... No deje uno. Mate hasta los de los regidores! Sin olvidar a los falderos que van a las iglesias.

* * *

El colega de Santiago viene ahora, en su número cinco, con dos planas y casi dos columnas ocupadas por el Mensaje del Ejecutivo. ¡Hombre, hermano! Ya esa conserva está rancia. – Los lectores no perdonan tal abuso. – Ponga Ud. al frente de una vez en letras grandes: Periódico oficial, redactor – SUBVENCIÓN FRANCO. Y no se olvide del escrito que aconseja para el otro colega.

* * *

Aunque imparciales en la cuestión y a pesar de que creemos que AMÉRICO* se defenderá, notamos y con nosotros todos los que han leído la contestación de R. Limardo en *El Porvenir*, que este señor desentona, viniendo a parar siempre en el provincialismo con aquello de *los de por acá*, y *estos cibaños*, &. ¿Qué tienen que ver las disposiciones del Gobierno con que sean dictadas por unos o por otros? ¿Acaso Américo ha tocado esa cuerda del violón con que nos rompe las orejas el señor Limardo?

Trátese el asunto en principio; si no es así, lo que merece un escrito res el más soberano desdén.

* * *

* Seudónimo de César Nicolás Penson. (Nota del editor).



El *Hotel de ville*, antes *vivac*, después municipalidad, luego ayuntamiento, y hoy un arrastrote, que traerá voladores balcones, invasores de los vientos para angostas luces, se riega hoy, y dizque lo van a concluir bajo la dirección de uno de nuestros alarifes.

Que lo acaben; mientras tanto, si tenemos un Palacio con ricos muebles que están al servicio de los saraos; si se pagan centenas de pesos para tocar retretas, que bien pueden llamarse fandanguillos, y se nos va a echar en cara un suntuoso *Hotel de ville*, los pobres servidores de la Patria no tienen un hospicio decente donde en horas de dolor vayan a reclinarse, y la barra del puerto se obstruye cada día más, el Alostar de los Veraguas no admite visitas de gente de buen tono, la cuesta de San Diego contiene una reina, y todo marcha así a las mil maravillas. – A. M.

* * *

El guardián ha probado que si faltan lomas en el Palacio, es porque se han entregado por orden superior. Él solo tomó doce en virtud de que los retazos siempre pertenecen al sastre. ¿Hizo bien el buen Bacú?

* * *

Calamidad. Nos dicen que ya el comején ha invadido el altar mayor de Las Mercedes. No hay que descuidarse. Puede que el comején se coma la madera; pero el cuadro; ojo al cuadro ¡que es de plata! No faltan nunca comejenes para este metal.

El Eco de la Opinión, Año II, No. 51, 7 de mayo de 1880.





Cosas...

Nuestras calles están puercas. ¿No habrá quien las limpie?
La fuente está compuesta. ¡Bien por el Interventor de Aduana!
La Policía, sentada en su oficina, nada puede hacer. ¿Lo manda así la ley?

El pan está pequeñito. ¿Hay escasez de harina?
No alumbran mucho los faroles. ¿Será falta de aceite?
Las pascuas fueron muy tristes. ¡Qué escasez de brogoces!
El calor asfixia ya. ¡Cuándo lloverá bastante!
El puente merece arreglo. ¿Si habrá un día derrumbamiento?
Las fiestas de mayo en Regina se animan.

Pajarito se ha divertido con la cruz. Muchas décimas, cohetes y música. ¿No seguirán otros barrios?

La casa consistorial se repara a paso de relámpago.

El vapor americano ha traído mucha carga y llevará mucha azúcar. ¡Bien por el progreso!

Alguien ha comparado la chimenea del ingenio de Saviñón a la pirámide de Cheops y el caño del guarapo a la catarata del Niágara.

Nada hay más monótono, fastidioso y estúpido que una tertulia de galleros.

La calle de la Separación tiene un kilómetro de largo.

Se ha perdido en las costas del Sur la goleta «Armonía» y se salvaron los pasajeros.

El Homenaje y el Alto de la Generala quedan al mismo nivel.

Los animales sueltos abundan y pasean por delante de la policía.



Todavía al pie de las murallas se arrojan camas, colchones y ropas de difuntos.

La casa donde se dijo la primera misa es depósito de basuras.

Dicen que había hamacas en el local de la Comandancia de Armas.

Parece que por el camino de Yamasá se encuentran bandidos.

Preciso es que se provea de cepos siquiera a los pueblos donde no hay cárceles para la seguridad de los presos.

Se da un premio a quien descubra ahora un propagandista.

Hay coches que merecen ya los honores de catafalco.

¿Hasta cuándo nos romperán los oídos con la detestable música de la canción «Dame tu amor»?

Se encuentra aquí el inteligente compatriota Nicolás Heredia. ¿Cuándo escribirá algo para la prensa nacional?

Juan Espuma va pronto a contraer nupcias con Pepa Hipópótamo y lo avisa al público.

Cuántos dueños de estancias se quejan de que algunos marroteros de esta ciudad no les dejan crecer los cajuiles.

Pronto habrá una ruina más: la Iglesia de Las Mercedes.

¿Por ser la Iglesia de la Tercera Orden ha de ser carpintería y no «Escuela Normal» o Panteón Nacional?

La Policía anda con palos, y cualquiera la derrota. ¿Por qué no se la provee de armas?

Beleño se queja de los guagüeros y de los que no le pagan los números de *El Eco de la Opinión* que le adeudan.

El Eco de la Opinión, Año II, No. 53, 21 de mayo de 1880.



Cosas...

Chasco íntegro. El día 27 de junio último sorprendió a la capital una especie de procesión mixta, jurídico-política diplomática que se colaba en ciertas casas de cubanos. ¿Qué era aquello? ¿A quién o qué buscaban? ¡Toma! Buscaban un soñado parque, invención del miedo, que se reunía dizque para una expedición de Maceo. Parece que la tal medida tuvo que tomarla el Gobierno para desengañar al señor Cónsul de España que ya le tenía medio jorobado con quejas y exigencias. Así fue que aquello tuvo el más ridículo resultado. En el «Hotel de Europa» donde penetró la comisión mixta, encontraron cuatro morteros!!!!... de cocina y tres asadores; y al oír el chirrido, como de que derretían plomo, se acercaron, y ¡qué fatalidad! Aquello era el ruido de unas cuantas varas de longaniza a medio freír. En el Teatro, donde vive un cubano, hallaron varias espadas pertenecientes a la Compañía dramática y se llevaron un susto con algunos esqueletos de las decoraciones del Teno-rio. Se levantó de todo acta que firmaron los señores Cónsules de Italia e Inglaterra... ¿Quedaré satisfecha ahora la integridad?

* * *

Nos dicen que en las elecciones para diputados en San Carlos, un regidor de los que componían el bufete, acérrimo partidario de la candidatura oficial, al hacer el cómputo y encontrarse con los votos para la otra candidatura del pueblo, en vez de leer el nombre de los diputados y suplentes decía «el pan, el queso y la mantequilla». ¡Qué poco respeto a un acto tan solemne y trascendente?...



* * *

En las fiestas de San Antonio, en La Victoria, el Comandante de Armas de Sabana Grande dizque promovió un serio desorden. ¡Qué alegre estaba esa primera autoridad!

* * *

Un Barba. Otro campeón tenemos en escena en esa comedia que representan los de Curazao y La Guaira. Se llama Antonio Barba (¡coronel!) y es ex íntegro desertor también del ejército español. El tal arremete contra Marcos Cabral y le dice pesadeces en un manifiesto que ha publicado. Y como quien nada dice, le recuerda que en febrero de 1871 él, Cabral, fue a conquistar los presos para dirigirse a Azua y promover una revolución a la sombra de la bandera española. Cuando los compadres pelean, es que se descubren las cosas buenas.

* * *

Óigase. No tienen derecho a entrada gratis en el Teatro, como autoridades, sino el presidente del Ayuntamiento y el jefe y los agentes de la policía. Sin embargo, sabemos que muchos que nada de esto son, pretenden ver de guagua las funciones. ¡Bonito abuso!

Por dondequiera vemos monaguillos. Hay un diluvio de estos angelitos arrastrando el hábito en las calles, peleando, jugando y haciendo cosas que no están en el orden. ¿Por qué vulgarizar tanto la sotana, símbolo de respeto que merece el carácter sacerdotal?

El Eco de la Opinión, Año II, No. 59, 2 de julio de 1880.



Cosas...

Revista interna de nuestro mercado. La bomba del pozo hace tiempo que se encuentra abstraída y no se da providencia de componerla cuando ya entramos en los días caniculares que el agua se necesita para el aseo de las mesas de carne y las demás necesidades de aquella localidad. Se supone que aquellos a quienes corresponda atender a este defecto no sean diferentes, y que no solo se aclare la bomba sino que también la plancha que cubre el brocal se corrija con la decencia necesaria.

K.

* * *

Acaba de llegar a esta Capital, después de diez años de ausencia, el conocido gimnástico Francis Cebalo, quien tiene el gusto de anunciar a todos los hijos de esta culta sociedad que tan pronto como termine sus trabajos la compañía dramática que ocupa hoy nuestro teatro, ofrecerá muy nuevos y variados ejercicios de su profesión, como gimnástico y equilibrista.

Nosotros nos alegramos de la llegada de este hijo del arte y a la vez deseamos tenga la buena acogida entre nosotros, que ha tenido en las demás repúblicas suramericanas, muy particularmente en Bolivia, Chile, Perú, etc., según vemos por los periódicos de aquellos países.

* * *



Se encuentra entre nosotros el señor Manuel Martínez, distinguido músico y compositor puertorriqueño. Según nuestros informes, ha sido director de varias bandas de música en su país y goza de muy buena reputación artística. Desearíamos que se escribiese.

El Eco de la Opinión, Año II, No. 61, 16 de julio de 1880.



Cosas...

¡Por fin! Sí, señor, por fin el director de este periódico nos permite desatar la lengua y decir lo que nos dé gana sobre tantas cosas que hemos visto y estamos viendo. Ya se le acabó a este buen señor la música celestial de que «no hay espacio» – «tengo muchos remitidos» (*que no se pagan*), «muchos anuncios» (*¡que algunos se hallan caros!*) Pues bien: ahora que se puede, pedimos tu atención, respetable público.

* * *

La luz eléctrica. La electricidad para la plaza del soñado paseo fue un sueño que se desvaneció eléctricamente con una noticia de esas que dejan [...] a los proyectistas. *¡Dos mil estacas cuesta el aparato!* ¡Jesús, María y José-Martín y... calla!...

* * *

Matadero. ¡Luz eléctrica! ¡Paseo! ¡Teatro! ¡Bom! ¡Bom! ¡Bom! Y el matadero está cayéndose y el municipio no lo compone... No tiene la gallina agua para lavarse los ... Hombre, primero es lo necesario, lo superfluo va después.

* * *



Trabas. Mientras que hay cosas que como las calles las necesitan y no las tienen, hay otras que, como la exportación del azúcar, las soportan. Pero gracias a Dios que el pedazo de la calle de La Separación que comprende la plaza de la Catedral, está *trabándose* en regla, después de haber quitado el montón de tierra que formaba allí una montaña.

* * *

¿*Baile o concierto fue aquel* – Que se diera en cierta casa? – ¡No seas así tan curioso, – *Francisco Arre ...!* ¡*Mira! .. anda.* – Con la música a otra parte. – Que si fue concierto o danza – No te toca a ti saberlo – Pues son cosas *reservadas*.

* * *

Dique. Se ha construido uno para que las aguas de San Carlos no nos invadan por la Puerta del Conde ni llenen los fosos. Buena obra, ¡aplausos estrepitosos! ¡Viva así el municipio!

* * *

Conuco. ¡Oh qué lindo! ¡Qué verde! ¡Qué frondoso! Allá en *La Fuerza* su ramaje ostenta – Aquel de la espigada tribu hermoso – ¡Rey, que caballos nutre y alimenta! ¡Oh! ¿quién sembró esa yerba? ¿Quién convierte – Lo que es para cuartel, en fértil prado? – ¡Oh qué ... bello el abuso! ¡Dé la suerte – Fruto al que con *La Fuerza* ha especulado!

* * *

La tijera. Aquella de cortar yerba – Que el ilustre municipio – Encargó a China ¿do está – Que ni la veo ni la miro? – ¿Ya no se emplea? – ¿Ya se ha roto? – ¿O está en algún escondrijo? – ¿O ya no crece la yerba? – ¿O cortarla no es preciso?



* * *

Prodigioso. Entre las cosas que prueban que el genio brota en esta tierra con la misma espontaneidad y exuberancia que su vegetación, es el prodigio de que un joven inválido, que apenas puede hacer uso de sus manos, sea un artista consumado. Hemos visto varias obras de dibujo, copias exactas de otras, retratos al creyón, debidos al señor Juan Francisco Hernández Cuello, que son inmejorables. Entre estos, se encuentra un retrato del director de este periódico, copiado de una fotografía, que es de un mérito artístico sobresaliente. El que lo desee puede pasar a verlo.

Es una lástima que jóvenes como Hernández Cuello vegeten en la oscuridad y que no haya quienes los protejan y alienen. Sería entonces un fenómeno, y ocuparía un lugar distinguido entre nuestros artistas; puesto que, si no habiendo tenido escuela y solo por afición, da cima a tan excelentes obras, de seguro que entonces asombraría por su talento e instrucción.

Recomendamos, pues, al joven artista, esperando que se le favorezca, al menos confiándole trabajos en los que luzca su genio y vaya adquiriendo más perfección de la que posee; pues con el tiempo, él será una de nuestras glorias más preclaras en el arte.

* * *

Zarzuela. Sabemos que la compañía dramática del señor Annexy pondrá en escena el sábado, como pieza final, una lindísima zarzuela. Esperamos, pues, que habrá buena concurrencia.

* * *

Prestidigitadores. En el vapor inglés del 6 llegó una compañía norte y suramericana de los artistas Wallace y Faranta que van a trabajar en nuestro teatro. Según sabemos, dichos señores ofrecen sorprendentes espectáculos con los que han hecho



las delicias de todos los públicos, tanto en Europa como en América. Estamos, pues, de enhorabuena. ¡Ojalá siempre estuviese nuestro teatro ocupado por buenas compañías, y no faltasen espectáculos!

Auguramos buen éxito a la Compañía de prestidigitadores que viene a reemplazar la dramática del señor Annexy!

* * *

No hay policía: Tropieza uno por las calles con los perros, los cerdos y los chivos. Eso da vergüenza. ¿La Policía es para cuidar la casa consistorial o para poner coto a los abusos en las calles?

* * *

Pianista y afinador. Se nos ha hablado mucho por personas entendidas de lo bien que quedan los pianos que afina y compone el joven Manuel Álvarez Montañez. – Es digno de recomendarse este señor ante los que necesiten de sus servicios en el arte.

* * *

El Doctor J. F. Alfonseca. En el vapor inglés del 6 llegó este compatriota nuestro que, después de siete años de ausencia, estudiando en París la ciencia médica, ha obtenido por sus adelantos el título de Doctor de aquella facultad. Le damos la bienvenida, y lo recomendamos al público.

* * *

En el mercado. Nos dicen que allí se vende como cada uno quiere, pues la libertad es amplia, omnímoda. Tres cuartas de huesos por una libra de carne; leche que ha pasado por el Jordán, etc. etc. ¿Por qué el señor Comisario de Policía no se



da una vueltecita por allí, y conmina las pesas y medidas, y cumple con su deber? – ¡Cuántos abusos! ¡Cómo paga el Municipio a quienes no ganan lo que cobran!

El Eco de la Opinión, Año II, No. 64, 11 de agosto de 1880.







Cosas...

Derrumbamiento. El miércoles en la tarde se derrumbó la fábrica de unas piezas altas de alquería del patio del señor Joaquín Lugo. Hubo que lamentarse algunas desgracias, sacándose gravemente heridos de entre los escombros a tres trabajadores y contuso al maestro C. Ledesma.

* * *

Nos dicen de Sabana Grande. «El domingo 15 tuvo lugar en este cantón una revista general. Concurrieron a ella 126 hombres. Pero lo más peregrino fue que en el acto de la formación, se presentó el comandante de armas armado con un bollo de pan en una mano y un chicharrón en la otra». ¡Vaya una autoridad!



Cosas...

Prestidigitadores. La compañía de Wallace y Faranta ha dado ya algunas funciones en nuestro teatro.

El público ha salido siempre muy satisfecho, y acude con entusiasmo a ver las maravillas que opera el señor Wallace y las dificultades que vence el acróbata Sig Faranta. En todo se ve que ambos artistas merecen la fama de que gozan. En cada función se ejecutan operaciones de escamoteo, de transformaciones y de traslaciones que dejan atónitos a los especuladores.

* * *

Circo Zoológico. Esta Compañía también se encuentra entre nosotros.

Por lo que hemos leído en los periódicos de Puerto Plata, sus funciones son dignas de que el público asista a ellas. El elenco de la Compañía es de 20 personas y cuenta con una colección de animales, entre los que se hallan tigres, leones, oso, &, &. que exhibirán en el pabellón sito en la plaza del exconvento dominico. Tiene, pues, el público de esta capital donde pasar agradabilísimos instantes.

* * *

Las Novedades. Ha llegado Julián de Europa trasladando todo París, Hamburgo y Londres a Santo Domingo. ¿Quién va hoy a



comprar sabiendo que allí todo se encuentra acabadito de salir de las fábricas y expresamente mandado a hacer para las bellas hijas del Ozama y la juventud?

* * *

A la policía. Debe perseguirse mucho a los angelitos de Dios que vagan por esas calles alborotando y entregados todo el día al juego. Sobre todo, si se quiere hacer buena cosecha de ellos, váyase a la esquina que queda entre la calle Nueva y la Separación.

* * *

San Lázaro. Nos dicen que todas las noches se escapan de allí los enfermos y transitan por las calles de esta capital. Nos dicen que también al lazareto van muchas personas que viven en íntima comunicación con esos enfermos. Nos dicen... que allí no hay orden... y que... ¡que es preciso poner coto a muchos abusos que están cometiendo!

* * *

Anuncios. Léase la opinión que tiene el eminente periodista Girardin sobre el poder de los anuncios. «El anuncio ayuda.- Cuéntase de Emilio Girardin, el famoso periodista francés, que saliendo hace pocos días de su casa, vio a su criada que se disponía con jabón y cepillo, a limpiar la frase «Emilio Girardin es un ladrón» que algún cobarde había escrito con yeso en la puerta de su casa. «¡Déjalo!, gritó el inimitable articulista, no lo borres que todo anuncio ayuda!»

* * *

Mujer gallo. Copiamos del Estandarte Católico de Chile, lo siguiente: «Una mujer llamada Maillé, que vive en la calle Van



Schoor, número 60, en Schaebeck, ha dado a luz hace poco tiempo una niña cuyos pies y manos tienen la forma de las patas de una gallina. La boca y la nariz forman un ancho agujero (*gouffre béant*) rodeada de excrescencias carnosas que parecen la cresta de un gallo. Cuéntase que la madre de este feto fue, durante la gestación, acometida por un gallo que la aterró atacándola y que este acontecimiento la impresionó con horror.»

* * *

Toros. Los yankees al fin han caído en la barbaridad que tanto criticaron a los españoles y están construyendo un circo para corridas de toros, al que se cree asistirá mucho people.

* * *

El calor. Se nos dice que en Nueva York mueren diariamente 150 niños asfixiados por el calor. Luego dirán que nuestro clima es malo; pero, a la verdad, por acá no se ve eso.

* * *

El gran ayunador. El Dr. Tanner, que se impuso cuarenta días de ayuno para probar que una persona podía vivir durante ese tiempo sin comer, cumplió el plazo el día 7 del corriente, y dice un periódico que se dio un hartazgo mayúsculo devorando la cantidad que hubiera sobrado para 6 hombres. ¡Buen desquite!

* * *

Juicio crítico. Un escritor distinguido ha hecho el del discurso Castelar en la Academia. Según él nada encuentra que sea digno de elogio. Dice que el tema es semillero infinito de lugares comunes, que no hay un solo pensamiento original; que el



exordio es pueril, limitándose a probar que nada hay inmóvil bajo el cielo y que hay un espíritu de cada edad como hay un espíritu de cada pueblo. «¡Vaya un par de adivinanzas!», dice el crítico. Ya lo vemos, las apariencias engañan y no es oro todo lo que relumbra.

* * *

Corriente. Hemos recibido esta esquela:

Señor C. T. Wayo. Anuncie usted en *El Eco* que quiero casarme; que no deseo llegar a vieja; que admito cualquier novio, ya sea feo, jorobado, tuerto o pobre. Lo que quiero es ser señora a todo trance. No puedo vivir sin amor. ¡Oh, qué vida tan insoportable! Vivo en la calle de los Martirios, No. 56.

* * *

¿*Por qué?* ¿Por qué será que al blanquear las casas borran los albañiles el número de la tabilla que está sobre la puerta? ¿No podría imponerse una multa a la persona que vive en las casas y lo consiente?

* * *

Acera. La de la Casa Consistorial es de pizarra y no durará mucho tiempo. ¿De quién será la ocurrencia?

El Eco de la Opinión, Año II, No. 68, 10 de septiembre de 1880.



Cosas...

Circo zoológico. Después de arreglado satisfactoriamente cierto enojoso incidente, la Compañía de Mr. Courtney ha dado sus funciones en el pabellón de la Plaza de Armas, con una concurrencia extraordinariamente grande. Merecen en efecto verse los trabajos del circo. Son magníficos. Todos los artistas sobresalen, en el trapecio volante, en las barras, en el alambre, en juegos de manos, en *tours de force*, en equitación, etc. Mademoiselle Millie hizo prodigios con sus dientes. El payaso es divertidísimo y ocurrente. Los caballos están admirablemente enseñados. Mr. Courtney debe estar satisfecho de la acogida que merece su compañía.

* * *

Gran rifa. Lo es de un famoso piano de Herard que hay en el Hotel Europa, cuyas acciones de 25 números valen un peso. ¡A comprar!

* * *

Rocha. Está vendiendo que es un contento. ¡Ya se ve! ¡Ha traído tantísimas cosas buenas!

* * *



Donato. No se ha visto surtido mejor de cosas necesarias y baratas. ¡El que necesite algún buen menaje en su casa, o guste de buenos vinos y licores que le compre a Sal... vucio!

* * *

Los muchachos. Quieren meterse sin pagar en el circo y hacen allí muchos desórdenes. ¡Policía! con ellos.

* * *

La música que se toca en el circo es infernal. ¡Pueblo, protesta!

* * *

Herr Lengel y los tigres. El miércoles en la noche hubo en el Circo zoológico un espectáculo horroroso. El domador Herr Lengel, a quien la noche anterior había impedido el pueblo que penetrase en la jaula de los tigres, se obstinó en entrar y el pueblo lo consintió por las seguridades que dio el director de la Compañía de que nada iba a suceder. Pocos momentos después de estar dentro, uno de los tigres le acometió furiosamente, estrangulándole casi en el acto, a pesar de los esfuerzos que hizo una parte del pueblo que, armada de revólver, acudió a su socorro disparando sobre la fiera; la que al fin también cayó muerta. La consternación y el terror reinaron entre todos los espectadores ante tan trágico suceso.

El Eco de la Opinión, Año II, No. 69, 17 de septiembre de 1880.



Cosas...

Muchas cosas hay que dan grima; pero que más vale dejar en silencio porque a nadie gusta que le hablen las verdaderas: nos conformamos con poca *cosa*.

* * *

Los comentarios sobre la muerte de Herr Lengel y del tigre han sido estupendos e innúmeros. La primera voz de los pusilánimes fue que el tigre se comió a Herr Lengel y salieron gritándolo por la plaza y por las calles; ¡qué de sustos y carreras! ¡Qué de empujones y caídas! ¡Cuánta pérdida de sombreros y abrigos! Hubo tercios que subieron de un salto a cierta azotea. Otros se clandestinaron en una casa ajena entre las faldas de algunas mujeres, y alguno con las uñas rompió la lona del pabellón del circo!

* * *

¡Entre los comentarios de al otro día, unos oyeron el ruido que hizo el tigre con la lengua al lamer y saborear la sangre del pobre domador; otros le vieron un brazo en la boca, y no faltó quien dijera que pisó las tripas de Herr Lengel en el suelo!

* * *



¡Los matadores del tigre fueron *siete*... y el animal no tenía más que dos heridas! ¿Quién dejó de disparar sobre él? ¡Hasta los que fueron a tener por Santa Clara en la huida, le metieron una bala por un ojo!...

* * *

Sobre si fue buena o mala, útil o inútil, la muerte de la fiera, hubo altercados que por poco paran en una escena igual a la que pasó en la jaula. Llegó a decirse que el director del Circo había reclamado daños y perjuicios a los matadores, etc.

* * *

La edad, calidad, condiciones y procedencia del tigre fue también objeto de disputas acaloradas. En fin, no se habló durante dos días sino de tigre y más tigre. Se desayunó con tigre, se almorzó tigre, se comió tigre y se cenó tigre.

* * *

Entre otros comentarios, oímos el muy peregrino de que el tigre desde por la tarde estaba sufriendo de un atroz *dolor de muelas* y que aunque el director había pedido proposiciones en pliego cerrado a los dentistas de esta ciudad, solo uno se comprometió a extraerle la muela por *ciento cincuenta pesos*, pero a condición de no meterse en la jaula y de usar un *anestésico* a cien pasos de distancia.

* * *

Pasaron, pues, los comentarios y siguieron las funciones del circo, muy animadas, sin acordarse nadie del tigre ni de Herr Lengel, riéndose de los chistes del payaso y admirándose de su destreza y habilidad en la equitación a caballo en pelo, de la



fuerza de Mademoiselle Lottie en el doble trapecio y en los juegos de salón; de las mil y mil cosas dignas de admirarse en todos los de la compañía, que si ha perdido su tigre y su domador ha ganado bastante con la nunca vista concurrencia que asiste a sus funciones.

* * *

Leímos una carta que de Puerto Plata escriben al director de este periódico, en la cual, entre otras cosas, le dicen: que el autor del artículo titulado «Pues llegó el día» y que firma *Uno que ha servido a su patria y ha pagado contribuciones*, nunca ha olido la pólvora sino desde muy lejos, y además no se le ha conocido profesión alguna, pues siempre ha vivido pegado como ostra al presupuesto. ¿Y qué me dirán Uds. a eso?

* * *

Un bardo. En Puerto Plata, donde de vez en cuando aparecen esos genios de la poesía, como Cecilio González, acaba de irradiar en el parnaso un tal Rafael García que promete maravillas. En el número 36 de *El Porvenir* hay una producción suya que es digna de leer, ¡cuánto estro! ¡cuánta armonía! Oigamos esta estrofa como muestra:

Que la más grata ilusión (sic)
que en esta vida *acaricia* –
que hasta en sueños *acodicio* – (¡!)
en la esperanza de un sí...

¡Oh! ¡qué lindo!...

* * *



«La Canastilla» de E. de Marchena ofrece a precio de baratillo muchas novedades que le acaban de llegar. Es un establecimiento de los más surtidos de esta ciudad.

* * *

Las fajas están por aquí que dan miedo. No sabe uno dónde esconderse para librarse del diluvio de *papelitos* pidiendo prestado.

* * *

«La Provocativa» es una nueva fábrica de tabacos y cigarrillos de una excelente calidad y que debe adquirir fama dentro de poco. Su dueño el señor Gerardo Herrera hace todo lo posible por que rivalice con las demás. Hemos fumado sus cigarrillos: no hay más allá. ¡A comprarlos, pues!

* * *

Muchas son las preciosidades que hay en casa de Julián de la Rocha. Los hombres hallarán allí desde el sombrero a lo «Herr Lengel» hasta los casimires color «Tigre de Bengala» y los botines a lo «León Prince». Las mujeres, vestidos «Lottie»; abrigos «circo», adornos «Zoológicos», calzado de piel de «Oso negro» y sombreritos «Chimborazo». Todo está allí a la disposición de quien ... dé en cambio algunos brogoces de cualquier nación...

El Eco de la Opinión, Año II, No. 70, 24 de septiembre de 1880.





Cosas...

Circo

El señor Courtney tuvo la caballerosidad de dedicar una función a beneficio del paseo de la Plaza de la Catedral, donde tiene su pabellón la Compañía. Se esperaba que, al solo anuncio de esto, el público acudiría entusiasta a contribuir indirectamente y con provecho propio a una obra que se está pidiendo siempre. Sin embargo, ¡cuál fue nuestra sorpresa al ver que no hubo una concurrencia siquiera regular! Con motivo de esta función se han visto cosas dignas de decirse. Hubo personas, especialmente entre los extranjeros que más piden paseo, que más van a la Plaza, que devolvieron el palco que se les envió; y otros que solo dieron la mezquina cantidad de *dos pesos*. Hay honrosas excepciones, como el señor Samuel de Lemos y otros que, sin ir a la función, contribuyeron con *diez pesos* para el paseo. La música en esa noche estuvo magnífica, y hay que hacer mención honorífica del señor Manuel Martínez, quien cooperó a ello con el mayor desinterés.



Cosas...

Nos han dicho que varios extranjeros están como ají por lo que dijimos en nuestra gacetilla sobre la función para el paseo público. Y eso que no le cantamos la verdad como merecen, pues si fuésemos a escudriñar... Alguno dijo que iba a contestar. ¡Que lo haga! Esperamos tranquilos. No se le busquen tres pies al gato. Otros sacaron los faroles de gloriosa memoria. Y sobre esto tenemos ciertos datos... ¡Hum!... Nosotros nos referimos a los extranjeros porque son los que más nos critican aquí y fuera de aquí; no por animosidad contra ellos. Además, son los que más tienen, pues ninguna revolución los molesta, y si algo se les quita se les paga; y a pesar de que muchos se meten en las cosas del país, no se les mete en la cárcel, ni se les expulsa. Y sobre todo, nos cargan mucho los *extranjeros postizos*, los de *teta*, los que son dominicanos cuando hay *mamancia*, pero que reclaman la nacionalidad de sus *papás* cuando aprieta la borrasca... Que hablen, pues, que nosotros tenemos también la lengua en su lugar.

* * *

La Iglesia de Nuestra Señora de la Altagracia no se compone y sabemos que hay fondos para ello. El señor cura de la Catedral administra una casa de la Virgen (?) y tiene en su poder las prendas, etc. que le entregó, sin inventario y sin recibo, la señora que las tenía. Señor cura, señor Iandoli, gaste usted esos brogoces en la iglesia que va a quedar en ruinas...



* * *

Dos muchachos tenían esta conversación:

—¿Dónde compras tú siempre?

—Yo, en casa de Donato.

—¿Y vas tan lejos pudiendo hacerlo más cerca?

—Pero, chico, ¿no comprendes que allí todo es mejor y más barato que en ninguna parte?

—¿Y qué tiene Donato mejor que otros?

—¡Pues ya! si probaras sus provisiones, sus vinos de *Aleya* y otros, y sus licores, y su chocolate, y sus conservas, y su mantequilla, y sus cacerolas, y sus jarros, y sus ...

—¡Calla, hombre! Pero también dicen que Donato fabrica unas pesas de *tres cuartas* por una libra y ...

—Sí, señor: muchos se la mandan a hacer así; pero la que él tiene es de *cinco cuartas* por media libra ... ¡Qué pesa tan pesada!

—Pues, chico: desde ahora no le compro sino al buen Donato. ¡Viva Donato! ¡Que vi...i...va!

* * *

Se fue la compañía del Circo Zoológico y hemos quedado más tristes que en unas pascuas de Pentecostés, y con los bolsillos repletos de aire... La Plaza de Armas... no... de la Catedral, ha quedado solitaria; y ahora que no hay retretas... ¡quién aguanta!... Pero ya vendrá otra compañía... no de leones y tigres... sino de zarzuela. ¡Prepararse a gastar plata y a divertirse también!

* * *

Eugenio de Marchena está acreditándose mucho por las cosas buenas que vende muy baratas... casi a precio de baratillo... El que quiera comprar bien que vaya a su preciosa «Canastilla».

* * *



También Julián de la Rocha exhibe en sus «Novedades» cosas nunca vistas aquí, de última moda, acabaditas de fabricar... Muchachas, no hay más que echarse de noche a la calle y ahora que no hay circo, bueno es pasar un rato en casa de Julián... eso sí, comprando algo.

* * *

Señor C. T. Wayo: le participo que el martes el cura de la Catedral fue al ex convento, y tuvo un escándalo grandísimo, diciendo que ninguna de esas fiestas podía tener lugar, sin antes corresponder con el pago que se le debe dar a él; además censuró mucho a los músicos, que, como Ud. sabe, son fervorosos del Rosario, y se prestan a tocar.

Aún ayer, cuando oyó que la campana tocó, anunciando que alzaban, volvió a irritarse y a hablar muchísimo.

El Rosario ha sido siempre una fiesta muy respetada, para que el cura Iandoli quiera lucrarse con ella. Esto es escandaloso.

P. PINO

El Eco de la Opinión, Año II, No. 78, 8 de octubre de 1880.





Cartas de James Cooper a Robert Ferguson y de Robert Ferguson a James Cooper*



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

- * Estas cartas comenzaron a salir en el número 362 de *El Eco de la Opinión*, con el siguiente texto introductorio:

Principiamos desde este número de nuestro semanario a publicar unas cartas que escribió un señor norteamericano a un amigo suyo de Nueva York, transmitiéndole en ellas las impresiones que había recibido al visitar nuestro país.

Las mencionadas cartas, como lo verán nuestros lectores, contienen algunas críticas severas; pero como no se puede negar la verdad, no haremos ninguna defensa, ni comentario alguno sobre ellas.

El señor que nos ha proporcionado esas cartas traducidas del inglés, está autorizado por su autor a hacer de ellas el uso que mejor le parezca. (Nota del editor).



1ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo City.

Mi querido Bob:

Son las 8 de la noche y llueve a cántaros; pero esta manera de decir no te dará por cierto una idea de cómo llueve aquí; si lloviera en Nueva York un día como está lloviendo ahora diríamos que *diluviaba*, y se tomarían medidas serias para evitar que naufragara la isla de Manhattan.

Cuando desembarqué esta mañana y miré con asombro unos tubos descomunales de hojalata, que sobresalían del techo de las casas, no podía imaginarme que mi opera hat (sombrero clacq) sería víctima de una de esas terribles mangueras. Figúrate, Bob, que el aguacero que cae ahora, no es el primero que ha visitado hoy la ciudad. Esta tarde me alcanzó en la calle del Comercio el otro, y al quererme guarecer debajo de un balcón cayó sobre mi sombrero el pesado chorro de uno de esos monstruos y lo arrojó a la corriente del río, porque no de otro modo se pueden llamar las calles aquí cuando llueve. Llegué al hotel hecho una lástima, mojado hasta la médula de los huesos, comí y como sigue lloviendo, héteme aquí matando el tiempo y cumpliendo con la promesa que te hice de escribirte todas mis impresiones.

Mr. Phillipot, un comunista francés, de todos los demonios, y que habiéndose ahora encontrado en Francia, o en los Estados Unidos de seguro que hubiera sido uno de los principales cabecillas en las huelgas de Decauzeville o de Chicago, es el



dueño del hotel en que estoy hospedado. Este Mr. Philipot, de paso sea dicho, es un hombre simpático, goza de buena reputación, y por lo que veo trata a sus huéspedes de una manera agradable. No hace mucho, al pedirle yo explicaciones sobre esos tubos malhadados de que te hablé, me dijo, enredando un poco la lengua, que aquí los llamaban caños, y que tenían por objeto recoger las aguas de los techos y botarlas a la calle. Yo diría que son gigantescas duchas puestas allí, con el intencionado propósito de destrozar los paraguas, los sombreros y hasta los cráneos de los transeúntes. Nuestro cónsul el señor Astwood, no sé si conoces a este caballero, me dijo al entrar al hotel (tal vez sería en chanza) que si yo quería él se encargaba de reclamar al Gobierno mi sombrero, y la ropa echada a perder a causa de los mencionados tubos. ¡Hombre! Y ya que hablo de nuestro cónsul, aprovecho el momento para informarte, que los norteamericanos con quienes me he visto desde Puerto Plata hasta a esta ciudad, sin excepción de uno solo, me han dicho que es un hombre el señor Astwood muy activo, muy laborioso y que desempeña muy bien el consulado. Me dicen, que aquí, entre los dominicanos, hay muchos que no lo quieren; pero en cambio el general Heureaux, que hoy es el hombre que parece tener más fuerza en el país, lo estima y lo distingue, y a eso se debe que nuestro cónsul, no siendo más que un simple agente de comercio, tenga entradas a todas horas en Palacio; hable con el Presidente y los ministros sin requisitos, ni etiquetas de ningún género; y le hayan otorgado hasta ahora las reclamaciones que ha hecho, y las concesiones que ha pedido.

Volviendo otra vez a hablarte de los malhadados tubos, que ahora se me imaginan, al ver cómo sobresalen de casi todos los techos de las casas una batería de cañones largos y flacos, te contaré lo que me ha informado el mismo monseñor Philipot. Me dice que el Ayuntamiento de esta ciudad, atendiendo a la grito de los periódicos, que era muy persistente sobre esos tubos, o caños, como los llaman aquí; por cuanto ellos además de afear las casas empeoran las calles y pierden las aceras, resolvió dar una ley mandando que en lo sucesivo todo el que fabricara casas le pusiera los desagües por dentro, o de no hacerlo así, pagaría una multa y estaría obligado el dueño de la propiedad a quitar los dichos caños.



A pesar de esta ley, me dice mi informante, que últimamente han fabricado muy connotados señores en esta ciudad, como don Félix Delmonte, don Francisco Saviñón, don Juan Tomás Mejía, y un señor Alardo que es dueño de un sinnúmero de casas, y que estos señores, siguiendo el mismo sistema viejo de los mencionados tubos, ni han pagado la multa que impone el Ayuntamiento, ni han sido requeridos por la Policía para que cumplan el mandato de la ley. ¿Qué te parece, mi querido Bob, de una localidad en la cual los ciudadanos no cumplen lo que dispone un municipio para bien y mejora de ellos mismos? Y digo para bien y mejora, porque a nadie podría escapársele que esos endemoniados tubos acuáticos, que han acabado con mi sombrero y con mi paraguas, no sólo afean las casas, sino le dañan las aceras, y los dueños, cada uno o dos años, tienen que volverlas a poner de nuevo. Pero eso no sería lo más chocante. ¿Qué me dices tú de un Ayuntamiento que da leyes para que nadie las cumpla? Y más que eso, ¿has de creer que cuando se han cometido estos abusos, viendo que nadie les ha dicho a los infractores de la ley ni moste, ni oste, mucha gente del pueblo se dejaron decir, según me dicen, que los miembros del Ayuntamiento disimulaban esas cosas, unas veces por miedo y otras por especulación personal? ¡Cuándo en nuestro país, y mucho menos en nuestro pueblo de Itaca! Ya hubiéramos nosotros llevado a los bancos de la acusación a esos representantes y administradores de nuestros bienes comunales, para que en otra ocasión supieran los elegidos del pueblo, que están obligados a llenar sus deberes.

Pero, en fin, mi querido Bob, ya esta carta se hace más extensa de lo que creía. Te prometo seguir dándote informes de este, por otra parte, muy simpático y rico país, en la próxima ocasión.

Como verás, no he perdido mi tiempo.

Quedo siempre tu sincero amigo,

JAMES COOPER

El Eco de la Opinión, No. 362, 18 de junio de 1886.





2ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo City.

Mi querido Bob:

Pasé bien la noche. Vengo ahora del consulado americano, allí me presentó Mr. Astwood a varios paisanos, entre ellos al vicecónsul, persona de trato franco y sencillo, y que al decir de todos, goza aquí de general simpatía no tan solo entre los norteamericanos, sino también entre los hijos del país.

Al salir del consulado también he tenido el gusto de conocer a un caballero francés, de cuyo nombre no me acuerdo. Este señor es muy robusto, parece un Hércules, y por el color sonrosado que conservan sus mejillas se ve que goza de salud envidiable. Habla bien el inglés, lo mismo que el español, y no anda con esas etiquetillas tan propias de su raza. Su carácter me ha agradado y creo que dentro de poco seremos buenos amigos.

Al despedirme de él me convidó con mucha amabilidad a tomar un *absiathe*, el que no tuve inconveniente en aceptar. Luego prometió venir a buscarme al hotel, para que nos fuéramos al «Club del Comercio», esta noche y *ofrecerme los privilegios* del mismo.

Ya te daré cuenta de todo, a medida que vaya conociendo las personas y las cosas.

La mañana de hoy ha sido tan bella como la de ayer. Ahí sin la impresión de ese desembarque horrible, en el cual pasé tantos sustos, yo hubiera gozado mucho en el momento de entrar al río Ozama y venir a tierra.



Te aseguro que al sentir el fresco de la brisa que bañaba mi semblante, y al contemplar una mañana, iluminada por un sol brillantísimo, recordé las auroras y los cielos que tantas veces admiramos juntos en los campos de Florencia.

El cielo azul de aquí, mi querido Bob, se viste de nubes, color de armiño por unos lados, y de subido carmín por otros, como si a propósito en sus confines las hubiesen prendido para engalanar las faldas de los horizontes.

Es lástima que luego venga la lluvia con su profusión de agua a oscurecer la esplendidez de ese cielo, como sucedió en el día de ayer.

Volvamos, mi querido Bob, al desembarque, y no te fijas en la incoherencia de las ideas, o en el desorden de mi relación. Ya trataré, sin embargo, de coordinarla y metodizarla.

No te describiré yo el tal desembarque o mejor dicho traslado, cófrmate con que te diga que al bajar de la escalera del vapor para entrar al bote, cerré los ojos y me encomendé al Señor. No volví en mí hasta que encontreme atravesando la barra del río Ozama, que corre de norte a sur al este de la ciudad. El botero me explicó entonces que el vapor no podía entrar porque estaba obstruida por un banco de arena, piedras y restos de buques náufragos, la embarcadura; me explicó este individuo que las empalizadas que yo veía en ambos lados del río eran los trabajos que se estaban haciendo para encauzarlo, a fin de darle fondo a la entrada y limpiarla de obstáculos. De modo, le dije, que pronto se evitarán los pasajeros ese penoso traslado en la Rada. Guiñó un ojo al compañero de remos y me declaró que por ese lado él y todos los otros boteros y lancheros de Santo Domingo vivían tranquilos. «Esos trabajos, *Mucié*, me recalco el hombre, no acabarán nunca; hay franceses, ingleses y dominicanos, metidos en ese negocio, y como todo el mundo mama no va nadie a matar la vaca que da la leche».

A la verdad no comprendí bien este lenguaje, en lengua española, sino después que me han explicado el negocio del puerto.

Me dicen que ese trabajo le costará a la nación como medio millón de pesos.

Lo que te será muy extraño, como me fue a mí, es saber que aquí vino un paisano nuestro, Mister Morphis, y propuso la lim-



pieza de la barra por \$50,000 y el gobierno no aceptó su proposición.

Por la explicación del botero nos confirmaremos en una idea, y es que debemos pensar bien del adelanto intelectual del país, cuando hasta los boteros están al tanto de las operaciones del Gobierno, y saben criticarlas cuando son malas.

Y, a la verdad, se me ocurre a primera vista preguntar: ¿cómo se juzga el caso de que pudiendo el gobierno haber gastado en la limpieza del puerto Ozama \$50,000, más o menos, haya preferido gastar medio millón? Te aseguro que ni tú ni yo podríamos atinar con ese enigma. Aquí dizque vino un tal Monsieur Silvie, dándola de capitalista, y pidió esa concesión y otra para hacer un puerto libre y una ciudad nueva en San Lorenzo (bahía de Samaná). Este caballero francés, según me han dicho, vendió en Londres la concesión del puerto a un tal mister Greenbank, y luego, después de muchas peripecias, y discusiones con apoderados franceses e ingleses que tenía aquí mister Greenbank, y dificultades con el mismo gobierno, la misma *gente influyente* del país, que estuvo sosteniendo a Mr. Silvie como representante de la empresa contra todo el clamor del público, llegó un día, en que parece se convencieron de que nada se iba a alcanzar con dicho señor, y retirándole su protección y apoyo le dieron *las buenas noches*.

Pero, en fin, amigo mío, dejemos el puerto y volvamos al hotel.

Vas a reírte, como me he reído yo.

Me acaba de traer Monsieur Philipot, a quien tú ya conoces, *El Eco de la Opinión*, periódico que se dice serio, y el más antiguo que existe aquí.

Entre los escritos publicados en él, me he dado en la sección de «Cosas varias» con un suelto titulado «Un secreto». No puedo menos, por lo original del caso, que traducirte al inglés el dicho escrito.

Dice así:

Un secreto

Escribe un autor, que ha tenido gran curiosidad en recopilar un sinnúmero de secretos que se conocieron desde los tiempos de Aristóteles,



que si en una reunión, lector mío, tú quisieres que todos los que se encuentren en ella, sean hombres o mujeres, empiecen a estornudar por abajo con estrepitoso ruido, y sin que se puedan contener, hagas lo siguiente:

Prepara con mucha antelación una botella de vino blanco, y toma cortezas de castaña, y muélelas bien, y recoge, o has que te recojan, una cantidad de huevos de hormigas, y haz con ellos polvos, y mézclalo todo con el vino, y así que tus convidados estén reunidos en el salón, o en la pieza de la casa que hayas escogido para esta fiesta, sirve a cada uno, en copitas de cristal, una porción de dicho vino. Si tú, apreciado lector, no comunicas a nadie tu intención, te aseguro, que antes de la hora, después de haber tomado el vino, principiará una revolución de vientre entre tus convidados, y al sonar el primer estornudo de abajo, o la primera detonación, todos los concurrentes mirarán con sorpresa al infeliz o a la pobre, a quien le hubiere tocado el comienzo de ese tiroteo maravilloso, y vendrá el sonrojo, y tras él las risas, y como si fuera una cosa de magia, principiarán las detonaciones del segundo y del tercero, y a cada ¡oh! ¡ah! ¡ah! de asombro, de los que fallasen, se irá prolongando el tiroteo en cada uno de ellos hasta que llega a hacerse aquella reunión una verdadera Babilonia. Cada cual quiere contenerse y no le es posible, los hombres rien, las mujeres lloran. Unos ensayan levantarse de sus asientos; pero viendo que el tiroteo entonces es de fuego graneado, vuelven a sentarse; otros quieren irse del sitio, aunque sea con sus estornudos. Empero si tú, lector mío, cierras la puerta de salida, entonces da gusto presenciar una escena tan extraña como aquella.

Asegura el autor de tan maravilloso secreto, que los estornudos se hacen limpios de todo polvo, y que no lanzan ningún efluvio desagradable.

¡Qué te parece amigo Bob! Tú me dirás si la especie es de buen gusto. Mientras tanto, me despido, para continuar mi otra carta así que haya visitado el Club del Comercio.

Tu buen amigo,

JIMMY

Nota. Parece que el Sr. James Cooper es dado a las chanzas, según se vio en la crítica que hizo de los canales de hojalata, que hacen el desagüe de la mayor parte de las casas de nuestra capital. En esta ocasión, al referirse a nuestro periódico, vemos que



la chanza es de mal género, por cuanto tiende a desvirtuar los sueltos que con el epígrafe «Un secreto» hemos ido publicando. Como se ve ha imaginado un cuento que en nada se parece a los secretos instructivos y útiles que hemos dado a conocer a nuestros lectores en las columnas de *El Eco de la Opinión*.

El Eco de la Opinión, No. 363, 25 de junio de 1886.





4ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo City.

Mi querido Bob:

No fui al «Club» anoche. Habiendo andado mucho durante la mañana, tuve que venirme al Hotel, te puedo decir, casi a la carrera, a escribir mis otras correspondencias; pues la oficina del correo y la casa consignataria de la línea de «Clyde», pusieron un letrero al público anunciando la salida del vapor para ayer tarde a las cuatro, y el mismo consignatario el señor Leyba, quien además de ser comerciante en esta es cónsul de Holanda, me aseguró que sin falta alguna despacharía el vapor a la hora anunciada. Figúrate, Bob, los apuros que pasaría, pues no tenía una sola carta escrita con excepto de las tuyas.

Luego que concluí la correspondencia corrí con ella al correo; ya te hablaré en otra ocasión de esta oficina.

Un señor algo gordo, de pelo algo crespo, tirando así al color de una esponja, y de ojos entre verdipardo, me dijo, no con muy buen modo, que ya la valija iba a cerrarse y que no recibían ni una carta más. No me atuve a este señor, y quise preguntarle a otro de la misma oficina, aunque en la duda de que fuera empleado de ella; porque todos allí están en mangas de camisa, (cosa por lo que veo muy de moda en este país), y el otro me confirmó la negativa del primero, diciéndome que eran las cuatro en punto. Sin perder tiempo corrí al consulado para ver si por ese conducto lograba despachar mis cartas. En efecto, llegué allí; pero cuál fue mi asombro, al decirme el



cónsul que el vapor no se iría hasta esta noche, y cuál no será el tuyo al saber que ni el consignatario, ni el cónsul, ni el capitán, ni nadie puede decir a la hora de esta a punto fijo cuando se irá.

Según mi parroquiano Mr. Philipot, siempre que viene sucede lo mismo: se anuncia y nunca se va en la fecha indicada.

Y ya que hay tiempo, nunca estará de más seguir escribiéndote mis impresiones, pues comprendo que tú necesitas pronto tener una idea de este país para que no te halles embarazado en el libro que has principiado a escribir sobre las Repúblicas hispanoamericanas, cuando llegues a la de Santo Domingo.

Y a propósito de esto, te diré de paso: he sabido que un tal monsieur Petitot Pierre Pélion, ha escrito un folleto que ha mandado a París, haciendo severas críticas del país, y según me han informado, el dicho señor está escribiendo actualmente un libro voluminoso sobre el *espiritismo*. Pero como eso ni nos va ni nos viene, quiero ahora contarte las impresiones recibidas esta mañana. Experimenté la primera al pasar por la calle «Consistorial» o del «Platero», ni he podido averiguar, a punto fijo, cuál es su verdadero nombre.

En esa calle hay una belleza artística, que es más bien formada que una estatua de Venus.

Figúrate, una joven de 18 años, de cutis pronunciado, de ojos negros, grandes y tentadores, de pelo abundante, oscuro y engajado; boca sonriente y agraciada –siendo de besos en ramilletes de rosas–. Al ver tanta perfección cruzó por mi mente la terrible idea del matrimonio; pero pronto trájome a mi estado normal un humo tenue que se escapaba de su boca entreabierta, y luego vi que fumaba, Dios mío! Y fumaba un gran tabaco... ¡oh! ¡desengaño!

Encontreme sin saber cuándo en la calle de «San José» o del «Tapado». Pero para que te hagas una idea exacta de la segunda impresión, tengo que decirte que las aceras en esta ciudad son irregulares, unas más bajas, otras más anchas, aquellas más estrechas, estas más altas, de modo que anda uno por ellas dando tumbos y traspíes como un venado; y es una lástima porque las calles son rectas y nada angostas, sobre todo la de «Santo Tomás» o del «Arquillo». A mí me sorprende que el Ayuntamiento no imponga una pequeña contribución anual de aceras



a los propietarios de casas; estos señores, sea dicho de paso, no pagan contribución alguna al fisco.

Y es esto tan extraño que apenas se concibe, cuando sepas, que hay impuesto a los azúcares y a otros frutos que se debían proteger para el fomento de la agricultura en el país, y que los impuestos de Aduanas son crecidísimos.

En fin, todos pagan aquí menos los propietarios. ¿Habrased visto desproporción igual?...

Volviendo a las aceras, te diré, que al frente de sus respectivas casas, hacen tertulias damas y caballeros interceptando el paso a los pedestres. Yo, que iba lo más distraído del mundo, siento que me tiran violentamente del brazo, vuelvo en mí y me encuentro en medio de damas y caballeros y enfrentado por un individuo (el mismo que me tiró del brazo) quien me dijo entre otras lindezas que yo era un yankee grosero y malcriado que pasaba como un perro sobre ellos. Pude yo contestarle que la acera, siendo pública, no debía ser interceptada; pero creí prudente pedir excusas y retirarme. Hice bien. Un amigo a quien ya conocerás me ha informado que es una costumbre del país, y tanto es así, me dijo él, que Ud. verá las tertulias del «Cosmopolita», ocupando toda la acera, y como los tertulianos están siempre discutiendo política, no ceden el paso ni aun a las señoras, quienes por lo regular, a causa de esas tertulias, y otras semejantes que se forman en otros cafés y en otros lugares, se ven obligadas a tirarse a los charcos de la calle. En cambio los habitantes de esta ciudad son los más cultos y sociables del mundo. Si uno de ellos, hombre o mujer, se asoma a la ventana, o a la puerta de su casa, le falta tiempo para responder a «los buenos días» «¿como está Ud.?» «¿y la familia?», «adiós», «abur», «salud», etc., etc., y el que sale a la calle, para no pasar por desatento, tiene que andar despacio y como un muñeco de resorte mirando a un lado y al otro, para ir diciendo: «Buenos días», «salud». «¿Qué tal, chico?» «¿Cómo vamos?», etc., etc.

Y me han dicho que si alguno no lo hace de esa manera, ministro, doctor, presidente, o sea quien fuere, carga con los epítetos de orgulloso, mentecato, engreído, etc., etc.

Pero, vamos a la última y más desagradable impresión del día. Después que di mis excusas a la injusta tertulia de la acera,



seguí errando por la ciudad, y ya cuando estaba acalorado y mohíno, sentí de repente sobre mi cabeza como el peso de una manopla, pero no era tal; era el contenido de una palan-gana que había caído sobre mi pobre sombrero, tan desgra-ciado ya en esta tierra de Dios. Miré hacia la ventana, de donde me supuse se había desprendido aquella violenta catarata, y no vi a nadie. A no ser por el color lechoso que pude observar en la porción del líquido que impregnó mi levita, y por algunas burbujas de jabón que allí quedaron, habría jurado –al aspirar el fuerte y penetrante olor amoniacal que despedía– que aquel líquido era... ¡Ay! ¡Bob, el día no fue agradable que digamos!

Acercándose la hora de almorzar, llegué antes al «León» a tomar un *cocktail*. «León» (hablo del amo, no del café), es un joven, aunque no de muy bonita figura, bien educado, y que está bastante al corriente de la crónica local. Este joven me ha ofrecido contarme muchas cosas de aquí, que yo a mi vez te contaré. Sintiendo yo un olor miasmático y mortificante, quise averiguar la causa y la descubrí. Era una honda cloaca, situada entre el «León» (hablo ahora del café y no del amo); y la pana-dería del señor Martín Puche, es la que causa esa pestilencia. Allí se precipitan, cuando llueve, las basuras y las inmundicias que vienen de algunas calles; y cuando no llueve, se precipita el mosto del alambique del mismo Puche, y las aguas corrompi-das de la tabaquería de un señor llamado Burgos.

A la sazón que me conversaba el joven «León» todo lo dicho, apareciöse allí un caballero, flaco y espigado, de buen talante, de ojos muy expresivos, cabeza y perfil de cara como si hubieran sido hechos adrede para darle aire de gravedad a aquella simpática fisonomía. Sus facciones son rígidas, de tal modo que aunque ría a carcajadas, se sorprende uno al ver cómo de súbito aparece el individuo serio como un poste. Si las apariencias no me engañan, es franco y veterano en su trato. Con mucha amabilidad me convidó a tomar un *brandy*, y lo acepté; entabla-mos una conversación tan familiar como si fuéramos conocidos viejos; pero me chocó mucho cuando descubrí que mi nuevo amigo era norteamericano, y que ha desempeñado el cargo de juez en una ciudad del Estado de Nueva York. Habla el español como si hubiera nacido en uno de estos países, y es inteligente, verboso y decidor.



Al volver a sentir el mal olor de la cloaca me dijo este paisano nuestro, que en vano se han quejado los vecinos a la Policía; que el honorable Ayuntamiento no hace caso de la higiene pública; que aquí esas corporaciones permanecen siempre en una impasibilidad digna y olímpica, y concluyó al fin levantándose de la silla y con una entonación llena e inspirada me dijo:

Mire, paisano, yo le aseguro, que primero me hacen a mí Papa que ver los vecinos la limpieza y la composición de esa alcantarilla infestada: ¡déjese Ud. de niños muertos, aquí no hay Ayuntamiento que sirva ni ná...!

Después de este arranque natural que me reveló más el carácter de mi nuevo conocido, acabamos de tomar la parte del brandy que quedaba en las copas, y al levantarnos para salir, notando que a mi paisano, por distracción, se le olvidaba pagar lo que habíamos bebido, saqué una moneda y se la entregué al mozo. Esto de seguro no lo apercibió tampoco; porque yo lo hice con bastante silencio, y él en ese instante se reía tal vez, de alguna palabra picaresca dicha por el joven León.

Salimos juntos del café en buena y franca conversación, nos detuvimos de paso en algunos de los establecimientos mercantiles que hay en la Calle del Comercio, en el cual mi amigo parece tener mucha familiaridad; pues noté que casi a todas las personas a quienes me presentó las llamaba compadre.

Me chocó bastante ver que aquí en todas las tiendas, almacenes, y se puede decir, en toda casa que hace negocio, hay un letrero que nunca se escapa a la vista y que dice así:

Aquí no se fía.

Preguntando al amigo que me dijera algo sobre esto, se detuvo un momento, me miró fijo, me tocó en el hombro, y en tono breve y sentencioso, exclamó:

«Paisano, no le importen esos letreros, tome Ud. al fiado cuando se le ofrezca...» Y sin afluir más, me dio la mano y entró en la «Botica Nacional». Yo seguí hacia el Hotel, pensando en el sentido de esas palabras; y me propongo averiguar el porqué me dijo tan rápidamente aquello.



Es tarde, concluyo pidiendo a Dios no fastidie mi carta.
Tuyo,

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 365, 9 de julio de 1886.



5^a. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo, City.

Mi querido Bob:

Después de algunos días romper el silencio.

Como te dije en mi última carta, aquella contestación rápida que me dio el paisano, a quien ya tú conoces, me hizo reflexionar y averiguar el significado de su frase; pero te aseguro que me habló al pelo. Cuánta razón tiene a pesar de todos los «*No se fía*», «*No hay crédito*», «*Al contado*», etc., etc., que se ven en letras gruesas por todos los establecimientos. En este país, Bob, casi toda la gente vive del fiado; tú juzgarás. Ayer me entré en una de las principales boticas a conversar un rato con el dueño, persona a quien en buen hora he conocido, y de quien no puedo resistir el deseo de darte algún informe. Este señor es muy amable sin tener nada de dulce, a menos que no sea el metal de su voz, o la almíbar que destila en sus procedimientos farmacéuticos; aunque de buen trato, no es muy franco; habla como quien llora y se sonríe de lado; es meticuloso, pero pulcro en el decir, es flaco, pero esbelto, su figura ha enamorado a más de cuatro; tiene algo de flexible, pero es enérgico, no habla de su profesión, y sin embargo, es un *verdadero terapéutico*. Su fisonomía es simpática, aunque un poco confusa; pero tiene un no sé qué que atrae a cultivar su amistad. Este nuevo amigo, al pedirle explicaciones de lo que mi paisano me había dicho sobre crédito, se sonrió y me suplicó esperar un rato a su dependiente, que había salido a cobrar mil y más cuentas (no



exagero, Bob, mil y más cuentas). Pues bien, no muy dilatado llegó el dependiente con un memorándum en la mano. «Habla sin rodeos», le dijo el principal; «¿has cobrado algo?» «Nada señor». «¿Y qué dicen?» *Dedé*, algo molesto, dijo que él no necesita que le cobren, que él vendrá a pagar cuando le convenga. *Nené*, respondió que no tiene. *Didí* se puso furioso y dice que no le *jeringuen*. *Yoyó*, no está en su casa. *Mené* que él sabe que lo debe y que no necesitan mandar a su casa. *Fafá*, que ella no vuelve a tomar nada aquí. *Yiyí* que es inútil que le manden a cobrar. *Don Tomasico*, que pagará a fines de año. *Lolé* le manda a decir que él nunca esperaba de Ud. semejante proceder. *Don Siriaco* echó pestes, y dijo que aquí no le guardaban consideración. *Don Pepito*, que él vendría por acá. *Don Melo*, que él no debe eso... Por lo que iba mirando no hubiera cesado el dependiente si el señor Mistirilli (así he oído llamar a mi amigo), no exclamara con mal tono: «¡Ya basta!»! En ese momento entró un muchacho diciendo: «Dice *Dedé* que le mande una botella de agua florida y un jabón de lechuga». «Entregue», dijo más lloroso que nunca el amigo. «Ya Ud. ve si tiene razón mi compadre (se refería a mi paisano) aquí se vive del fiado».

Notarás, Bob, que ese *Dedé* había contestado momentos antes: *que él no necesitaba que le cobraran, que él vendría a pagar cuando tuviera*.

Le dije a mi amigo, que por qué le seguía fiando a ese individuo y me dijo con intención. «Porque no quiero echarme encima un enemigo».

Ahora viene bien explicarte el porqué no te menciono los nombres de mis amigos y conocidos; es, porque a todo el mundo se le da un apodo o un diminutivo y eso me tiene confuso, y no quiero al hablarte de *Bobó* equivocarlo con *Bebé*, ni confundir a *Doña Concepcioncita* con *Doña Asuncionsita*. En fin, todavía no conozco un nombre entero, y sí conozco muchos tronchados, conozco a *Lalá*, a *Lelé*, y *Lili*, a *Loló* y a *Lulú*; y conozco a *Leta*, a *Lita* y a *Lola*, y eso que no te hablo de las *Nañás*, de los *Ñonós*, los *Ñeñés*, las *Cacás* y los *Cocós*; de estos dos últimos los hay sin acento, y en mayor número en el país.

Los *Nenesson* tantos que a cada paso te das con algunos por la calle, y te aseguro que los hay de todos tamaños y de todos los gremios.



Es de tal modo la costumbre aquí de hacer diminutivos los nombres propios, que a generales, a presidentes, a ministros, a jueces y a comerciantes, se les achiquiten: solo hay seriedad y respeto al hacer mención de los curas y los doctores. ¿Será porque estos *tercios* ayudan a bien morir?

No porque se viva al fiado creas que no hay buena fe en el país, todo lo contrario, esta gente es la más confiada y más cándida del mundo.

Voy a mencionarte una circunstancia que te convencerá de ello.

El otro día me vi escaso de fondos y quise vender una Letra sobre Nueva York; no bien se supo que yo vendía giros cuando todos querían comprarme y venían a hacerme proposiciones; si hubiera querido vender treinta mil o más pesos no habría tenido dificultad; pero yo necesitaba poco dinero y no vendí más que dos libranzas de a \$300. A nadie se le ocurrió pedirme garantía ni referencia, ni tampoco tuve que mostrar mi carta de crédito. Me explico ahora perfectamente cómo pudo un señor Mayans llevar a cabo ciertas operaciones dudosas, casi al otro día de desembarcar aquí. Este señor vendió giros que se protestaron y compró títulos y otros valores que no se pagaron.

Cualquiera creería que esta gente estaba escarmentada; pues no señor, no hay tal; su confianza y candidez es siempre la misma; parece que está en su carácter bondadoso y en la hospitalidad franca y decidida que dispensan a todo extranjero que los visita. Las leyes del país favorecen a tal punto al extranjero que le conceden casi todos los derechos de la ciudadanía sin obligarlos a llenar ninguno de los deberes.

Con tan buenos auspicios y alentado por varias personas connotadas de esta capital, y asegurándoseme que el Gobierno acogerá favorablemente mi proyecto, voy a pedir una concesión para construir un paraguas de varillas de hierro y tela impermeable que cubra la ciudad, para defender a los habitantes de las lluvias torrenciales y del sol reverberante que tanto que-
ma aquí.

Este paraguas se cerrará y abrirá por medio de resorte eléctrico. El gobierno me dará una subvención anual y autorizará mi tarifa, que los habitantes pagarán de buen o mal talante, eso no importa. Como para todas estas concesiones la ley manda que se deposite en el Ministerio de Hacienda una garantía, yo



depositaré mi pagaré por \$7,000 a seis meses de plazo. Ya yo he formado la Compañía constructora así:

Presidente: Roberto Ferguson, tú pasas aquí por capitalista, yo les he explicado que el concuño de la hermana de tu suegra es un millonario, y como eso no es mentira, los periódicos afirman que tú eres capitalista.

Vicepresidente: James Cooper.

Tesorero: William Dos, este señor es muy conocido aquí –aunque nunca ha estado en el país– es amigo íntimo del señor aquel del «Cosmpolita», que fue en Jersey City, padrino de aquel fracasado matrimonio del que tú y todos los amigos saben la historia.¹

Secretario: Jolin Smith, ex candidato para miembro del Ayuntamiento de Itaca.

Por los periódicos que te remito, verás que toda la prensa acoge con entusiasmo el proyecto. El más furibundo admirador de la «Paraguas Mastodonte Comp. Limitada» es un señor que vive en la calle del Conde, o de la «Separación», a quien vendí un giro, y que fue tan amable hasta llevarme a su casa. Este caballero lo conocía yo por haberlo visto en el «Club del Comercio», del cual es miembro *inactivo*. Imagínate un tapón de champagne con levita, y te habrás hecho cargo de la apariencia que al primer golpe de vista presenta el bulto confuso de mi nuevo amigo. Anda como juguete mecánico; son sus piernas como piernas de billar redondas y tiesas pero con gargantillas abajo. India su tez, y su pelo, su pera y su bigote semejan en su color al plumaje del cuervo, es algo barrigón, alisado el cabello, cejijunto y de ojos pequeñuelos. Añade a este conjunto una boca grande y sin expresión, y tendrás el retrato fiel de este serio, calmado y respetable señor. Es rico, a juzgar por sus manifestaciones. Es trabajador y honrado, y si no tiene un gran número de amigos, seguro estoy de que carece de enemigos. Ha estado este señor en los Estados Unidos y es admirador de nuestras fábricas de jabones y *latas alimenticias*, le gusta mucho el idioma inglés, del cual en sus conversaciones conmigo se le escapan palabras, que en vano he tratado de comprender.

1 Como es tan conocida, en efecto, la historia del matrimonio a que se refiere James Cooper, cualquiera de los lectores que la ignore, será una casualidad si al preguntar por primera vez no halla quien le dé la explicación. (N. del A.)



Estando en la casa de mi nuevo amigo oí por la calle un alboroto de muchachos que insultaban a un pobre hombre que me dicen es un demente llamado Juanico. Me asombré de que no acudiera la policía a evitar el escándalo, y también me fue extraño ver que mucha gente se asomaba a las puertas y ventanas de las casas impasibles a esa inmoralidad los unos, y los otros riyéndose de las furias del pobre loco cuando los insolentes muchachos le dirigían improperios acompañados de palabras obscenas y él contestaba a gritos, con otras más obscenas aún. Para que conozcas la buena índole de mi nuevo amigo, cabe aquí hacerle una justicia que le honra. De todos los que presenciaban este acto, bárbaro, si así se puede decir, el único que se indignó y que alzando la voz amenazó a la turba de los insolentes *gamenes* fue él. Esta acción me reveló que era un hombre de buenos sentimientos. Tan luego como pasó este accidente, algunos de los muchachos salieron entonando una canción, que es aquí muy popular por lo que veo; pues la oigo constantemente por la calle y la he oído tocar hasta en los pianos de las casas de familia. No puedo reproducirte la letra porque no es para escrito; pero se me antoja para concluir esta carta, copiarte aquí la música de ella, que es así:



Siempre tuyo,

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 366, 16 de julio de 1886.





6^{ta}. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo, City.

Mi querido Bob:

Aquel señor que me llevó a su casa, hizo más aún; me instó a que fuera a dar un paseo con él en su coche; ¡pero qué coche! es un *sillín*, un *quitrín*, un *calesín*, un *tarantín*. Es una hamaca montada en ruedas, es un par de ruedas colgantes de un palio de forma, y color indescriptibles. Acepté, pues, ¡y allí fue Troya! Hubo que abrir la hoja de un portón, y sacamos el caballo, digo sacamos, porque yo también ayudé a la operación y porque nos costó materialmente sacar al pobre jamelgo. Sin embargo, eso no hubiera sido nada, cualquier caballo, así sean los del tranvía de esta capital que son los que viven más a su regalo, se resiste: harto sufren las pobres bestias para que no seamos de vez en cuando indulgentes con ellos. La Babel llegó al sacar el coche. Mi amigo, su hijo, un señor que pasaba y yo, no logramos reducir bastante el mueble aquel para hacerlo pasar por la abertura de la puerta y decidimos abrir la otra hoja. Tampoco logramos echarlo afuera. Entonces fue necesario desarmarlo y sacarlo por parte; así lo hicimos, y cuando ya no nos faltaba más que el capaceté, he aquí que uno de los chiquillos de mi amigo se enreda en él y se lastima un tobillo. Grita desafortadamente el niño, corre la familia, se aglomeran los vecinos, y todos preguntan, y todos responden, y mi amigo explica lo sucedido con una calma olímpica. Descubriose, al fin, que el chicuelo no se ha hecho daño, y como su padre le promete llevarlo en el coche, cesa de llorar. Se restablece el orden y enganchamos,



pero cuál no sería mi confusión al ver que dos primos del amigo y todos sus chicos se disponen a subir en el coche. Yo no sabía qué partido tomar; pero fueron tantas las instancias que no tuve más remedio que subir también. Después de mí entró otro, y el padre me iba pasando los chicuelos, y luego entraron al hijo mayor, y el otro hijo, y un tío, y el perro y el gato, de modo que el caballo, al querer arrancar, reventó el correaaje, y el pobre coche gimió como alma en pena, dando un vaivén; y capacetes, y perro, y chicos, y grandes, y gatos, y ruedas y arneses, rodamos por el suelo en confuso torbellino, oyendo las risas estrepitosas de los transeúntes y vecinos, y los silbidos y algazara de los muchachos.

Mi amigo fue de los primeros que se levantó limpiándose el fondillo; recogió luego del suelo a los chicos que a pulmón abierto gritaban, y se acercó a mí, apacible, inmutable y calmado como siempre. Me dijo con la mayor naturalidad y sencillez, como si nada hubiera pasado: «Señor, ya no podemos dar el paseo, será mañana».

Despedime de aquel buen y honrado hombre, y echeme a andar sin objeto por la calle del «Conde» o de la «Separación» (notarás que aquí todas las calles tienen dos nombres). Tengo que volver por esta calle; pues esa tarde iba yo tan desazonado que solo ha quedado de ella en mi memoria en confusa mezcianza: un león dorado que vi sobre un mostrador, una campana de cartón con badajo de palo, colgando del dintel de una puerta, un busto de mujer, pegado en la hoja de otra; un señor alto, robusto, colorado, de pelo y bigote ídem, con un gallo en la mano, y por fin, un tablón muy grande, con un letrero dorado que dice: «El Elefante con cría», a cada extremo del tablón, pintado al óleo, vi una especie de sabueso, con *plantaje* de ovejo y con una funda inflada de paraguas, que le sirve como de nariz al bicho; al lado están unos cuatro sabuesitos con plantaje de ovejitos y también con funditas infladitas de piragüitas que le sirven de naricitas a los bichitos. Vi también colgando de casi todas las puertas en esa calle, sogas de pozo (no para ahorcarse), vainas de cuchillos (y no de otra cosa), machetes, sillas de montar, fundas de revólver, hicos de hamacas y un sinnúmero de objetos que ahora no recuerdo. De todo me impondré con despacio y te daré cuenta en mis próximas cartas.



En una tienda, situada en la esquina de la misma calle, vi sentado en una mecedora a un caballero fumando con *dilectancia* un tabaco. No es este sujeto flaco, ni tampoco gordo; sin ser alto no es bajito; su fisonomía parece chusca y sin embargo es hombre muy serio; sus ojos, si no son negros como el ébano, son oscuros como la noche, muy grandes, vivos algunas veces y otras toman expresión lánguida; esos ojos pudieran ser bonitos si no tiraran a saltones; tiene cabello y bigote no escasos, pero con inclinación chipesca; aunque su ropa no sea de la mejor cortada, le cae muy bien un saco de alpaca, que usa a la *negligé*.

Cuentan que para jugar el billar acostumbraba quitarse ese saco; pero que no lo hizo más desde que unos zaramullos amigos le robaban los tabacos del bolsillo. Nunca pudo descubrir, cómo, ni cuándo, ni quiénes se fumaban sus tabacos.

Como aquí se acostumbra pedir fuego, aunque no se conozca el que fuma, y así sea este el anciano más respetable, y el que lo pide sea el lechuguino más barbilampiño, no tuve reparo en acercarme a aquel fumador y pedirle fuego. Encendido mi tabaco no sé por qué me entraron como deseos de hacer amistad con ese caballero. Para lograr mi objeto le pregunté si tenía corbatas de venta, me respondió que sí, que las tenía de todas clases, y ligero como un galgo, saltó al mostrador y me presentó corbatas y corbatines. Le compré una, y como si no hubiera vendido en todo el día, quería que le comprara de los corbatines y se empeñaba en quererme mostrar otras mercancías.

Luego le hice algunas preguntas, y como si hubiera yo tocado un resorte oculto que moviera aquella lengua, no solo respondió a mis preguntas sino que él a su vez me interrogó y me informó de muchas cosas concernientes a su vida. Supe que había sido miembro del Club del Comercio, hacendado, amigo de Mr. Bass y de Mr. Farrand; conocido de Mr. Canty, hombre que había viajado por Europa y había tenido en París amigos que eran condes y marqueses, hombres a quien muchos ministros aquí y aun presidentes hacían consultas sobre los puntos más delicados de la política. También me refirió varias de sus hazañas amorosas, por las que saco en consecuencia que es hombre que anda siempre enredado en asuntos galantes. No es su figura la de un Adonis, ni es su edad la que más cuadra a un Tenorio. Sin embargo, va tocando ya en los 60 años y



no tiene una cana. En él se ha desmentido aquel refrán que dice: «Fatal en juego, dichoso en amor», pues me contó que siempre que había jugado, la suerte lo había favorecido. Supe que cuando jugaba gallos por poco arruina a un tal Bona que era el amo de una tal «Chiva».

Te aseguro, Bob, que el nuevo amigo me gustó, y mucho más me cae simpático desde que supe que es un buen padre de familia, y que es honrado a toda prueba; ha trabajado siempre sin nunca haber cometido una acción que haya sido reprochable.

Antes de despedirme del nuevo amigo, asomé al dintel de la puerta una joven de color indio lavado, hermosa, de esbelto talle, de ojos que brillan como estrellas del cielo en noche estival. Esta bella criatura me hizo pensar en Anacaona, la Venus de esta tierra privilegiada de Colón, y privilegiada de Dios. Te confieso, amigo Bob, que salí con el pensamiento entregado a ella.

No vine a despertar de esa especie de reconcentración mental hasta que llegando a la plaza de la Catedral, me di con una persona respetable, a quien ya había sido presentado en otra ocasión. Este caballero tiene la cabeza y el bigote blancos, pero el cutis y las facciones frescas. Es algo gordo, pero no desproporcionado; viste con la sencillez que vistiera un Franklin, o un Washington; tiene los modales finos; es críticón, pero sazonado en sus ocurrencias; habla, según veo, muchas lenguas y todas con facilidad; es hijo de padres extranjeros, pero es nacido y criado en el país y ha sido en otra época ministro de Hacienda de la República. Hoy parece que ocupa algún empleo diplomático de alguna nación poderosa; pero, es tan despreocupado en ese sentido, que nadie, si no se lo dicen, lo llegaría a saber. Este caballero ha viajado mucho por Europa y por los Estados Unidos; es conocedor de las costumbres, de los gobiernos y de todo lo que se relaciona con esta República; pero ni yo mismo soy tan mordaz como él criticando las cosas de aquí. Es agradable en su conversación; lo único que me disgusta en él, es la compañía de un perro fastidioso, el cual quiere imponerlo a todo el mundo. En el Club, en el Tranvía, en los paseos, en el teatro (cuando a ellos por casualidad asiste), en las oficinas públicas, siempre se ha de encontrar a ese señor acompañado del perro. Pues bien, detenido en la plaza de la Catedral, como



ya te he dicho, nos pusimos a dar paseos allí, y de conversación en conversación, llegamos a lo que más cerca teníamos; era la estatua de Colón. Como ya te dije, el caballero a quien aludo es un Zoilo, de modo que halló campo fértil en donde meter la hoz de su crítica, y a propósito del caso me contó las vicisitudes que había atravesado la estatua, desde antes de nacer de las manos del artista francés que la hizo, hasta su llegada aquí, sin excluir el incidente de su desembarque y de su erección. Me dijo que las autoridades todas, ejecutivas, municipales y clericales no podían ponerse de acuerdo con respecto a la colocación; díjome que el clero pretendía diera el frente a la Iglesia; el gobierno al Palacio Nacional, y el municipio a su *City Hall*. Al fin quedó Colón, continuó, con el frente al Norte, punto donde se supone haber avistado la tierra. Según han opinado algunos, continuó el caballero, Colón debía colocarse al Este. De esa manera, señalando con su brazo extendido la famosa Torre del Homenaje, hubiera podido proferir las siguientes epifonemas: ¡Hijos de Quisqueya! Fijad vuestra atención en esa torre; allí, encontré la recompensa de mis afanes, cargado de cadenas, experimentando la ingratitud de los hombres; también encontraron en ella algunos de vuestros padres la recompensa del patriotismo y de los méritos; allí, encontraréis vosotros mismos, si no muda vuestro modo de ser, si no le dais un cambio a la política que actualmente seguís, encontraréis, digo, prisiones en húmedos y oscuros calabozos; allí, vuestros hijos irán también a sufrir los tormentos del encarcelado, a confundirse con los criminales y a ensañar el corazón en el veneno de la venganza y de la maldad!

En efecto, Bob, esa torre, creación tal vez del cerebro enfermizo de algún miembro de la Santa Inquisición, se conserva con todo el aspecto fatídico de una cárcel de la Edad Media; en sus calabozos infestos y poco dignos de un pueblo que aspira a ser civilizado, por causas puramente de opinión política, los gobiernos aprisionan a los ciudadanos sin previo requisito de ley. Pero, veo que me voy demasiado lejos.

Terminada la conversación, y sintiéndome un poco acalenturado, le dije al amigo que iba a consultar cierto médico y para que acabes de conocer el carácter burlesco del hombre, oye lo que me respondió:



«Ayer presencié una consulta de un paciente con ese doctor; escuche usted cómo fue:

Paciente. —Tengo fiebrequita.

Doctor. —Sí señor.

Paciente. —Me estaré en casa sin salir una semana.

Doctor. —Sí señor.

Paciente. —Guardaré dieta.

Doctor. —Sí señor.

Paciente. —Tomaré diez granos de quinina dos veces al día.

Doctor. —Sí señor.

Paciente. —¿Cuánto le debo, doctor?

Doctor. —(en tono muy dulce) Solamente \$15.»

Dicho esto, que me causó mucha risa, nos despedimos, y yo me vine para el hotel. Termino aquí esperando que cada día sean más agradables mis cartas.

Siempre tuyo,

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 367, 23 de julio de 1886.



7^{ma.} carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo, City.

Mi querido Bob:

Principio a escribirte hoy después de haber tenido larga y agradable conversación con un caballero, que se ha interesado en traducir mis cartas anteriores dirigidas a ti, con el objeto de publicarlas. Voy, pues, a merecer una honra, y es por eso, que no debe sorprenderte, si en algún periódico de esta ciudad sale a bailar mi nombre iluminado por luces de *Faro* en alguna crítica frívola y sin fundamento, ya sea diciendo que Jimmy Cooper es exagerado en lo que te relata del país; ya sea pecando de inocente al tildar a algún otro periódico porque siendo de carácter serio da cabida en sus columnas a mis pobres cartas; o ya sea, en forma del que se pela por dar *Las Noticias*, desconociendo mi conocida nacionalidad, y hablando de la paja de mi ojo para no ver la viga en el suyo.

Yo estoy conforme, amigo Bob, porque eso quiere decir que las cartas que te escribo se harán más interesantes. Y desde luego, tendrá que suceder así en una tierra, de la cual hay tantas cosas que contar, y en la cual a cada instante se da uno con el conocimiento y la amistad de caballeros, como el ocurrente y criticaastro aquel, que puso en boca ajena las increpaciones que suponte debía hacer el Cristóbal Colón de aquí señalando la fatídica Torre del Homenaje. Otra persona tan instruida y tan seria como ese caballero tan preparado. Te la daré a conocer, aunque no con todos los detalles. Es el mismo señor de quien



te hablo, un hombre, no de avanzada edad, pero tampoco joven; no es de alta estatura porque ya la barriga le ha hecho perder su esbelto talle de otro tiempo; su fisonomía molletuda lo hace arrugar las cejas y aparecer más circunspecto que un rey de naipes. Usa el vestido a la inglesa, sus zapatos siempre con brillo de blanquín son puntudos, su sombrero de paja está a veces forrado de blanco y adornado con un lazo que le hace mucha gracia al colgarlo detrás, es fino en sus modales, habla despacio y respirando; sus palabras son cortas y sentenciosas. Vive de sus rentas, lleva el mismo nombre de una reina poderosa de Europa, y firma como ella. Se cree estar obligado a adoptar los modos y las maneras excéntricas de los ingleses, y es por eso, que anda con algunos perros, entre ellos, no falta uno que otro, que sea feroz. Ha viajado mucho por Europa y por los Estados Unidos, es conocedor de varios idiomas y nada le turba, nada le espanta, sino el capricho de creerse que está atacado de una enfermedad que no perdona.

De ese caballero, que tiene cualidades de mérito, que es metódico en todas sus cosas, que siendo solterón le gustan las mujeres, habiendo sido pánfago en ese gusto: de este caballero, en fin, que me tiene trazas de banquero en ciernes, te hablaré cuando vuelva a unirme con Zoilo, aquel de pelo y bigote blanco que me contó el cuento de la consulta del Dr., a quien ya he conocido –de hito en hito– por una casualidad. Entre tanto, vuelvo a mi *tormento adorado* (así le llama un tal Mr. Bachr, que vive en el pueblo de Baní, a toda mujer de quien se enamora). Pues bien, mi querido Bob, aquella Anacaona que vi en la calle del Conde, y de quien ya te he dado noticia, me tiene preocupado. Vuelvo a pensar en matrimonio, y no tendría inconvenientes en proponerlo, si un paisano mío, que conoce ya mucho las costumbres de la tierra, no me hubiera explicado el *modus operandi* de las relaciones amorosas, y las dificultades que para efectuar incontinentemente un matrimonio se presentan en este país.

No sucede aquí como allá en el nuestro. Allá conoces a una joven, la tratas, te conoce la familia y sabe que eres decente, honrado, etc., te enamoras y cuando te has convencido de que no es un capricho pasajero lo que sientes, sino un amor firme y verdadera estimación hacia la joven, le preguntas si te ama y



está dispuesta a unirse a ti. Si has logrado inspirarle afecto te responde que sí, y a casarse. Si le eres *indiferente* te responde que no y asunto concluido. Aquí se hila más delgado. Conoces a una joven, o la has visto al pasar por su casa y te ha impresionado, es lo bastante; «voy a enamorar a esta muchacha», te dices, «es bonita, es decidora, inteligente y creo que no le soy antipático». No se te ocurra pensar en matrimonio, ni en cosa que se parezca, así sea de la mejor familia. Lo que se te ocurre es declarártele de palabra o por escrito, regularmente se hace por escrito. Casi todas esas cartas tienen un tenor parecido, allá va una muestra. «Amada señorita» puede decir, adorada o idolatrada, no hace diferencia. «Hace tiempo» o «Desde que la vi a usted por vez primera» (según el caso) mi corazón lacera-do ansía el bálsamo de su amor para curarse de sus heridas. Vos sabéis ¡oh amable señorita! que he devorado en silencio» (men-tira, lo ha dicho por todas partes) «la pasión que *devora* (nota-rás que la pasión y el individuo se devoran mutuamente) sin atreverme –por temor de ser despreciado– (ese paréntesis es de rigor) a comunicar a usted la causa de mis agudos sufri-mientos. Vuelve a mí, señorita, esos tus ojos (estilo de Salve) y dame el único consuelo que anhelo para ser el más feliz de los mortales.

«Quien usted no ignora. Pepe».

En algunas ocasiones hay que rehacer muchas veces la carta, porque no hallando manera de darla en propias manos, se en-sucia en el bolsillo. Al fin se entregan, no se espera contesta-ción. Una joven bien educada no contesta nunca. Sigue el ena-morado visitando regularmente la casa, logra encontrarse a solas con la joven, y he aquí que lo que más deseaba en el mundo viene a ser su mayor tormento (se entiende, si el enamorado es imberbe, pues me cuentan que algunos *nenes* son *muchachos* en el juego, y serían capaces de embestirles a la Dulcinea más re-catada y más defendida sin la menor turbación). Sigamos. Olvídasele al enamorado el bonito exordio que traía en la me-moria, se siente nervioso, la lengua se le hace un nudo en la garganta, y ruega a Dios mentalmente, y se encomienda a to-dos los santos para que venga el padre, la madre o la hermana, a sacarlo de este trance. Nadie viene, y esta ocasión no se pre-senta todos los días.. Se decide a hablar, trata de que su voz sea



lo más meliflua y se le escapa ronca, gutural y temblona; habla al cabo y dice: «¡Qué calor!» «Mucho» –contesta la joven bajando la vista. Pausa. «Yo creo que va a llover.» «Yo también», otra pausa acaso más prolongada. Luego, «¿A su hermanito le gustan los mangos?» «Yo no tengo hermanito» «Y si usted tuviera un hermanito ¿le gustarían los mangos?» «¿Cómo», replica sorprendida la niña, y comprendiendo el joven que ha hecho un papel ridículo se pone colorado, tartamudea una excusa inteligible, y no sabe ya dónde colocar los brazos y las piernas, que de repente se le antojan miembros incómodos e inútiles. Después de un rato de silencio se decide a preguntar «¿Qué dice usted de mi amor? «¿Qué amor?» «El... el amor de mi carta...» Se establece conversación. El joven pide esperanzas, la niña pide pruebas. *Nota bene.* Esperanzas son: sonrisas y palabras al efecto: «tal vez», «quién sabe», «si yo me convenciera». Pruebas: Pararse en la esquina y pasar por delante de la casa quinientas veces en la noche y muchas en el día. Luego vienen los altares, y adiós Madrid.

Los altares, solo en las iglesias debía haberlos. Pero tengo que explicarte lo que es un altar de enamorados aquí; es el grupo que forman los dos tórtolos, sentados el uno al lado del otro (mientras más en contacto mejor) hablando de sus amores y las más de las veces de cosas indiferentes y enteramente distintas al amor. La madre, la tía, la abuela u otros miembros de la familia velan esos altares, que, de paso sea dicho, se hacen eternos algunas veces. Cuentan de un individuo que hizo durar el altar treinta y tantos años y al fin murió sin casarse. Llegaba este buen señor al toque de oraciones, se sentaba al lado de su novia y se dormía, a las *dobles* de las nueve lo despertaba ella, él daba las buenas noches y se retiraba bostezando.

Aquí con raras excepciones se recoge todo el mundo a las nueve de la noche.

Los altavoces son el preludio del matrimonio. A veces el Cupido se escapa y falta a sus compromisos. ¿Crees que aquí como en Itaca todo el mundo lo rechaza afeándole su conducta? Nada, arma un nuevo altar por otro lado, y lo ves tú orondo, aun en presencia de la misma novia que abandonó, como si eso fuera un pecadillo que mereciese bizcochito de penitencia.



Pero como te he dicho los altares preceden al matrimonio y este en muchos de los casos se efectúa y se cierra el capítulo lo mismo que en las novelas: «fueron felices y tuvieron muchos hijos».

Como tú sabes, en nuestro país, con algunas excepciones, el matrimonio es el generador de los disgustos, pleitos, quejas, escándalos, separaciones y divorcios. Aquí es todo lo contrario, una vez casada la joven se vuelve la madre tierna y matrona austera, modelo de esposa hasta convertirse en idólatra de su marido.

Para la mujer dominicana, con rarísimas excepciones, no hay más felicidad que su hogar. Hace de su marido un semi-diós, de sus hijos ángeles, de su honor sagrario, de su casa cielo, a pesar de todas las miserias que tenga que experimentar.

Por eso no extrañes que por dos veces haya caído en el pensamiento de casarme. En mi país tal vez muera soltero; pero si me quedo aquí algún tiempo, tengo la esperanza de presentarte un día a la Señora Cooper, dominicana que será allá, estoy seguro, ejemplo a las esposas y a las madres americanas.

Y quiero, antes de concluir, esta mi séptima carta, que fijas tu atención en el empeño que pongo en variar las materias de que ellas tratan. Yo voy teniendo buen cuidado en recorrer todos los gremios sociales y en irme por todos los lugares. Y es tan así, que unas veces estaré en el centro de la ciudad y otras en los barrios; unas veces me verás subir a palacio y otras entrar a las chozas; unas veces estaré con los poderes y otras con el pueblo. Yo, te aseguro, mi querido Bob, que para cumplir el propósito que me he impuesto no tendré inconveniente, el día menos pensado, de penetrar hasta en las mismas iglesias si necesario fuere.

Mientras tanto quedo:

Tuyo

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 369, 30 de julio de 1886.





1^{ra}. carta de Robert Ferguson a James Cooper

154 W. 14th. St. 4.50.
P. O. Box 3768
Tel. 4444. Cables «Bob».
New York City, N. Y. State, U. S. A.

Mi querido Jimmy:

Tus cartas recibidas, de su contenido impuesto. Momentos agradables me ha proporcionado la lectura de ellas y ya siento simpatías por el país aquel y abrigo la esperanza de visitarlo un día.

Por tus cartas se adivina el carácter franco y benévolo de los dominicanos. Las faltas de que adolecen son leves y de fácil corrección. ¿Qué son ellas, en efecto, comparadas a las de nuestro país? Allí reina el verdadero espíritu democrático, y lo prueba el fácil acceso que tiene nuestro cónsul en esa, a todas las oficinas públicas. Aquí trabajo le cuesta al cónsul dominicano o a cualquier otro cónsul, una entrevista con el alcalde mayor de la ciudad. Y ahora que de cónsul hablo, sabrás que he conocido aquí a un señor dominicano, pero no de esa nacionalidad. Ese caballero me aseguró ser cónsul –no recuerdo de qué imperio– en Santo Domingo; también me dijo que había sido cónsul español allí un sinnúmero de veces. Le hablé de ti pero no te conoce. Es un hombre alto, no gordo, no es esbelto como el sauce que no da frutos, sino un poco inclinado hacia abajo, aunque no es muy viejo, tiene la melena y la barba, canas, la



pelleja blanca y rosada; de trato franco y amistoso; habla mucho, habla muchísimo, habla una milla por minuto, es un torrente de palabras, es en fin, un tren expreso hablando, y para colmo de lengua la *ripea* en varios idiomas.

Cualquiera diría que es hombre ilustradísimo en todas las materias; en las varias veces que nos hemos visto me ha hablado de economía, política, de instituciones bancarias, de inventos, de viajes, de historia, de los hombres más distinguidos de la época, sobre todo, del profundo Bismarck, de quien dice que es un empleado diplomático, y a quien él llama el coloso de la Europa. Hablándome de Emilio Castelar me dijo que era su paisano, y últimamente me habló de las entidades de ese país, Santana y Báez, muy entusiasmado, recitándome los triunfos del primero en los campos de batalla y de quien afirmó que entre todos sus compatriotas era el hombre más eminente en la historia de esa República. A este le pregunté si Santana era alemán, o español, echó una grande carcajada y me contestó: ¡alemán Santana, no hombre! nació y se crió allí mismo en la República Dominicana puerta con puerta conmigo.

Como ves, Jimmy, aunque he hablado tanto (digo mal) aunque ha hablado tanto conmigo este caballero, aún no te puedo decir qué nacionalidad lo distingue; pues por distinguirse en esto, me mostró el busto de Bolívar con que le ha condecorado el insigne Guzmán Blanco. En resumen, solo he podido sacar en limpio que se educó y vivió en Alemania muchos años y por amor a aquel país —debe ser por amor— usa cuando viene al Norte la bufanda y el sobretodo que de colegial llevaba. Cuando estuvo en Berlín, joven en quien bullía aún el carmín de sus mejillas, el Kayser lo distinguió con su amistad y la emperatriz Augusta se sonrió al verle. Lenguas cortesanas dieron a esa sonrisa significación aviesa. El emperador, hombre prudente (con más mundo que préstame la vejiga), al ver un joven esbelto, decidor (ya lo creo que es decidor) y embustero (toma esta palabra en el sentido de culto y galanteador) decidió darle un empleo fuera de Alemania y verse así libre de un peligroso rival. Pude comprender en mis conversaciones con ese señor que es hombre popularísimo en Santo Domingo, muy querido, fue rico y jefe de la casa más antigua, más respetable y más fuerte de aquella ciudad. Últimamente compró un cargamen-



to de ajos y cebollas, y aunque apestan su almacén, su casa, la calle y el vecindario, él se ríe porque ha hecho su ganancia, y la Policía dice que jamás lo inquieta, cosa que me extraña; pues esos ajos y cebollas están en contra de lo higiénico, de no soportarlos ni Sancho Panza, que fue tan amante a ellos. Hablamos mucho, digo mal, habló él y por lo que veo está al tanto de muchas cosas. Como tú sabes, nuestro Gobierno nombró una comisión para estudiar los mercados sud y centroamericanos y de las Antillas, y averiguar las causas del comparativamente pequeño tráfico existente entre esos países y los Estados Unidos, con el objeto de dictar medidas que aumenten nuestras relaciones comerciales. La comisión dio al Congreso un extenso informe que deja a nuestra gente tan sabia como antes. Lo único que aumentará esas relaciones –según el señor de quien te hablo– es que los comisionistas americanos concedan plazos de 6 y 9 meses como hacen los de Europa. Yo tengo allí un año de plazo, me dijo, tengo créditos en blanco, añadió. Me informó ese señor de un banco que hay en esa capital que ni compra ni vende giros, ni avanza dinero ni hipoteca propiedades, ni descuenta pagarés sino con ganancia pingüe y con más de dos firmas de garantía personal.

Sería bueno, Jimmy, que me dijeras qué hace entonces ese Banco, y cómo gana tantos intereses; pues publicándose las ventajas que allí reportaría un banco en debida forma, quién sabe si a algunos de los capitalistas de aquí les entrarían ganas de establecer esa institución financiera tan beneficiosa para el comercio y las industrias de un país. Tú, como yo, sabes el buen resultado del anuncio y la propaganda, y que ambos deben hacerse siempre por los medios y de la manera que a uno se le proporcione. Esa es la causa que me mueve en esta carta a pedirte los informes sobre el mencionado banco.

El amigo me ha hablado mucho del Tranvía de allá y ha querido venderme acciones, me dice que él fue administrador de esa empresa y el que la salvó de la quiebra; me ha informado de que los carros son tan buenos, tan aseados, tan grandes, tan cómodos como los mejores de esta ciudad; que los caballos están siempre bien mantenidos y bien tratados por los conductores, que son muy rozagantes y que retozan de contentos y satisfechos; que los rieles están muy bien puestos y que los carros



nunca se desvían; que un carro va y viene con la regularidad inglesa y que en los desvíos nunca se detienen ni media hora esperando el otro; que los paraderos o estaciones no son al aire libre, así es que cuando llueve nadie se moja ni se enloda hasta las rodillas; que la estación de Güibia es una obra maestra de arte, que tiene por techo una bóveda que imita el cielo a las mil maravillas y las paredes por una ingeniosa combinación, semejan árboles y horizontes. Dime, Jimmy, qué hay de todo esto. ¿No serán exageraciones de este buen señor?

No dudo que harás en Santo Domingo conocimiento con este caballero, que por otra parte me han dicho que es hombre bueno, honrado padre de familia, de los círculos más distinguidos de aquella sociedad y amigo de prestar favores sin exigir gratitudes. Él se embarca esta tarde en el «Clyde», uno de los vapores de la línea de ese nombre. De paso te diré que hallo exagerado el pasaje que cobran esos vapores; pero me aseguran que los señores W. P. Clyde y C^a son concesionarios exclusivos para correr vapores de Santo Domingo a los Estados Unidos, y como cualquiera otra línea que se establezca en competencia tiene que pagar derechos de puerto, etc., ellos no se apuran en rebajar los pasajes y fletes ni en mejorar las condiciones de sus vapores, seguros como están de que, mientras dure la concesión, vencerán a todos sus competidores.

En fin, Jimmy, en otra ocasión tendré el gusto de corresponder, haciendo como tú, dándote informes de los tipos de Santo Domingo que se han aparecido por aquí; unos originales y con más excentricidades que los rancios ingleses; otros jóvenes, unos ya maduros y otros imberbes, de ojos azules y de barbita recién nacida, de doctores, y a quienes les han pasado fiascos de amoríos, y otros en fin, comerciantes en ropa, meticulosos y confusos para decidirse en las compras que han hecho en esta ciudad.

Mientras tanto me despido.

En Itaca todos bien.

Tuyo,

BOB

El Eco de la Opinión, No. 369, 13 de agosto de 1886.



James Cooper otra vez

Santo Domingo,
8 de enero de 1887.

Señor redactor de *El Eco de la Opinión*

Muy señor mío y amigo:

No lo felicito porque ya lo hice el día 1º remitiéndole mi tarjeta que (dicho sea de paso) contiene todos mis grados, títulos, profesiones, sociedades a que pertenezco, mis nombres y apellidos y mi excs., porque debe Ud. saber que pertenezco a la gran familia de los ex y por lo tanto soy pariente de los eximios y de los excelsos, sin que me ligue lazo alguno con los execrables, exaltados y estafalarios que por ahí pululan.

Pero me aparto, señor redactor, del objeto de esta carta, que es simplemente participarle que para el próximo número de su periódico tendré lista una carta de Jimmy Cooper; y manifestarle también que el motivo de la suspensión de las dichas epístolas fue la *suspensión aquella*, y un viaje que contra mi voluntad y a deshora y sin preparación me hicieron emprender a *Colón* en cuyo lugar estuve... no importa ... seguiré virtiendo al castellano las cartas de Jimmy, y sin más por hoy me despido *con su permiso*.

EL TRADUCTOR

El Eco de la Opinión, No. 386, 8 de enero de 1887.





9ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo, City.

Mi querido Bob:

¡Colón! ¡Colón!

Más valiera que al venir
te hubiera tragado el mar.

Extraña manera de principiar mi carta después de cinco meses de silencio; pero ten paciencia, Bob, que yo la tuve durante sesenta y un días, y si sigues leyendo comprenderás la exclamación, y la cita, y mi paciencia. Lee y asómbtrate. Yo, el que suscribe, James Cooper (alias Jimmy), buen mozo, aunque nadie lo cree, que poseo un alma sencilla con ribetes de candidez, un corazón de oro montado en rubíes como los relojes de bolsillo, treinta y seis años, cinco meses, diez y nueve días, diez y siete horas, cuarenta minutos y quince segundos (en el instante en que te escribo), que cuento además como enteramente mías: mi estilo *adocenado* y otras mil prendas y cualidades que sería largo enumerarte, que a nadie ofendo, que no he sido político, ni allá en nuestra Itaca ni aquí, que en mi vida he matado un mosquito (y eso que es animal punzante). Yo que amo este país como te lo prueban mis cartas y otros escritos, yo que soy un hombre, que todo el mundo lo dice, yo, que soy tan conocido (en mi casa), yo, mi querido Bob, he estado en Colón sesenta y un días; pero no con De Lesseps abriendo el itsmo, ni trepando, a manera de lagarto, cual otra india desnuda y con



calambé, la estatua del insigne y perilustre navegante. Nada de eso, me llevaron a Colón, y allí estuve sin ver a Lesseps, perínclito ingeniero que le abre puertas a los mares para comunicar los mundos; pero, sí viendo a otros que cierran puertas para impedir la comunicación de los hombres: estuve allí, Bob, teniendo por único espacio diez y seis pies cuadrados, y en la mayor parte de los días *privado completamente*, hasta del rayo de sol que Dios concede pródigo a todo bicho viviente. Y, ¿creerás sin duda, que he recibido el castigo de ese viaje y de esa amarga ausencia por que me encontrara alguna vez la policía borracho en la calle, hablando en alta voz palabras obscenas? Te equivocas, este es un país libre y al ciudadano no se le molesta por tan inocente diversión. ¿Supones que tomé algo fiado y al cobrarme mandé a paseo al acreedor? Nadie va aquí a Colón porque engañe a nadie, gracias a Dios. ¿Te figuras que tiré, o amenacé con mi revólver a algún pacífico ciudadano? – Por eso no se prende. ¿Acaso te imaginas que en algún baile bebí más de la cuenta y al bailar me echaba sobre mi pareja haciendo contorsiones que ofendían la moral! Tampoco atinas, eso no se castiga.

¿Tal vez atribuyas la causa del perjuicio recibido a alguna discusión acalorada en el «Cosmopolita», en el café de Malú, o en la misma plaza, en cuya discusión negara la existencia de Dios, la utilidad de los sacerdotes, la virtud de las mujeres y la moralidad del matrimonio? También andarías errado; porque aserciones como esas, lejos de llevarme a Colón, me acreditarían de inteligente e instruido. O coliges, Bob, que me sorprendieron *infraganti* afeando las paredes de las casas con letreros faltos de ortografía, tales como: *biba nuestro triunfo*, *abago Manuel*, *avago los judíos pulo con ellos*. *Llayegó el hielo etel*. Tú me conoces, amigo mío, y sabes que soy incapaz de semejantes sandeces, y además, aquí no se molesta a persona por eso. ¿O discurrendo quizás sobre mi ausencia te has creído que la motivó algún desorden que hice en alguna iglesia, como tantos otros que allí van a reírse y a conversar cual si estuvieran en el mercado? No, no, aquí no se hace caso de eso. Ni tampoco fui yo quien publicó en el periódico oficial de nuestra pequeña Itaca aventuras con *damiselas* y relaciones con magnates. ¡Ah! Si yo me hubiera atrevido a eso, no me quejaría de mi viaje a Colón. Yo no hice nada, absolutamente nada, Bob, y sin embargo, su-



frí durante dos meses ... ¡tantas amarguras!! ¿No te explicas ahora por qué al principiar esta desee que Colón se hubiera ahogado? Nadie podrá negarme que si tal cosa hubiera sucedido yo no habría estado en *Colón*. Ni tampoco la raza indígena, dueña y moradora de este paraíso hubiera sido tan cruelmente exterminada. Es verdad que entonces el padre Las Casas tan bueno y tan amante de la humanidad oprimida, no habría tenido ocasión de oprimir a otros para salvar de la opresión a la raza de Caonabo, ni la pobre literatura de Quisqueya contara hoy con dramas como *La hija del hebreo*, y el *Amor y expiación*, de un Ex, que por cierto nadie ha visto, y unas *Vírgenes de Galindo** (entiéndase, de un lugar de las afueras de esta ciudad). Y más que eso último, la literatura de Quisqueya no llamaría la atención en ninguna parte del globo, con raras excepciones, a no ser por las poesías de una poetiza que por respeto aquí no debe nombrarse. Tampoco el romance *Enriquillo*, del señor Galván lo tendría nadie en su mesa de lectura, ni mucho menos habríamos saboreado esas bellísimas *Fantasías indígenas*, del cenzone inspirado del Ozama, don José Joaquín Pérez. Pero no me arrepiento y repito, que ojalá se hubiera ahogado el navegante genovés, porque a pesar de tanta «inspiración y de tanta poesía del dulce poeta no quedará mañana más que un nombre equivocado y una confusa memoria. Mañana (de aquí a tres mil años) algún historiador de Quisqueya al hablar de los dominicanos célebres dirá de él confundiéndolo lamentablemente, lo que sigue o cosa parecida:

José Quintín Pérez o Péés, Pieretz alias Guarionex (1497-1916). La historia de este grande hombre está envuelta en brumas. Las canciones populares de los poetas primitivos de la tierra celebran sus hazañas, atribuyéndole hechos de armas fabulosos. De cierto, solo se sabe que ganó la batalla de Beler y que derrotó a Ferrand en Palo Hincado. El cronista Alardo, su contemporáneo, refiere que los gustos del niño revelaban al guerrero futuro; le gustaba

* Los autores de las tres obras citadas aquí son: Federico Henríquez y Carvajal (*La hija del hebreo*), Francisco Gregorio Billini (*Amor y expiación*) y Félix María Del Monte (*Las vírgenes de Galindo*). (Nota del editor).



figar al trompo, volar papalotes, vestirse de máscara, y se las pelaba por ver los fuegos artificiales, sin embargo de que era amigo de fuegos contra cualquiera de sus contemporáneos aunque, como un loco, los matara de tres en tres.

¿Y es para obtener noticias biográficas de esa especie que el hombre se desvela por el bien de la humanidad? ¡Oh! ¡Miseria humana!

No creas, Bob, que guardo rencor a nadie por lo pasado, estoy ya libre, gracias a Dios y a Él pido bendiciones para esta tierra digna de mejor suerte.

Me despido por hoy.

Tuyo

JAMES

El Eco de la Opinión, No. 387, 14 de enero de 1887.



2^{da}. carta de Robert Ferguson a James Cooper

New York City.

Querido Jimmy:

¿Qué es de tu vida y por qué ese silencio en ti, tan amigo de escribir?

Si estuvieras en Londres diría que te habían clandestinado, pero en Santo Domingo no hay peligros de esa naturaleza; pues según aseguran los viajeros, que allí han estado, se puede transitar con cargas de dinero, de un extremo a otro de la República sin temer a robos ni a malos encuentros.

He venido a Nueva York expresamente a saber de ti y me he dirigido al Cónsul de la República; pero desgraciadamente yo no hablo dominicano y a ese dignatario parece le disgusta hablar nuestro idioma, pues no pude arrancarle una sola palabra en inglés, circunstancia que hizo imposible toda conversación entre nosotros.

Sin embargo, por algunas comisionistas he sabido que ya se concluyó la revolución en aquel país, y que los negocios han vuelto a correr por su curso acostumbrado y se evacúan con regularidad, excepción hecha de los triquitraques de gran calibre (porque suenan como tiros de remington, y eso asusta) y del tráfico de chivos (por lo molesto de sus berridos, supongo, y además de que, por muy salváticos y ariscos que sean los animalitos, a veces se les atrapa.)

¿Por qué, entonces ese silencio obstinado que me priva del placer de tus cartas? ¿Le echaré la culpa al correo? No, pues según me informan los señores W. P. Clyde y Co., el Administrador General de Correos de esa República, don José María



Pichardo, es hombre de gran poder y penetración profunda, y mete cada día un nuevo adelanto en la oficina a su cargo.

No hay duda, te has ido a pasear por el interior del país y quizás a llegada del vapor reciba carta tuya.

Y ahora que de vapor hablo, y a los señores Clyde y Co. mencioné, se me ocurre decirte que he sido informado de que a principios del año venidero vence la concesión por el Gobierno dominicano a esos señores otorgada, y te pregunto, Jimmy, ¿por qué tú, que tanto amas aquel país, no influyes con esos mantuanes, tus amigos, para que el Gobierno, echando a un lado favoritismo, haga público en este país ese vencimiento y pida proposiciones cerradas para servir la línea entre aquellos puertos y esta ciudad, a los agentes y armadores? Estoy seguro que entrarían a competir con la línea Clyde y la inglesa, los señores Gomes E. Ward y Alexander y Ca., y la línea del Atías y otras muchas que poseen elegantes y cómodos vapores. El país sería el beneficiado y el Gobierno aplaudido. Has esto, Jimmy, y mañana tu nombre como el de don Joaquín M. Delgado, será bendecido por los nativos. Como es natural, tendrás deseos de saber algo de lo que pasa en nuestro querido pueblo. Trataré de satisfacer tu justo deseo copiándote a grandes rasgos lo más digno de mención.

En estos últimos días hubo una escasez tal de harina que se hacía difícilísimo conseguir un real de pan y los panecillos eran tan chiquitos y tan malos y tan caros que quitaba el hambre verlos y daba pena comprarlos; pero lo más extraño es que a pesar de haber llegado ya la tan deseada harina siguen los panaderos aquí en nuestra Itaca haciendo panecillos en miniatura [y mezclando la harina sabe Dios con qué] y el Ilustre Ayuntamiento sigue impasible sin poner remedio al mal, como no lo puso tampoco durante la carestía. La leche... de vaca anda aguada y es cara, la leche... la condenada viene del extranjero, y sin embargo es más barata.

¿Pasaría eso allá? No lo creo porque, a juzgar por tus cartas, aquel es un país organizado y no permitirían que al pueblo le faltaran artículos de sustento tan necesarios como les son el pan y la leche.¹

1 Aquí también anduvo escaso el pan no sabemos por qué, y la leche no aparece, lo que atribuimos al uso y abuso del biberón entre ciertos párvulos. (Nota del traductor).



Esa carestía no fue obstáculo para que hubiera muchos bailes, uno de ellos —el último— quedó espléndido, lástima que como a las dos de la madrugada faltara plata para seguir refrescando, y eso que el programa [que te incluyo] es como de teatro, no faltándole más que aquello de: si el tiempo lo permite y; entrada \$1. Niños, mitad de precio. Colijo que la omisión fatal fue del cajista y no de los galantes redactores del documento.

Por lo demás todo continúa en igual estado. La estatua aquella que dejaste no se ha caído todavía, es verdad que no nos ha visitado ningún ciclón últimamente. Nadie sabe de su inauguración. Parece que el pobre diablo a quien representa estaba condenado a sufrir vejámenes por los siglos de los siglos.

Cierro esta carta esperando ansioso tus noticias.

Tuyo

BOB

El Eco de la Opinión, No. 388, 22 de enero de 1887.





11ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo, City.

Mi querido Bob:

Dice el autor de un folleto intitulado *Present Condition of the Dominican Republic** que el dominicano es inteligente por intuición, generoso, fiel y hospitalario; todo eso es verdad, pero debió añadir que es, más que otra cosa, cándido y de una candidez contagiosa; pues los extranjeros, cuando viven algún tiempo entre ellos, se vuelven también cándidos, con raras excepciones, por supuesto.

Lo que presencié el otro día en una tienda (no menciono la calle para que nadie se dé por aludido) te dará una prueba de mi aserto. El cacero (así le dicen los del campo a los tenderos) medía una tela que había vendido a un vale (así le dicen los caceros a los del campo) cuando notó el vale que por la sudorosa y ancha frente del cacero se paseaba un habitante de las altas regiones. El hombre de campo aquí generalmente es serio, respetuoso y comedido en el hablar, así fue que al notar el animalito le dijo al tendero, con timidez y señalándole al frente:

* El autor es el propio Hipólito Billini. Este folleto fue publicado en Nueva York con el siguiente pie de imprenta: Tipografía L. Moreau, & Printers, Nos. 51 y 53 Maiden Lane, 1885. También fue editado en español con el título *Presente condición de la República Dominicana*. En el tomo II hemos incluido una traducción de dicho folleto, debido a que no se pudo conseguir la referida edición en español. (Nota del editor).



«Cacero, Ud. me dispensará el modo de señalar y mi manera de expresarme, pero por la frente, si no me equivoco, le corre un piojo.» El ciudadano prontamente se llevó la mano a la parte señalada, aprisionó el animalito entre el índice y el pulgar y examinándolo exclamó: «¡Qué casualidad!» Poco después en la calle oí que el vale refería muy seriamente el cuento a otro vale y concluía con estas palabras: «Compai, y el cacerito tenía la cabeza llena de *casualidades*.» ¿No es verdad, Bob, que hubo candidez de parte del cacero, del vale y del piojo?

Otra prueba: No hace mucho que unos amantes de lo ajeno se introdujeron a media noche (o a medio día, no sé a punto fijo) en la fábrica de un compatriota nuestro, de quien ya te he hablado, el hijo predilecto de la feliz Itaca, que en nada se parece a la Itaca del *Ulises* tan mentado, y los *tercios* de allí se llevaron unos cuantos artículos fabricados y sin fabricar.

Al notar la falta nuestro paisano, se fue a la Comisaría de Policía y dio parte de lo ocurrido, allí lo recibieron con mucha amabilidad y cortesía y le manifestaron que no tenía más que indicar los autores del hurto y se tomarían inmediatamente las medidas necesarias para que no quedara impune. ¿No es verdad, Bob, que hubo candidez de parte de los ladrones, de nuestro paisano y de la Policía?

Y para no andar escaso de pruebas te diré que en estos días aparece un suelto, en un periódico de esta capital, en que el autor asegura a sus lectores que ha *probado* las velas de la fábrica del señor Rojas, y las velas importadas de los Estados Unidos y que las primeras son mejores. ¿No es verdad, Bob, que hubo candidez en el autor del suelto, en los lectores, en las velas que se dejaron *probar* y últimamente en el señor Rojas que hace las velas?

Y va otra:

Hace unas cuantas noches que un hombre del campo borracho perturbaba el orden en la calle del Conde y un individuo de la Policía se propuso llevarlo preso, pero al llegar a la esquina del «Cosmopolita» se resistió el prisionero, diciendo que él no iría preso de ninguna manera porque él era de la situación, y no lo hubiera llevado por cierto el policía, si un señor (un general creo) también del campo y también de la situación, no se encargara de llevarlo. ¿No es verdad, Bob, que



hubo candidez en el borracho, en el policía, en la situación y en el general que lo llevó?

Y voy a relatarte otra circunstancia que te convencerá más de mi aserto: se nos ha aparecido aquí una sonámbula o sibila, que se magnetiza ella misma dándose pinchazos en los muslos, y por tres o cuatro *estillas* admite a sus sesiones a las damas y caballeros que quieran consultar sobre amoríos, enfermedades, negocios o intrigas. Las sesiones tienen lugar en casa de un señor respetabilísimo de quien ya te he hablado en una de mis cartas anteriores (y por cierto recuerdo que te dije que sus zapatos concluían en punta aguda. No es cierto: conste que concluyen no en una punta, sino en un cuadrado) y también se dan sesiones a domicilio. La sonámbula adivinó el otro día que el señor de quien te hablo despertó a las dos de la madrugada y dejó escapar ruidos ventísticos. Don David Marchena atribuye la adivinanza a que la sibila duerme en el cuarto contiguo al del caballero. ¿No es verdad, Bob, que si no hay candidez en la magnetizada la hay y mucha en las damas y caballeros que la consultan, y más que en ninguno, en el caballero en cuestión?

No me faltarán, por cierto, pruebas mil que darte de la candidez de esta buena gente.

Aquí vino un cubano rico a establecer un ingenio de caña de azúcar y este señor fue el primero que propagó en el país esa industria en alta escala. La industria del azúcar producía en aquel entonces pingües beneficios. Llega un caballero francés y bajo contrato le compra al cubano el ingenio. El francés, ya posesionado de la propiedad, falta al contrato y no le paga al cubano. Este acude a un abogado, el abogado a los tribunales; se alega para restituir la propiedad a su dueño la ley del *Judicatum Solei*; viene cuestión internacional; porque el francés se planta más firme que un centinela de las avanzadas de Belford se planta hoy día. El cubano puede restaurar al fin su propiedad menoscabada. El tribunal y los abogados, y los alguaciles cobraron al cubano sus actos y diligencias y el francés dijo a todos buenas noches y se largó para París.

¿No patentizas en esto, mi querido Bob, que el cubano, los tribunales, los abogados, los alguaciles y hasta el mismo francés con su reclamo de *Judicatum Solei* fueron unos cándidos, aunque el cubano pagara la candidez de todos?



Lleguemos a otra prueba para que acabes de convencerte que no te hablo mentira.

Hay en la capital una institución comercial que la constituyen varios señores nacionales y extranjeros, *amén del* Presidente de ella, cuyo nombre de pila ignoro pues firma como los ministros de los grandes poderes. Hay quien atribuya la omisión del nombre de pila a la circunstancia de que nunca estuvo en *pila*, sin embargo me aseguran que es un *pozo* de ciencia mercantil y financiera. Es serio y cortés al mismo tiempo, aunque cuando alguno va a proponerle algún negocio, me dicen que habla con rapidez y como enfadado. Este señor, por la voluntad escrita de los asociados, es dueño de hacer y deshacer en el manejo de la institución. Su físico no es tan desagradable que cause espanto, todo lo contrario, un observador perspicaz encuentra un no sé qué de audaz en aquella fisonomía, agraciada por una barba a lo *bearnés* (esto es: una chiva que concluye en punta aguda). Es chiquito de cuerpo, pero grande de espíritu, calvo, pero de mucho seso, y posee cualidades físicas y morales que lo hacen hombre de nota en esta capital. Está aquí desde que vino Adán a la tierra, y activo y laborioso ha dotado al comercio de una que otra institución útil. Volviendo a la que preside sabrás que hace todas las operaciones correspondientes a un banco. En su oficina, cuando no está cerrada, está él o su empleado dispuesto a contestar. Tú llegas y preguntas:

—¿Quiere Ud. comprar un giro sobre Nueva York?

—No.

—¿Quiere Ud. descontar un pagaré?

—No.

—¿Quiere Ud. hipotecar una propiedad?

—No.

—¿Compra Ud. títulos de la deuda pública?

—No.

—¿Empeña Ud. acciones del tranvía?

—No.

—¿Compra Ud. acciones del muelle y enramada?

—No.

—¿Me vende Ud. un giro sobre Nueva York?

—No.

—¿Sobre Londres?



—No.

—¿Sobre Hamburgo?

—No.

—¿Me compra este pagaré de la Contaduría General?

—No.

Y te dirán que no mientras propongas sandeces que no son negocios propios de instituciones de esa especie. ¿No es verdad, Bob, que si el Presidente no es un cándido, lo son los asociados, las operaciones y más cándido que ninguno tú, si fueras a proponer negocios a esa oficina?

No hace mucho que en Puerto Plata se ha establecido un banco con derechos a emitir billetes pagaderos a presentación. Firmas respetabilísimas de aquella localidad han suscrito una circular en la cual anuncian al público que son responsables al pago de los billetes hasta la suma que cada una de ellas ha puesto en el banco. No se nombra la tal suma, ¿para qué? Una casa respetable de esta plaza anuncia que recibirá en su almacén los billetes del dicho Banco, ¡ya lo creo!, como que solo tienen de venta dos *tácolas* de mármol.

Ahora bien, Bob, ¿no crees que hay mucha candidez en el Banco, en la circular, en los billetes y en el anuncio de la casa que los recibe?

Y para concluir, ¿no crees muy cándidos a esos buenos caballeros que suponen que aquí dará resultados la Unión Iberoamericana?...

Hasta yo concluiré por volverme cándido, pero para ti seré siempre:

Tuyo

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 389, 5 de febrero de 1887.





13^a. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Puerto Plata.

Mi querido Bob:

Shakespeare lo dijo: el nombre no es nada, y tuvo razón; yo por mi parte no creo en nombres, *Rosas* hay en Barahona que parecen *candela* y *motas* que pesan como onzas. Leones hay en Santo Domingo que parecen corderos por lo manso y osos por lo peludo y corderos que son leones, lo mismo que Delmonte y Delvalle que nunca van, ni siquiera por juego, al monte, ni al valle, y eso que en *América* están.

Flores he probado en esta ciudad que saben a *cañete* y *cocos* que en vez de agua me han dado a beber vinos. *Castellanos* hay aquí que no son españoles y poloneses que tal vez no han oído hablar de Polonia. Batlle sin arboleda que tiene bancos de arena muy pronunciados, y puente que a él nos conduce. *Monaguillos* conozco que no son clérigos y *ginebra*, que cura, tan rica y tan buena he visto que no lo parece, pues en dosis homeopática se toma y no cuesta dinero.

El puerto se llama de plata y he ahí lo que sugiere mis reflexiones: ¿por qué le pondrían ese nombre? me pregunto y no acierto a adivinarlo. En todo el recinto, a Dios gracias, no hay minas de plata ni de oro, ni de azogue, lo que a la verdad ha sido un gran beneficio para los moradores de este distrito, pues se dedican al trabajo y no viven de ilusiones. Tampoco se puede decir de la ciudad que es una *tasita de plata*, aunque las calles (algunas) son más limpias que las de la capital, pero no



llaman la atención por lo aseadas. La plata en circulación es poca y a no ser por la haitiana desaparecería muy pronto, no hay duda, con los billetes, que circulan en la ciudad y que volverán al *Balle*. Repito que no creo en nombres y el que le puso Puerto Plata a esta ciudad debió ser un minero furibundo, digno y prolífico abuelo de los que en Santo Domingo sueñan con pozos de azogue vivo y tesoros de gente muerta.

Empero, dejando a un lado el nombre, debo decirte que he quedado prendado de los cultos habitantes de esta ciudad; son por lo general amables, corteses y hospitalarios, casi todos hablan varios idiomas y viven en paz y armonía; cubanos y españoles, yankees e ingleses, francos y alemanes, y el dominicano con todos se acomoda y todos con él.

He tenido el honor de ser presentado al general Luperón, uno de los restauradores del país, persona muy afable y que ha viajado mucho por Europa y los Estados Unidos. Parece que los puertoplateños —con rarísimas excepciones— adoran y veneran a este benemérito ciudadano, gran padre de la Patria, pues en todos he notado cierto sello de respeto y consideración mareadísimos al hablar de él. Esto me agrada en extremo porque indica dos cosas, primero: que el general Luperón con su civismo se hace amar y respetar de todo este pueblo, y segundo: que este digno y heroico pueblo está a la altura de ese civismo amando y respetando a un ciudadano de tan bellas prendas. He comprendido en mis conversaciones con él que era opuesto al proyecto de anexión del general Grant, cosa que ni tú ni yo podemos llevarlo a mal.

Fui después a visitar a los miembros de la ilustre municipalidad, y noté que estos señores son muy queridos del pueblo; aunque algunos los murmuran porque tienen en completo descuido el parque y no mandan a limpiar el cementerio que está emboscado con la yerba.

He sido también presentado al Club del Comercio y en este bien montado establecimiento he tenido el gusto de relacionarme con varios caballeros, todos a cual más amables y atentos.

Noto que aquí, como en la Capital, nuestro juego nacional de *póker* gusta mucho, pues están muy concurridas las mesas en que se juega. Hay aquí también mirones y gente que cree en la influencia perniciosa de un mal ojo u *obenque*. En una de las



mesas he observado a un caballero, muy barbudo, blanco y de cabos negros, al cual no le para mosca en la nariz, y que regularmente se sienta detrás de uno de los jugadores y siempre parece tan interesado en la partida como el que juega. No sé si es bueno o ya, *obenque*, pero me aseguran que sería capaz de secar las calles de la Capital cuando ha llovido, con solo pararse en las esquinas. Los sábados y los domingos este buen caballero deja de ser *mirón* para convertirse en *tercio*, y entonces cuando reincida hay que pasar; porque si no lo acompaña un *fulano* ha hecho un *flus* o tiene tres *monarcas* a su disposición o por lo menos tres *mujeres*.

En las noches en que no juega he conversado mucho con ese señor, o mejor dicho, ha conversado él conmigo, porque pocas son las palabras que me ha dejado pronunciar. Es hombre aventajado, verídico, nunca exagera, ¡oh! nunca, conciso, de fácil habla, aporta más imágenes y agradable locución. Ha hecho negocios fabulosos y ha emprendido muchas cosas. Me contó que hace años en Nizao consiguió un cañón de mecha tan grande que pidió a Liverpool un buque de alto porte para que viniera expresamente a llevarlo a aquel mercado; vino la embarcación y aunque inmensa no pudo embarcarse la pieza de ese señor, a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron. Decidió entonces el Capitán del buque llevarlo a remolque. A no dudarlo ese palo hubiera hecho la fortuna de mi nuevo conocido si una tempestad no echara a pique el buque.

Sabe Dios si andando el tiempo, al abrirse el canal de Panamá esa pieza va a cerrarlo, destruyendo así tantos años de trabajo y tantos millones de pesos. Sería bueno, Bob, que le escribieras a Lesseps para que tomara sus precauciones. Ese caballero (el barbudo) aunque catalán de nombre es dominicano de nacimiento, y tiene en Santo Domingo parientes de su posición y se dedica ahora a destilar (se entiende) de la bebida nacional del país, parece que quiere hacerle competencia al ron de las flores del general Segundo Imbert.

Volviendo al «Club» te diré que está mejor montado que el de la Capital y mejor servido; tiene periódicos del país y extranjeros en abundancia y los socios no se los llevan para sus respectivas casas. Hay diccionarios de todas las lenguas, y posee además una escogida biblioteca.



Empero, justo es considerar que este Club cuenta muchos más años de establecido que el de la Capital.

Conversando con algunos amigos en la botica de don Timoteo Levy, caballero a quien tú conociste cuando estuvo en Nueva York, se acercó a nosotros un señor de un tipo tan raro y tan original que no puedo resistir al deseo de dedicarle algunos renglones: es corto de estatura y rechonchón, de tez colorada, así como de piel roja, de ojo vago, inyectado e irreverente y la cabeza de escobón. Despedía este buen hombre un fuerte y desagradable olor a pescado salado que atribuyó Mr. Levy a un par de macarelas que llevaba en uno de los enormes bolsillos de su saco. Este individuo es muy conocido en la población y según me han dicho es un leguleyo, que defiende pleitos en la Alcaldía, habla con la garganta, forzando hacia dentro la respiración. Creo que sabe inglés y algunas veces sirve de intérprete.

Me contaron una especie que voy a mi vez a referirte para que tengas una muestra de su conocimiento de nuestro idioma. Cuando estaba aquí de cónsul americano Mr. Douglas, tuvo ocasión el general Luperón de hacer saber a ese caballero, en un meeting de la «Liga de la Paz», sus ideas respecto de anexión y con aquella manera fácil y precisa de exponer sus pensamientos que distingue al general le dijo entre otras cosas:

«Señor mío, el pueblo dominicano no se compra como si fuera bacalao o macarela»; y después, dirigiéndose al individuo de quien te hablo, dijo: «Traduzca Ud., señor coronel». Entonces este señor, forzando más que nunca la respiración hacia adentro, de tal suerte que la voz parecía salirle de las fauces, virtió en estos términos el pensamiento del general: «Mr. Douglas, the géneral Luperon muy dominican people no cod fish, no mackrell».

Según me informaron, ese señor, es o fue cónsul y además de las macarelas lleva siempre en el bolsillo otras tantas inmun-
dicias

Me despido por hoy y quedo como siempre.

Tuyo,

JIMMY



P.D. El vapor «Ozama» se ha tardado demasiado en su itinerario; porque llevó a Azua una expedición científica, compuesta de personajes espirituales que estudian astronomía por medio de vidrios ahuecados de figura cilíndrica. Entre ellos se significa un Dorvault que me informan recogiera la *producción líquida* de estos sabios para darle más líquido aún al saber y conocimiento de aquellos que la sepan apreciar.

Al cerrar. Se acabó el ron en Azua. Embarca todo el que puedas con destino allí.

El Eco de la Opinión, No. 390, 19 de febrero de 1887.





14^a. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo, City.

Mi querido Bob:

Casi a la carrera tuve que salir de Puerto Plata adonde pensaba haber pasado las fiestas del Carnaval y del 27 de Febrero, pero todos me ponderaban tanto las máscaras o *mojigangas* de la capital que me entró un deseo intenso de venir a contemplar esas comparsas y lindos trajes, y gozar de los chistes, agudezas e ingenio de los enmascarados. Me metí a bordo del «Samaná», sin despedirme de nadie, a la francesa, como dicen, y héteme aquí otra vez entre mis antiguos conocidos.

Siento en el alma haber dejado tan pronto a Puerto Plata y la compañía de tan amables sujetos como a los que allí conocí. Me proponía yo dárteles a conocer a ti también uno a uno, ya mandándote sus fotografías o ya describiéndote a grandes rasgos el tipo y el carácter de cada uno de ellos; pero no siempre puede uno llevar a cabo lo que se propone.

Con todo, aunque sea a vuela pluma, quiero siquiera dar *Fe* de un militar de buenas partes a quien he tratado íntimamente y de quien recibí tales atenciones durante mi estancia en Puerto Plata que fuera descortesía de mi parte y desconsideración hacia ti no mencionártelo. Alto y gallardo, es el caballero de quien te hablo; rubio y colorado, de pelo castaño claro y escasísimo, con una calva que le honra, de mirada inteligente e inquieta, aunque la dirige con frecuencia e insistencia hacia la nariz como si quisiera examinar *microscópicamente* los movimientos de algún microbio allí alojado; esa nariz es hermosa y de forma griega y concluye en un mostacho rubio que cubre,



en parte, una boca grande y sencilla adornada con dientes hermosísimos, amarillos y simpáticos. En mirada a no dudarlo sería uno de los mayores atractivos de su persona si los ojos que le producen no tuvieran cierta insistente propensión a escaparse de sus órbitas y el color de ellos no fuera verde-mar.

Su pie es pequeño si consideramos la estatura del individuo. Ese conjunto de su fisonomía presenta a la primera mirada del observado cierto sello de inocencia infantil y de pronunciada candidez; pero una vez que esa fisonomía se anima, el militar se revela: los labios se pliegan con energía, la mirada se hace dura y dominante, la mejilla se enciende y la nariz se avienta como si oliera pólvora. Me han asegurado que es hombre de *malas pulgas*, pero yo te aseguro, Bob, que en su trato es una dama (si no en otra cosa), en sus modales (aunque algo brusco) un caballero, generoso (no de nombre) hacia rayar en la extravagancia; mira la plata y el oro (y los billetes del Banco de Puerto Plata) como cosa baladí. Galante con las mujeres (se entiende) las enamora y lo quieren. Habla con desenfado aunque arrastrando las erres, se ríe con estrépito de cualquier bobería y celebra a carcajadas los ajenos chistes y los suyos mismos. Viste con elegancia sin darse cuenta de ello y es en todo y por todo lo que se llama un *macho*.

Simpático, agradable en su trato, inglés de apellido, dominicano de nacimiento, y amante de su Patria más que muchos que tanto decantan aquí y allá patriotismo; vive contento y en paz con sus vecinos importándole un bledo de ellos. Con este amigo, he pasado horas muy agradables en el Club de Puerto Plata. Donde él está se juega *póker* y se brinda, pero noto que a pesar de sus buenas cualidades, este hombre aventajado no simpatiza mucho con la religión del *Christo* ni cree en el ángel *Gabriel*; siempre resulta ser *pagano* cuando de refrescar se trata.

Contando con amigos como este, ¿no encuentras muy natural que me pese haber salido tan precipitadamente de la ciudad que se duerme como un angelito en el regazo maternal de Isabel de Torres que la contempla con amor?¹

1 Esta imagen poética no se debe a la pluma de James Cooper, se debe a la inspiración que embargó los sentidos del redactor leyendo hace algún tiempo en *El Teléfono* las poesías inimitables de un señor Vizcarrondo de La Vega. (Nota del autor).



Sí, me pesa, Bob, haber vuelto a esta Capital porque me he llevado chasco al contemplar y oír y soportar las sandeces de las máscaras, o *mojigangas*, de esta histórica ciudad, que tanto me habían ponderado. En vano he buscado las comparsas, solo he encontrado grupos de diablos cojuelos, con grandes vejigas de puerco infladas, y monjas (disfraz de dos enaguas blancas, unas que cubren las piernas y otras la cabeza del *mojiganga*). Sigue leyendo, Bob, y juzgarás de los chistes de estos enmascarados. Se mete el grupo de cojuelos o de monjas en una casa cualquiera y fingiendo la voz de manera que parecen cotorras hablando dicen, dirigiéndose a una de las jóvenes de la casa: «Me conoces». No le responden. «Pues yo te conozco a ti, tú eres *fulanita ji ji ji*» y los cojuelos saltan y las monjas se sientan y hacen *qui, cri, qui, cri* como si verdaderamente fueran cotorras; lo que en realidad creo que son la mayor parte de los enmascarados. A veces no son grupos de diablos cojuelos ni monjas sino *mojigangas* solitarias que pretenden imitar en su traje y maneras a algún sujeto de consideración y respeto de esta localidad. Anoche uno de esos gracejos pretendía imitar al doctor Alfonseca de París* y se me acercó tomándome el pulso y diciéndome:

«¡Cagua! Ud., señor Jimmy Cooper, tiene fiebre palúdea producida por los mismos púnidos y deletéreos que despide la calle del Comercio en estos días de lluvia» —y la *mojiganga* cruzaba los dientes, no sé por qué, y me repetía: «Yo soy el doctor Alfonseca de París». Tenía este impertinente (el enmascarado) una barba espesa y mal cuidada y una peluca desgredada. Ni en sus palabras, ni en su traje, ni en sus ademanes, ni en nada absolutamente se parecía este mentecato al doctor a quien pretendía imitar, caballero a quien conozco personalmente y que goza, por su saber médico, por su amabilidad y trato afable, de general aprecio y simpatía en esta ciudad.

Otro enmascarado alto y robusto, de bigote y *chiva* a lo *Vittorio Emmanuele*, de ojos negros, pequeños e inteligente, de tosco, abundante y rizado pelo, de ancha espalda y barriga un poco

* Juan Francisco Alfonseca. Así se hizo llamar y así firmó sus escritos en la prensa dominicana desde 1880, año en que regresó al país desde Francia. (Nota del editor).



pronunciada vi en la plaza el domingo en la noche que se *pavoneaba* y se meneaba como un barco fondeado en la rada. Se acercó a mí esta *mojiganga* y queriendo fingir amable y dulce sonrisa con voz estentórea me dijo: «yo soy el Vanderbilt dominicano», y dirigiéndose a un joven de mediana estatura y expresión vagarosa, en cuyo semblante resplandecían los fulgores del genio poético y erótico que amanece, le dijo: «¿Cómo es que no está Ud. en el almacén?»

Esta máscara quería o pretendía imitar a un caballero afinado y muy rico de esta localidad, persona sumamente respetable y digna por todos conceptos del aprecio y consideración de los nativos.

Si esta policía fuera como la de Itaca (no la Itaca de Ulises) esas dos máscaras hubieran ido a desvestirse en la cárcel para que otro día no se atrevieran a semejante impertinencia. No dudo, Bob, que mañana algún desocupado salga por las calles de esta limpia ciudad con una levita azul, de porte *Shoe fly* y un par de *rifles* o *pistolas* de color chocolate con bombo blanco y velillo negro imitando a algún alto personaje diplomático; pero el que esto haga se expone a una reclamación internacional o a un discurso mayúsculo si no en la Unión Iberoamericana en cualquier Congregación.

Sin más por hoy

Tuyo,

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 391, 26 de febrero de 1887.



15^a. Carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo, City.

Mi querido Bob:

El capitán Holmes me entregó el paquete que me anunciabas en tu carta y el revólver. Me haces reír al preguntarme si tengo licencia para llevar esa arma mortífera. Aquí no se necesita licencia para eso ni para otras muchas cosas, ni para curar en los pueblos siquiera y ni aun para vender drogas y medicinas sin ser boticario. Como ya te he dicho, todo el mundo aquí lleva revólver, y los jóvenes no se creen hombres completos si les falta encima ese instrumento; el del campo, en tiempo de elecciones, lo primero que pide es un revólver y hay individuos en esta capital que no conformes con uno llevan dos. Pero lo más extraño es que la importación de ellos está prohibida por la ley y sin embargo, rara es la tienda en donde no se vendan, también se venden cápsulas y también está prohibida la importación de ellas. No he podido explicarme esa contradicción.

Creo que los únicos sujetos que andan aquí sin revólver son los hebreos, gente muy pacífica e incapaz de armar camorra (a mano armada, se entiende). Y ya que viene al caso debo decirte algo sobre esta colonia semítica entre cuyos individuos cuento con buenos amigos.

Hace algunos años que de una isla vecina llamada Corzó o Curazao han venido a establecerse en esta Capital unos cuantos comerciantes ricos (aunque no lo parecen), activos (aunque lo disimulan mucho), inteligentes (con pretensiones de



cándidos), pulcros (en el decir) y honrados a carta cabal. Esos comerciantes son los que componen la colonia de que te hablo. El negocio de esos señores se reduce a la venta de mercancías secas que importan al país por vía de Curazao y por conducto de sus asociados o agentes en aquella isla, y no parece sino que esa manera de introducir sus mercancías les proporciona muchísimas ventajas pues pueden casi siempre vender a precios más baratos que los otros comerciantes. Otra cosa me ha llamado mucho la atención y es ver que casi nunca hay compradores en sus tiendas o almacenes y sin embargo hacen negocios. Algunos de ellos reciben ostensiblemente pocos bultos y sin embargo sus almacenes están atestado de efectos, ¿si consistirá en algún sistema económico de empaque cuyo secreto solamente conocen sus agentes en el extranjero? Casi todos ellos (los israelitas) tienen siempre dinero para prestar (con buenas hipotecas) al 2 y 3 por ciento al mes y ninguno de ellos exporta nada del país. Esta última circunstancia parece ser una de las causas por las cuales algunos dominicanos no los quieren bien pues suponen que poco o ningún beneficio le reporta al país un comercio que se limita a la importación; «queremos –dicen los que tal piensan– comerciantes como Vicini, Cambiaso, De Lemos, Leyba, Sturla, Ratto, Domínguez y otros que aunque importan hacen su principal negocio exportando lo que produce la tierra y dan así algún impulso a nuestra decaída agricultura». No sé, Bob, si tienen o no razón, pero me han asegurado otros que si no fuera por los hebreos ya habría desaparecido el negocio en los pueblos, pues son ellos los que hoy proporcionan créditos a largos plazos a los comerciantes del interior.

Creo que sería conveniente que tocaras esta cuestión en tu libro para hacerlo más interesante. Yo no hago más que contarte lo que oigo. Volviendo a los caballeros hebreos, te diré que son gentes moderadas que viven o desean vivir en paz con todo el mundo y se conforman con introducir por el paquete de Curazao, sus mercancías. Casi todos ellos hablan varios idiomas (dándoles a todos el asomo y el giro del dialecto de su patria) especie de *patois* llamado *papiamento* que se habla en Curazao; en este idioma se entienden ellos entre sí. Yo no entiendo esa jergonza, pero oyéndolos hablar me ha llamado la atención la



palabra *patín* que repiten con mucha frecuencia en sus conversaciones y como he notado cierto acento de respeto y veneración en casi todos ellos al pronunciarla, me figuro, que es en *papiamento* el equivalente de *Jehová*; siendo así, nada más natural y más loable que al evocar a *Patín* se alcen en éxtasis sus ojos al cielo o se bajen compungidos hacia la tierra como frecuentemente lo hacen.

Como ya te he dicho, cuento entre esta buena gente con algunos amigos y al que más distingo es a un señor todavía muy joven, de cuerpo escaso, pero de inteligencia grande y de corazón entero, de alma sencilla, pero templada, superficial parece en su conversación, pero tiene muchos fondos; todos lo quieren y él a nadie aborrece; coge el negocio al vuelo y nunca pierde. En cuanto a su físico, no parece sino que la naturaleza se entretuviera en reducir a proporciones liliputienses una inmensa masa de levadura destinada a formar el cuerpo de algún gigante dejando en ella, sin embargo, toda la savia, todo el espíritu, toda la astucia, toda la perspicacia y toda la sagacidad que debía proporcionalmente tocarle a un individuo de las condiciones y dimensiones del malogrado Epaminondas. Y no creas, Bob, que en su conjunto hay desproporción alguna; todo en su cuerpo es simétrico, un aprendiz adelantado de dibujo no trazaría con el compás en la mano un rostro más matemáticamente proporcionado en sus partes; es lo que se llama una *miniatura perfecta*, hasta los pelitos del bigote responden al conjunto y las ventanas de su nariz también; los ojos son pequeños y traviosos, la mirada es perspicaz y penetrante, la sonrisa picante y persuasiva; tiene voz de tiple y habla en falseta, su acento pugna por ser seductor y cuando huele un buen marchante (tiene más olfato que un sabueso) lo agasaja y manosea, lo enamora y lo convida y lo convence y lo seduce; su sonrisa se hace entonces suave e insinuante, sus ojuelos se animan y una aureola de satisfacción, preñada de esperanzas, baña e ilumina su pequeña fisonomía. Si este amigo mío hubiera nacido en Francia en los tiempos caballerescos de Luis XIV y no hubiera sido judío y hubiera sido de estatura un poco más crecida, te aseguro, Bob, que los poetas franceses de esa época habrían contado sus hazañas en versos inmortales, porque toda la sabia, toda la insinuación, toda la vehemencia que emplea hoy para seducir



marchantes la hubiera utilizado entonces enamorando a las encopetadas damas de aquellos dichosos tiempos. Sí, Bob, de San Cristóbal, de Higüey, del Seibo ni de ninguna parte que sea capaz de resistir y mostrarse insensible a sus requiebros cuando entra en su restablecimiento. Debías oírlo cuando persuadía a alguno de ellos: con su voz dulce, penetrante, ladina, convincente y de falseta le dice:

Pero mi amigue, yo tengue razón, esta tela es baratísima a veinticuatro centavos, créelo bajo mi palabra de honor, yo pierdo dinero en ella; pero no quiero que te vayas sin llevártela, ¡cómpramela, hombre! Namías no puede venderte a este precio, a la de él le faltan cuatro hilos.

Este amigo tiene un hermano, también comerciante y también pequeño de cuerpo y como él, simpático como un peso fuerte, agradable y caballero, a quien aprecio mucho y con cuya amistad me honro. Debo decirte, además, que estos hermanos se quieren con delirio y jamás ha habido entre ellos sentimiento alguno. Me cuentan que un día llegó mi amigo (el de la voz almibarada y persuasiva) al almacén de su hermano y encontró allí un marchante bueno del Navarajo (así se llama un barrio de la ciudad) que compraba una crecida factura. «¿A cómo le has vendido a este?», le preguntó mi amigo en papiamento, por supuesto, a su hermano. «A muy buenos precios», le respondió, y mi amigo dirigió la visual hacia el libro en que el otro hacía sus anotaciones, esto le bastó, dijo adiós y se fue; pero se entretuvo en la vecindad hasta que vio salir al marchante. Acercose a él y sacando a lucir una de sus más picarescas sonrisas lo miró de hito a hito con los ojos rebozando malicia y le dijo en tono que expresaba la más profunda conmiseración y simpatía: «Amigue mío, te han tirado, mi palabra de honor, yo puedo venderte mucho más barato, vente conmigo a casa y tú veras».

Me dicen que estas son bromas que se dan los dos hermanos para reírse un rato después.

Te remito varios periódicos, por ellos verás que el 27 de Febrero se celebró en esta Capital con entusiasmo y sin algazara. Además del *Tedeum* de rigor y otros actos oficiales se inauguró



al fin la estatua de Colón y tuvo lugar la instalación del centro dominicano de la Unión Iberoamericana.

Dignos y cultos –como corresponde a gente civilizada– estuvieron los dominicanos en esta Capital el día aniversario de su independencia.

Quiera Dios que la gocen por muchos años y que echando a un lado mezquinas pasiones no se la dejen arrebatarse.

Sin más por hoy,
Tuyo,

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 392, 5 de marzo de 1887.





17^a. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo, City.

Mi querido Bob:

Aquí se puede ganar muchísimo dinero (y perderse también, según y cómo). Si tú quieres nos podemos asociar y dentro de tres o cuatro años seremos ricos, la cosa es muy sencilla: o pedimos al Gobierno una concesión con privilegio exclusivo para introducir la harina de trigo libre de derechos fiscales y municipales y en cambio nos comprometemos a traer una máquina de última inyección para hacer pan y vender más barato que nadie ese artículo tan necesario; o nos establecemos en Azua, Baní, Maniel o cualquier otro pueblo de la República, para comprar azúcar, tabaco o café en flor. Este último es el mejor negocio; conozco gente que se ha enriquecido en pocos años comprando frutos de un año para otro. No hay más que hacer sino llevar un poco de dinero, algunas mercancías y ciertas provisiones a cualquier pueblo y comprar la cosecha a los agricultores. El *modus operandi* de las transacciones es el siguiente: tiene el del campo un cafetal, por ejemplo, y calcula que recogerá cien quintales de café en la próxima cosecha, supongamos que este artículo se vende a \$8 quintal, necesita el agricultor fondos para atender a su cafetal y le compramos el café en flor a tres pesos –mitad en dinero y mitad en mercancías o provisiones, que le cargamos al doble del precio corriente–. Al llegar la cosecha, si el fruto ha subido, no es el agricultor el beneficiado, somos nosotros, pues no le pagamos un centavo



más del precio convenido. Si el fruto ha bajado le hacemos comprender que nos perdemos y obtendremos una rebaja; como te he dicho, la gente del campo aquí es honrada, dócil y de una candidez que encanta; nos entrega el café, pero como en cuestión de presupuestos lo mismo se equivoca en los ingresos (de los egresos nada se diga un campesino, un Ministro de Hacienda o un Ayuntamiento, o un empleado del Gobierno), resulta siempre que por un cúmulo de circunstancias inesperadas no recoge sino cincuenta quintales y nos queda debiendo los otros cincuenta. Me parece verte fruncir el ceño pensando que es un mal negocio, pues te equivocas, Bob, ahí viene lo mejor de la operación: le hacemos comprender al agricultor que ha faltado a su compromiso, que nos ha hecho perder dinero, que ha estado a punto de arruinar nuestro crédito (aunque nadie nos fíe ni la gata por el rabo) y que teniendo nosotros que esperar hasta la próxima cosecha para el café que nos queda restando debe comprometerse a entregarnos el doble, o sean cien quintales. Como es ese el uso y costumbre, no nos cuesta esfuerzo ninguno llevarlo a la Alcaldía y hacerlo declarar que nos debe cien quintales de café y comprometer al pago de ellos o sus bienes habidos y por haber. Desde ese instante el agricultor es nuestro y no trabajará ya más que para nosotros.

Veo el pensamiento que cruza por tu mente, tienes miedo de que las autoridades locales se enteren del negocio y nos acusen de usureros y despojadores, o si a esas autoridades les conviene callarse y hacerse de la vista gorda temes que llegue a conocimiento del Gobierno y este dé disposiciones enérgicas que defiendan al agricultor y den al traste con nuestro negocio; desecha ese temor, amigo mío, hace ya muchos años que se vienen practicando esas operaciones y ni el periodismo, ni el Gobierno, ni nadie se ha fijado en ellas: este es un país libre, Bob, y la autoridad no se mete en los asuntos que no le incumben. Pero si no te conviene ninguno de los dos negocios que te propongo, vamos a emprender la cría de gallos de calidad. Eso sí que sería honra y provecho; no solo ganaríamos plata sino que nos divertiríamos muchísimo yendo a la gallera a ver degollarse a espolazos los valientes e inocentes pajaritos. ¡Una gallera! ¡Qué algazara! ¡Qué placer! ¡Cuántas sensaciones! Aquí hay sujetos que primero se quedarían sin comer que dejar de



presenciar una pelea, de gallos; y si es su gallo el que pelea con mucha más razón. El individuo de más calma, más callado y más en posesión de sus nervios se vuelve en la gallera un gimnasta haciendo contorsiones, habla y grita como un energúmeno y tiembla como un azogado. Hay quien se muerda el bigote todo el tiempo que dura la pelea, otro apoya los puños sobre los muslos y tiembla como *matraca* en mano de sacristán, este se mete el dedo índice en la boca, aquel se rasca la cabeza y se tira de los cabellos cada vez que su gallo muerde al contrario, este se pone en cuclillas y masca con desesperación una pluma de su gallo, aquel se frota las manos con tanta fuerza e insistencia que cualquiera creería que quiere sacar candela, unos sacan la lengua, otros hacen morisquetas horribles, algunos sostienen la respiración, aprietan los puños y los dientes, fruncen las ventanas de la nariz, abren los ojos desmesuradamente, y con un brazo recogido y el otro extendido hacen todos los movimientos de un jugador de florete. Hay caballero que se agarra con una mano la muñeca del otro brazo como quien se tome el pulso y hace evoluciones que envidiaría el acróbata de más renombre, hay quien se esté tieso y derecho como un poste, y seres tan entusiastas que se dan golpes terribles en la cabeza contra el respaldo del asiento cada vez que su gallo recibe un espolonazo del contrario. Pero la gritería, ¡oh Dios mío!, aquello es un maremágnum, un pandemónium. «¡*Sapatón con él!*» –grita este– «¡*Jálalo por la tirilla!*» –aúlla otro– «Dale, *colorao*». «Pica, gallo jiro!» «Voy cien pesos al malatobo!» «Topo» «Pago» «¡Cinco a cuatro!» «¡Gabela doble!» «Diez uno!» «¡Aproximación!» «¡Tírale el último cartucho!» «¡Voy a Cuba libre!» «¡Diez a uno!» «¡Ese se huye!» Sujetos hay que durante la pelea no cesan de menear la pierna derecha, muchos se ponen roncós de tanto gritar, otros apuestan a ambos gallos cuatro y cinco veces en una pelea; pero, ¿cómo describirte tanta gritería? Con lo que te he dicho creo sin embargo haberte dado una idea del negocio y la diversión que te propongo. Ven, Bob, y no temas a la policía; la pelea de gallos es aquí permitida, es un ramo del Ayuntamiento, como otro cualquiera, y el rematista de la gallera paga sus derechos y, por tanto, está protegido por la ley.

A muchos aquí les gusta la pelea de gallos y al que no le gusta no la critica ni encuentra en ella nada malo. Al único a



quien he oído llamar inmoral y cruel la inocente diversión de que vengo tratando es a un caballero, amigo mío, de origen inglés (tal vez sea por eso) pero de nacimiento y crianza dominicana. Aunque el apellido de este señor tiene más de fiera que de británico, es un imitador, admirador y defensor ardiente, o mejor dicho, frío, de los hijos de la pérfida Albión. Habla muy bien el idioma de sus antepasados (y otros muchos) y trata de vestirse, de expresarse y tomar los modales y las maneras de los ingleses, aunque con muy poco éxito. Es hombre muy pacífico a pesar de lo fiero de su apellido, debía llamarse Cordero. Come bien, y creo que el objeto principal de su existencia se dirige a ese fin. A veces conversando con él ha recaído la conversación sobre los jamones de Westfalia planchados y los pescados en escabeche. Toda la flema del inglés desaparece entonces, el ojo se anima, la fisonomía se alegra, los labios se humedecen y la lengua revolotea y chasquea entre ellos como si saboreara una tajada de alguno de los dos manjares, y dice inspirado: «Yo me hacía servir en París el pescado en escabeche primero, con *Haute Sauterne* y el jamón planchado al final, con *veuve cliqoc*», porque has de saber, Bob, que este caballero ha viajado mucho y se educó en Alemania. Vástago de una de las principales familias de esta ciudad, conserva –si no las riquezas– la urbanidad y buenas maneras de un caballero; yo lo estimo en lo que vale y si no fuera por el desdén con que habla de nosotros los yankees y de nuestras provisiones de boca, lo querría más de lo que lo quiero. Este caballero debió ser de mucha chispa en su infancia porque noto en él de vez en cuando, conatos a lanzar chistes y agudezas. Es hombre práctico (como todo inglés) y no cree en minas, cosa que lo acredita mucho.

Amantísimo esposo y padre cariñoso, cifra en su hogar su felicidad. Vive entregado a su trabajo y a su familia; a nadie ofende ni con nadie se mete, aunque es dado a la crítica.

De su físico poco tengo que decirte; nadie diría de él que es feo (y bonito mucho menos). Es pequeño de estatura y no muy gordo; no es elegante, ni quiere serlo. Usa zapatos bajos y sombrero de forma higüera, tiene el pelo aplomado y, aunque calvo, el bigote, que es un gran bigote, del mismo color y modo, la nariz es grande y media roma, los ojos pequeños y de expresión inofensiva, la boca grande y sensual y las cejas copadas. He



aquí descrito a grandes rasgos el caballero a quien tengo el honor de presentarse, quedando como siempre.

Tuyo

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 393, 19 de marzo de 1887.





18ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo, City.

Mi querido Bob:

Recibí tu carta por el «Ozama» y los efectos que me mandaste. Otro día mándame lo que te pida fuera de sobordo para ver si lo paso sin pagar derechos. Mándame doce frascos de sulfato de quinina y si te ves obligado, por circunstancias imprevistas, a legalizar la factura, decláralo munición. También necesito una gruesa de frasquillos de aceite de palma Cristy, que si no puedes enviarme al cuidado de algún pasajero, lo pondrás en una caja y declararás pluma de ganso. Tomo estas precauciones, no para engañar a la Aduana (yo soy incapaz de eso) sino porque está prohibida la importación de drogas y medicina a todo el que no sea boticario apatentado y temo que me confisquen esos efectos. No te fijas en lo pesado de la munición y lo liviano de la quinina, así conviene porque si se descubre, verán que no hubo idea de engañar y que fue una equivocación. Del aceite de palma Cristy, si dan con él, diré que fue un *lapsus pluma*, o un *lapsus ganso*, lo mismo da. Necesito con urgencia unos cuantos cristales de pústulas vacunas, pues la viruela, en Jamaica desde hace tiempo, puede invadirnos cualquier día esta población y me han informado que ni el Ayuntamiento, ni los médicos, ni la sonámbula se han provisto aún de ese tan necesario preservativo.

La sonámbula es aquella señora de quien ya te he hablado en mis cartas anteriores. Has de saber que la tal señora sigue en



sus trece. Su casa está siempre llena de gente enferma (del cerebro, supongo) que la consulta. Dicen que hace curas maravillosas. Si no me engaño, Baldemora se ha curado radicalmente; pero no volverá a consultarla, ignoro el motivo. El sábelo todo de esta Doctora *mesmeriana* es la adormidera, aunque suele añadir a ese calmante dos motas de laúdano, dos y medio centavos de zarzaparrilla, tres cucharadas de lavanda rosa, dos escrúpulos de manteca de cacao, dos escrúpulos de bálsamo tranquilo y todo junto, sin escrúpulo, se lo toma el paciente (¡qué guapo!) o se lo unta en las partes afectadas, según el caso. Hasta de los pueblos vienen ya a consultar a esta sibila. ¿Y no hay médicos en la localidad?, preguntarás. Sí que los hay, Bob, y muy buenos y también muy malos, para que de nada falte. Y hay un Juro Médico y hay Policía y hay tribunales y procurador fiscal y alcalde y jueces y ayuntamiento (y ayuntamientos) y boticas y botiquines, sin licencia, y boticarios muy flacos y boticarios muy gordos, y hay abogados (ojalá no los hubiera), y hay notarios (¡quién fuera notario!) Si yo fuera notario levantaría una protesta contra Pío el sepulturero porque este sujeto debe alegrarse, allá en su *fuero interno*, de que siga en boga la sonámbula. También protestaría contra ciertos individuos que se regocijan en su *conciencia íntima* saboreando de antemano el café y otras cosas del indispensable velorio; pero tú no sabes lo que quiere decir esa palabra y necesito explicártela. Los diccionarios dicen que velorio es un término provincial de México y Cuba que significa la reunión de personas que velan a un difunto. Yo no estoy de acuerdo con esa definición, pues en las dichas reuniones nadie se acuerda del finado y si algo se *vela* es el pan, queso y café que en todo velorio son artículos indispensables, amén de los *túbanos* que también se brindan y a discreción se fuman y alguno que otro trago que calladamente y ocultándose de los demás se toma cada uno de los *velantes*, con una circunspección loable. Es verdad que así como no hay muerto sin velorio, no se concibe un velorio sin muerto y no faltan cadáveres vivos, esqueletos ambulantes, que van allí hasta las diez y media de la noche [hora en que regularmente se sirve la colación] y después de la tajada de queso, el panecillo, la taza de café y el trago encienden el *túbano* y se van muy satisfechos para su casa, con la conciencia muy tranquila e íntimamente



convencidos de haber cumplido con los deudos del difunto, y si a mano viene pronosticando el próximo fallecimiento de alguno de ellos. Individuos hay que no pierden un velorio, porque los verá Ud. tomarse de buenas a primeras un interés marcadísimo por la salud de cualquier persona que esté siquiera con calenturas, aunque nunca la hayan visto. Hay sujetos que lo primero que preguntan al encontrarse con algún conocido es «¿dónde hay velorio esta noche?» Y conozcan o no al difunto o a la familia se entran en la casa, dan las buenas noches, o no las dan o simplemente dicen *salú* o *jú* y se sientan como si estuvieran en su propia casa; y a fumar y a charlar se ha dicho; y cuántas veces no he oído a muchos de ellos preguntar al que les quedaba al lado quién era el muerto, de qué murió, etc.; y entre ellos los hay tan distraídos o tan desvergonzados que al retirarse se dirigen al afligido deudo y le dicen: «espero que la novedad no será cosa de cuidado». No falta en ningún velorio alguno que otro guasón que anime con chistes y chascarrillos la tertulia. Y si quieres, Bob, oír buenos cuentos y reírte, ven aquí y asiste a los velorios.

Me han asegurado que un señor notario de los del número de esta capital es un *velorista* consuetudinario y cuentan de él que una noche, estando con varios amigos se nombró a una señora de Santa Bárbara y hubo de decir uno de los presentes que la cosa estaba en casa de esa señora buena y animadísima. «Pues vamos allá», dijeron todos, incluso el notario (que entonces no lo era). «¡Qué lástima!» –repetía en el camino, este caballero–, «¡tan buena!, ¡tan atenta! ¡tan alegre y divertida! ¡Quién lo hubiera creído! ¡y yo ignorante de todo!» Estas reflexiones que con acento compungido hacía en voz de alta el señor aludido, no dejaron de llamar la atención de sus compañeros y cuando ya se decidieron a preguntarle lo que las motivaba, los interrumpió él muy sorprendido al oír las agudas notas del clarinete de Juan Francisco, preguntándoles qué música era la que oía. «¡Pues toma!», le respondieron, «¿qué música ha de ser sino la del baile?» «¿Qué baile?», les pregunta atónito nuestro hombre; «El baile a que vamos, el de la señora...» «¿Qué, y no se ha muerto?» ... «¿Quién?» «¿la señora?» «¿Estás loco, chico? Se baila esta noche en su casa». Pintarte el disgusto que expresó la fisonomía del caballero sería imposible. ¡Se había



hecho la ilusión de que iba a su velorio! Despidiose de sus amigos y se marchó a su casa lleno de *spleen*. No se retiró más triste y apesadumbrado a su humilde morada, el beato *San Joaquín* el día en que, al ir a presentar su ofrenda tuvo que volver la espalda, no porque lo ahuyentaran acordes de clarinete, sino la áspera voz del sacerdote aquel que lo desvió del altar. No creas que los tertulianos amanecen, nada de eso, desde que se reparte el café, etc., etc., la mayor parte de ellos se retira y la familia se queda casi sola con el difunto, así debían estarse desde un principio y no admitir gente extraña, que lejos de simpatizar con su dolor hallan ocasión de pasar un rato agradable y divertido a sus expensas.

Has de conformarte esta vez con esta corta epístola, pues tengo mil asuntos que evacuar antes de la salida del vapor y son operaciones que requieren tiempo.

Tuyo:

JIMMY

P.D. Al atracar el «Ozama» en el muelle vi parado en la cubierta a un hermano y tocayo mío. Noto que está más viejo, que se le escasea el pelo y que empieza a ponerse calvo. También noto que está muy crecido, y durante la travesía ha abusado un poco del *Bourbon Whisky* de abordó, porque sus ojos estaban un poco rojos y sus narices y cachetes un poco abotargados.¹

Vale.

El Eco de la Opinión, No. 394, 26 de marzo de 1887.

1 Creemos que el Sr. James Cooper se equivoca, respecto del caballero a que hace alusión, pues el que ha llegado en el vapor «Ozama» es el Sr. James Ferguson, natural de Nueva York, individuo muy inteligente y de toda circunspección, que representaba hace algún tiempo los papeles de villano en algunos teatros de la Unión Americana y ahora hace cableras. Este caballero es desconocido en Itaca y no es ni siquiera conocido de Roberto Ferguson. (Nota del traductor).



19ª. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo, City

Mi querido Bob:

Si algún día va por Itaca uno de esos individuos que piden para las sociedades y hermandades religiosas, para procesiones, sermones, novenas, misas de salud y vestidos de promesas, alboradas y fiestas de calle, arcos de triunfo y toros &a. & te recomiendo muy eficazmente que lo denuncies a la Policía, lo hagas arrestar e influyas con seño *Clisvelan* y seño *Bayardo* para que lo petrifiquen y lo coloquen en una bocacalle y allí sirva de mudo ejemplo y terrible escarmiento a las futuras generaciones. A decirte la verdad, yo no me había fijado en las innumerables esquelas impresas, listas de suscripciones, billetes de rifas y misivas que recibo diariamente, tendentes al desembolso de parte mía de pesetas, pesos y medios pesos; pero hablando con un amigo agente de negocios de esta ciudad hombre de mucho *peso* y gran *desenvoltura*, me hizo notar la frecuencia de las dichas suscripciones y rifas. No te describo al caballero a quien he nombrado porque es hombre que viaja mucho (al menos desaparece a menudo y no se le vuelve a ver durante días, ¿qué digo? meses) y como no sería extraño que se fuera (o lo fueran) cualquier día a dar un paseo por *Colón* o, en fuerza de las circunstancias, llegara hasta Itaca, tendrás entonces el gusto de conocerlo y tratarlo. Eso sí, una vez acomodado en cualquier cuarto, aunque veas que mande a sacar la cama, o el catre, como decimos aquí, todo su equipaje, no te apresures



en darle la despedida; pues es hombre que después de hallarse fuera de *Colón*, no por *Cándido*, sino por capricho, o por antojo u otra cualquiera circunstancia, vuelve a *Colón* o al lugar donde se hallaba. Te advierto que aunque es buen amigo, es vengativo como un diablo y no olvida nunca una ofensa. Tampoco debes echarla de *guapo* con él porque no le teme ni a los *guapos más guapos* de esta capital y tierra.

Es hombre *mucho* (tómalo en buena parte) y fue (aunque no es viejo) en sus mocedades, muy dado al amor y muy aficionado a tirar, la pistola, y a jugar el florete, pero siempre a punta limpia. Si alguna vez hablando contigo notas que se le va la voz por falta de aire, no vayas a creer que es debido a enfermedad; eso le sucede porque es muy vehemente en su conversación.

Es popularísimo aquí y todo el mundo lo quiere.

Si hay en nuestro pueblo algún local desocupado en donde quepan desahogadamente dos mil individuos de ambos sexos, y diferentes edades y colores, consíguelo para embarcarte una pequeña parte siquiera de los mendigos de esta Capital, pues nadie nota aquí que cada sábado, nuevos adeptos están a engrosar las ya crecidas filas de los limosneros; y como ni el Gobierno ni el Ayuntamiento han pensado todavía en proveer locales a propósito para tener a esa gente recogida, no pueden tampoco legislar contra la mendicidad y la vagancia. ¡Oh! ¡y cuántos vagos! Hay muchos vagos, hay mil vagos, hay más de mil vagos, Bob; pero son gente inofensiva estos vagos de aquí. Su vida se pasa en pedir, recoger, inventar y dar noticias, murmurar al prójimo, atacar los gobiernos, tomar un trago cuando se lo brindan y asistir a todas las diversiones. Yo no intento embarcar esta clase de individuos con los mendigos que te propongo, esa gente (los vagos) conviene aquí para dar un poco de vida y movimiento a la población, rentas al tranvía (ahí no se fía), concurrencia a los cafés y restaurantes y dolores de cabeza a los sastres, tenderos, padres de familia y cocheros.

Pero tengo a mi pesar que confesarte, Bob, que siento una simpatía casi fraternal por esos individuos que ejercen sobre mí una extraña fascinación; no sé si será por sus chistes y buenas ocurrencias, el caso es que los amo.

Ayer al llegar a mi oficina por la tarde encontré en mi escritorio un papel, especie de protesta, cuyo tenor es el siguiente:



Protestamos muy enérgicamente contra los señores James Cooper y el hombre de los siete defectos; al primero por ausencia del escritorio, sin duda olvidándose de que ya hoy es jueves y de que la carta No. 18 que la suscribe el dicho James, caerá en defecto por primera vez. En cuanto al segundo contra su compostura, pues pertenece en la Capital a la sociedad de la temperancia, mientras en Azua y en el «Cosmopolita», en este momento, al libertinaje. Esto dicen los que los han contemplado frente al «Cosmopolita» el dueño de la «América» y el representante de Julio de la Rocha (en su báquica orgía). Dada en las novedades el 31 de marzo de mil ochocientos ochenta y siete.

Debo decirte que los que suscriben el documento son dos simpáticos jóvenes, de esta capital el uno, y oriundo de Colombia el otro (*ilustre hijo de Colombia*, no de Marte) muy activos, muy inteligentes y enemigos acérrimos de los vagos. Como notarás, redactan muy bien, lo que los acredita mucho.

Ahora bien, Bob, el banquete a que ellos se refieren llamándolo *báquica orgía*, fue solamente entre varios amigos, caballeros respetables todos, incluso el que suscribe, y si en el *porvenir* llega a tus oídos el rumor del incidente, no creas nada y atente a lo que yo te digo. No hubo más que un disgustillo pugilístico, broma o juego, chanza o chiste entre dos buenos amigos, que concluyó en un estrecho abrazo, nuevos brindis y armonía completa.

Freites, castellano, si no de nacionalidad, de sentimientos, puede dar testimonio de todo y desmentir rumores exagerados.

Estamos en víspera de Semana Santa y se prepara la juventud de ambos sexos a divertirse en las procesiones; aunque me han asegurado que su Ilustrísima el Arzobispo va a impedir las; ojalá sea cierto. Yo tiemblo, mi querido Bob, al pensar en las tales procesiones; suponte que no llueve hace dos meses, que el polvo ahoga, que el sol reverbera, que se han secado los aljibes, que los pozos están escasos de agua, que la viruela y el cólera nos amenazan de cerca y que los santos necesitan retocarse; pero sobre todo hay un santo, fabricado en Italia, que si no requiere retocarse tiene gran necesidad de cepillarse un poco para rebajarse el *embonpoint*. Este Santo ha hecho milagros en poco tiempo y si no tiene devotos, tiene profanos que lo



estiman y lo montan a caballo y lo pasean por la ciudad y también lo exhiben en coche los domingos y días feriados. No sé si estos obsequios se deben atribuir a su genuina amabilidad o al exquisito sabor y condimentos de los *macarroni* y *ravioli* que en ocasiones raras ofrece a sus amigos. Y es de notarse, como cosa extraña, que hay hebreos que creen en este Santo y lo agasajan y lo enamoran, ejemplo único en la historia de los pueblos, de que hijas de Israel hayan adorado a un Santo. No he podido explicarme este hecho.

Veo también que muchas de las principales familias de esta ciudad reciben sus visitas con agrado y suma cortesía, lo que dependerá, no hay duda, de que este *Santo* es abogado de la franqueza que distinguía a los Nelson, a los Drake, a los Canevaro, a los Gravina, Henry, etc. y, sobre todo, y más que todo a su trato afable y buenas maneras. Pero yo espero en Dios y en todo su Clero que las procesiones no se llevarán a cabo aunque se gaste el dinero recogido al efecto en *sancochos* y otras parrandas.

El vapor no da tiempo, adiós Bob.

Tuyo

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 395, 2 de abril de 1887.



21^a. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo, City.

Mi querido Bob:

El Jueves Santo asistí a la función de la Catedral y no puedes imaginarte lo mucho que te eché de menos, pues sé cuánto te agrada la solemnidad en las ceremonias religiosas no importa de qué secta, con tal que eleven a Dios el espíritu: esta fue imponente y si no te hago una descripción de ella es, porque al llevarme un amigo a la Sacristía esa mañana, hice renuncia formal de la dignidad de cronista, ante todos los allí presentes, debido a que se me reprendió por haber llevado capa (y *espada*) contra las reglas, costumbres, usos, derechos y servidumbres de la religión y también por haberme vuelto yo devoto ferviente de San Cristóbal, cosa que parece desagradar mucho a la gente pues quieren cronistas de mejor porte, más fijo, y sin santo de su devoción.

El siguiente día (el viernes) hubo en la calle del Comercio un gran fuego, que dio ocasión a muchos caballeros a desplegar una honrosa actividad y a demostrar dotes de mando, que hasta entonces nadie se hubiera atrevido a sospechar en ellos. ¡Cuántos alicientes tiene el mando, Bob, tomaría yo ser jefe, aunque fuera de cocina! Me complació mucho ver la energía que desplegaron la Policía y autoridad militar, aunque no me agradaron los sendos planazos que se permitieron distribuir, algunos individuos de ambos cuerpos, a las descuidadas panto-
rillas e inocentes asentaderas de varios transeúntes. Por mi



parte no tengo desgracia alguna que lamentar, aunque estuve a punto de ser víctima de uno de esos accidentes desagradables, contra cuyo riesgo no hay Compañía de seguros, ni «La Nothern» por liberal que sea, que se haga responsable. No creas que un lienzo de pared cayó a mi lado amenazando aplastar mi pobre humanidad, ni fue tampoco un mueble, ni una caja de mercancía del depósito del señor Leyba, ni un barril de harina del señor Sánchez, ni la cortadora del señor Burgos, ni la moleadora de café del señor Martínez, ni el piano del señor Marchena, ni una lata de kerosene de los señores de Lemos & Holht, ni los rollos de cabos de anda, ni una de las veinticuatro docenas de cubetas de cinc que graciosamente y sin intención de reclamar a «La Northern» arrojó a la calle el señor Samuel Curiel, lo que pasando por encima de mi cabeza me hizo temblar; fue, Bob, una alhaja de familia lo que causó mi consternación, una prenda necesaria, «de cuyo nombre no quiero acordarme», que algún chusco mal intencionado, olvidándose de la calamidad que allí nos reunía, arrojó a la calle con fuerza hercúlea, sin notar, o notando demasiado el gracejo, que la mencionada alhaja contenía las pruebas palpables, palpitantes y pestilentes de que el dueño de la susodicha prenda, no la tenía en su casa como un mero adorno. ¿Dime, Bob, qué habría sido de mí si el contenido hubiera empañetado mi ropa de ceremonia? (porque yo tenía puesta mi ropa de ceremonia, Bob, por ser Viernes Santo). No me hubiera quedado ni aun el consuelo de reclamar del Gobierno, pues nuestro cónsul no está aquí. Nuestro cónsul que hubiera tenido especial placer en presentar la reclamación.

Esta circunstancia inesperada me hizo abandonar (por no quedar *abonado*) el lugar de la catástrofe y acercarme a un caballero conocido mío, dueño de una de las tiendas que están en frente a las casas quemadas, al que encontré sumamente exaltado y de pie en el dintel de su puerta, diciéndole con voz llorosa a un señor que allí había: «Juan, te voy cuarenta pesos si me salvas» (que barato se avalúa el marchante). No por eso te imagines que ese señor no vale más de cuarenta pesos; pero *business* es *business*, el negocio es negocio y este señor no olvida que es negociante, aún en las circunstancias más apremiantes de su vida.



Este caballero me dio una sorpresa muy desagradable la primera vez que lo vi. Fui un día a su tienda (de esto hace ya mucho tiempo) y pregunté si había semillas de alambre para vender. Él estaba en la trastienda y una voz dulce, meliflua, persuasiva, aguda y delicada contestó desde allí que me atendería enseguida. La imaginación es ligera, el juicio atrevido y los sentidos engañosos. Mis oídos no hicieron más que beber esas pocas palabras y ya mis ojos se preparaban a saborear la aparición encantadora de una joven de diez y ocho años, rubia, esbelta, delicada y lánguida, porque no de otra personalidad, parecía salir aquella voz. Me atasé el bigote, me puse en actitud romántica, traté de dar a mis ojos la expresión más tierna que pude encontrar en el archivo de mis recuerdos y esperé un momento; la sentía acercar y la mente se la forjaba trémula y sonreída; su voz bañó de nuevo mis sedientos oídos: «¿qué deseaba Ud., caballero?» me preguntó, alcé la vista y miré... delante de mí estaba Enrique VIII de Inglaterra, más corto de estatura, más ancho de espaldas, más embutido de pescuezo y más barrigón; delante de mí estaba Pompeyo, el gran *Pompeyo*, el inolvidable *Pompeyo*, con el rostro sudoroso, la camisa abierta, los puños arrugados y bufeando de calor. Esperaba yo a Friné y se me presentó Epaminondas, porque no menos corpulento aunque no tan valiente, y abdominal aunque no tan simpático es el caballero a quien tengo hoy el alto (mejor dicho, el grueso) honor de describirte.

Ignoro su edad, pero colijo por la exuberancia de sus *pómulos* (me entiendes, Bob), la frescura de su cutis, lo negro y rizado de su caballera y la voz infantil que le distingue y que me engañó, que aún no ha llegado a esa edad en que el hombre (y la mujer) como un peregrino fatigado se detiene en el sendero de la existencia; aunque este señor deposita diariamente su carga en el camino excusado de la vida y se agacha un momento a descansar. (Si este pasaje no es de la «Oración por todos» de Hugo, sostengo que es «Jugo de todos» por Bellos, y por Feos). También ignoro en qué país privilegiado se mecía su cuna (tamaño cuna), «no de marfil y oro»; pero indudablemente se nota en él algo de *fachendoso* y *majestoso* lusitano, sobre todo cuando anda o cuando baila. Sin embargo, no es portugués, ni inglés, ni descende de griegos ni de romanos; sus abolengos



datan de época más remota; cuentan que uno de sus antepasados sucumbió a los repetidos porrazos de un levita cuando el asunto aquel del buey de oro. Lingüista consumado, este señor habla varios idiomas modernos y lee de corrido el hebreo (sin entenderlo) lanzando con frecuencia sonidos del sánscrito, *puntos* del caldeo y *pespuntos* del zendo. Comerciante activo y mercader inteligente, no desperdicia oportunidad de hacer un buen negocio. Buen padre de familia y esposo amante y tierno, busca en las dulces e inocentes fruiciones del hogar la felicidad que durante siglos quisieron los fanáticos negar a los de su raza. Entre las muchas cosas que posee, cuenta este señor con una vastísima inteligencia, capaz de dilucidar las cuestiones más intrincadas de economía política (y doméstica). Es fuerte en logaritmos y consumado aritmético. No escribe en los periódicos ni discute en los cafés, circunstancias que lo recomiendan mucho.

Cualquiera al ver su volumen creería que come y bebe en proporción; pero no hay tal, es hombre sobrio y en clase de carnes prefiere el *chivo*.

Yo por humanidad le aconsejaría que jamás intente un viaje al Polo porque corre gran riesgo, si hay naufragio y el hambre apura, de ser comido por sus compañeros de expedición. Sus modales son finos e insinuantes, sobre todo, cuando llega a su tienda un comprador, y si es del sexo bello y está en boga, entonces es capaz, con su palabra elocuente y acento suave, de rendir un *castillo*.

Honrado, activo, inteligente y astuto está llamado a ser el Steward de esta tierra porque sus negocios progresan cada día, vende barato, da buenos plazos (*sin dobladillo*) y hay en su fisonomía una expresión bonachona tan marcada que atrae y seduce al buen marchante. Este señor no obstruye la acera de su casa ni la de los restaurantes formando tertulias, lo que indica su buena crianza; este señor no va a las iglesias a reírse de los sermones, lo que demuestra su buen juicio; asiste a las retretas, cosa que lo acredita mucho por cuanto se ve que ama la música, nunca dice que están quebrados los comerciantes, competidores suyos, prueba palpable de que van bien sus negocios, no se jacta de tener mucho dinero, señal evidente de que no le falta; su buen pico habla poco, seguro indicio de que piensa



demasiado y últimamente no niega la existencia de un Ser
Supremo, lo que demuestra que no es un *sabihondo* engreído.
Sin otra cosa por hoy,
tuyo

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 396, 10 de abril de 1887.





22^a. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo, City.

Mi querido Bob:

Ayer monté un caballo y hoy no sé de qué lado sentarme, porque aunque soy buen jinete tengo el cutis tan delicado que siempre me pelo. ¿Pero quién no se *pela*? Se *pelan* los periodistas, se *pelan* los curas, se *pelan* los médicos y hasta los diputados de la Nación; se *pelan*; todos se *pelan* en ella y hay padres que dan *pelas* a sus pequeñuelos y ¿quién lo creyera? hay madres que también dan *pelas* a sus hijos. Yo *fotografiara* a estas últimas, por el acto de dar la *pela*, y les mostraría después el grupo interesante, lleno de luz y de sombras y de un contraste sublime, que forman, ella con el rostro descompuesto por la ira, el plantaje de verdugo, el brazo levantado, «de penetrante correa la mano armada» y la víctima, inocente criatura, pedazo de sus entrañas, con el rostro hermoso y el ademán suplicante, semejando un ángel en las garras de un demonio, como si la «llamara en vano muchas veces por su nombre». Creo que si vieran ese cuadro no volverían a dar *pelas* y se *pelarían* para expiar su falta. También se *pelan*, más que nadie, los políticos de esta tierra y aunque parezca paradoja. *Nada se pela* más que nada. Solo las *torres* y *olivas* y *lechugas* no se *pelan*; pero es porque *pelan* a otros o viven como tirados acá y allá. Pero veo, Bob, que yo no tan solo me *pelo* cuando monto a caballo sino que me *pelo* escribiendo, pues me he apartado del objeto principal de esta carta, que es darte cuenta de mi paseo a caballo, paseo que recordaré



toda mi vida porque gocé mucho. Era domingo y nos habíamos reunido como veinte jinetes, entre ellos viejos pasados, hombres maduros, jóvenes tiernos y muchachos en flor. (Así se clasifican los plátanos en esta tierra, aunque hay también el verde, el amarillo, el *pasmao*, el *sarazo*, el *pintón* y el *acojolao*; yo prefiero el antepenúltimo).

Decidimos a unanimidad no salirnos de los muros de la ciudad; queríamos todos lucir nuestras personas y nuestras cabalgaduras y arneses y pasar a menudo por las calles que habitan las Dulcineas de nuestros pensamientos. Yo por mi parte logré que pasara la cabalgata más de quince veces por la calle que habita, la mía; pero algo debía incomodar mucho a esta niña cuando pasamos por la décima vez, pues la oí que decía: «¡Dios mío! ya esto es insoportable, el Gobierno, el Ayuntamiento, la Policía, alguien debía impedirlo», y se retiró de su ventana haciendo gestos de desagrado y no la volví a ver más esa tarde. Pero indudablemente Bob, yo gocé mucho y habría gozado más si mi embullo no se hubiera empeñado en creerse en un combate (este caballo debió pertenecer a algún general) y sostener un fuego graneado y de chisporroteo todo el tiempo que duró la corrida, lanzando además de vez en cuando, y de cuatro en cuatro, confites hermosos y humeantes de un óvalo imperfecto.

A veces echábamos nuestros caballos a todo galope y estuvimos a punto, en más de una ocasión, de estropear niños y mujeres y despachar a mejor vida alguna que otra vieja rezagada; y bien les hubiera estado, que las calles, los domingos y días de fiesta (que por cierto abundan, gracias a la religión, en esta tierra que Dios bendiga) pertenecen a la gente de a caballo; así es de uso y costumbre aquí y los usos y costumbres de un país deben respetarse. Con todo, yo gocé extraordinariamente contemplando la polvareda inmensa, que semejando gaza espesa y flotante, levantaban las pezuñas (aquí no llevan cascos) de nuestros caballos y más gozaba cuando veía, como a través de oscura niebla, caballeros y señoras que en los balcones y en las puertas de las casas se llevaban sus pañuelos a los ojos temiendo sin duda que los cegara el polvo; ¿pero no sería mejor que domingos y días feriados se estuvieran dentro de sus casas sin molestar con su presencia y ademanos a los que nos diverti-



mos? Eso les evitaría a ellos flucciones y a los presentes disgustos. A pesar de eso yo gocé como no eres capaz de hacerte una idea; pero habría gozado infinitamente más, si mi caballo se hubiera guardado para otra ocasión la blanca espuma y baba espesa que soltaba por la boca, y no se hubiera encaprichado en creer que la pierna izquierda de mi pantalón era el pañuelo en que debía rozarse las narices a cada instante; aparte de este incidente, el paseo estuvo agradabilísimo y muy divertido. Iba con nosotros un señor, amigo mío, delgado, de estatura escasa; pero de ojos y narices muy grandes, con un bigote tremendo, que envidiaría un gastador y una manzana capaz de haber arrepentido (no seducido) a nuestra madre Eva, a pesar de su predilección por esa fruta; tiene este caballero un *órgano* de voz, que exhibiera con éxito, y montaba una bestia (siempre la monta) que parecía tener algún asunto importante pendiente con mi caballo, pues lo notaba inquieto y relinchando (a mi caballo, se entiende) y a duras penas lo podía yo contener, tal era la propensión que tenía a acercarse a la montura de mi amigo.

El caballo que yo montaba (noble y fogoso corcel) tiene todas las cualidades que hacen un buen caballo; pero para que fuera perfecto habría que corregirle ciertas tendencias impropias de un jaco bien situado, aunque denotan en él fino instinto (el caballo tiene mucho instinto). Te contaré lo que hizo esa tarde y juzgarás, no de su instinto, sino de su inteligencia (el caballo es el animal más inteligente por más que Darwin dé y otrosí a preferencia a los *monos*. Detúveme en mitad de mi en carrera, o mejor dicho detuve el caballo (como hizo Josué con el sol para ganar la batalla) a saludar a una señora conocida mía que estaba sentada a la puerta de su casa y el animal ¡qué astucia de caballo! (el caballo por lo general es muy astuto) aprovechó esos cortos instantes con una desenvoltura admirable. No hacía un minuto que me había detenido cuando dio tres o cuatro fuertes resoplidos, sacudió la cabeza con energía, salpicando de espuma el traje de la señora (lo que sentí mucho y ella más que yo, supongo), puso sus piernas traseras en posición equidistante, afirmó el cuerpo en las patas delanteras y panteando hacia el suelo la barriga, sin decir: «Ustedes gustan» (es verdad que los caballos no hablan) dio a beber a la



sedienta tierra (hacía tres meses que no llovía) como un galón de fresca, tibia, espumosa y humeante cerveza, mejor, mucho mejor que ciertas marcas que venden por ahí a veinticinco centavos la media botella. ¡Qué lástima que no hubieran estado cerca dos o tres *pegueros* para que hubieran refrescado de *gralis amoris*!

No sé hasta cuándo habría durado mi paseo si mi caballo a eso del oscurecer no se hubiera detenido en frente de una tienda de la calle del Conde y plantándose firmemente me diera a entender, con demostraciones un poco bruscas, es cierto, que no daría un paso más esa tarde. En vano fueron los foetazos y espolonazos que le apliqué, había visto parado en el dintel de su puerta a su querido amo (como ves, si el caballo no es amante esposo y cariñoso padre, es un animal agradecido). El amo del que yo montaba es un sujeto de finos modales y afable sonrisa; su voz es suave y nunca la sube más de un cierto diapasón; no se puede saber cuándo está molesto porque no lo demuestra ni con sus ademanes, ni con sus palabras, ni su voz se altera en lo más mínimo. Cuando nadie vende un medio en la vecindad él con menos surtido vende porque tiene una manera insinuante de enamorar y atraer a la gente del campo, lo que se debe atribuir a que en su temprana edad gastaba gran parte de su tiempo escribiendo cartas amorosas, cartas llenas de imágenes, tropos, hipérboles &. Sus horas de ocio las empleaba tratando de descubrir el secreto del perfume especial del cigarrillo de «La Honradez», llegando hasta el punto de mezclar con la picadura cierta sustancia seca hecha polvo, de un olor *sui generis*, aunque sumamente desagradable; se acerca tanto ese perfume al que distingue a los cigarrillos mencionados que nuestro hombre se deleitaba removiendo una gran cantidad de picaduras y se llevaba a la nariz las manos llenas de ella aspirando con delicia su olor; «Eureka», exclamaba, pero su tío, un caballero de genio un tanto iracundo y más iracundo ese día por la poca venta efectuada, se acercó a él y agarrando el cajón de la picadura lo tiró a la calle diciendo: «No sea Ud. mentecato, fume Ud. *túbanos*», y así se perdió un invento que hubiera sido —no hay que dudarlo— venero de riquezas para este país. Este señor (el amo del caballo) es tan activo como pequeño de cuerpo, es muy pequeño de cuerpo, es sumamen-



te pequeño de cuerpo, cualquiera diría que descende de *Lilíputienses*; pero tiene alientos de gigante, y un nombre como de aquí a San Cristóbal. ¿Será por eso que llama tanto a su tienda a los marchantes de esa común?

Trabaja como cuatro aunque se da buena vida; cuando no va a caballo, se le ve en coche (de alquiler) aunque solo sea para ir de su tienda a su casa o de su tienda a la Barbería, que está a dos pasos. Tiene el pelo rizado y se peina con esmero. Pulcro en el vestir y en el decir jamás ofende a nadie, de presente. Últimamente ha renunciado el puesto honorífico de miembro del Ayuntamiento y goza entre sus amigos y conocidos de una buena reputación.

Como te he dicho, mi caballo no quiso dar un paso más y tuve que desmontarme. Pagué el alquiler [todos los otros de mis compañeros montaban caballos prestados] y ellos continuaron su paseo. Yo me quedé contemplándolos y en mi próxima carta me propongo describirte la figura que hacían algunos de ellos.

Hoy estoy ya cansado y me despido, quedando como siempre tuyo,

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 397, 23 de abril de 1887.





23^a. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo, City.

Mi querido Bob:

Como te dije en mi última, después que entregué mi caballo quedeme contemplando las figuras que hacían algunos de mis compañeros de paseo, y aunque sea a grandes rasgos trataré de cumplirte mi promesa describiéndote algunos de ellos. Iba en la cabalgata un caballero de aspecto grave, india tez, negros ojos de lánguido mirar, tierna, suave y halagadora sonrisa, sombreada por un bigote de pelo, fino y negro, que parece ser una de las prendas personales que más cuida, aprecia y acaricia ese caballero. *Santiago*, el patrón de España y de las Indias, no presentaría al ojo avezado del escultor una figura más adecuada para una estatua ecuestre, siquiera sea tomando en cuenta la casi inmovilidad y *estericamiento* del jinete, quien olvidándose sin duda que los estribos sirven de algo, se apoya solamente en las riendas que sostiene tirantes y aprieta con energía, de tal modo que si reventaran, como es probable que suceda cualquier día, caerá de espaldas perdiendo un tanto de su ecuanimidad. Tampoco cabalgaba como el santo aludido en un blanco corcel, este mortal montaba un caballo rucio moro, gordo y bien cuidado, como su amo (este señor iba en caballo propio) y como él de talla espesa, cortas y *rechonchas* piernas, ancho pescuezo y abultado abdomen, y tal era el conjunto armonioso que presentaban el jinete y su cabalgadura que no es necesario ser indio salvaje para tomarlo por un solo individuo. El caballo



(¡qué animal tan noble, tan simpático y tan desinteresado es el caballo!) ha tomado el aire grave y sereno del dueño y su andadura (la del caballo) es tranquila y mesurada, sin permitirse jamás una cabriola, como si el inteligente animal temiera perturbar por un instante la calmada y olímpica circunspección del caballero: este por su parte no usa ni del foete ni de las espuelas, se hace liviano y lo trata con delicadeza extrema, fijo en la silla y sin hacer movimiento alguno; porque le da pena interrumpir las melancólicas meditaciones a que parece entregarse la bestia cuando siente la *gravedad* del amo sobre sus lomos. ¡Qué motivo de profundas reflexiones para el filósofo! ¡Dos criaturas distintas (todavía no está generalmente admitida la teoría darwiniana del origen de las especies) comprendiéndose, considerándose, amándose y completándose mutuamente!

Me cuentan que el caballero tiene un loro muy hablador que entre otras cosas dice y repite con frecuencia: «¡dulce en palito, tolelá!» y otras expresiones que no me atrevo a reproducir aquí; pues temo que algún otro erudito y purista (¡hay tantos en esta nueva Atenas!) si ve algún día esta carta, suelte la carcajada, «haciendo del loro mofa», y del anís, lo que no sería extraño porque se mofan ya hasta de las cosas más sagradas, y hallan faltas en todo escrito, aunque ellos con el afán de ser puristas se vuelven *espiritistas* por aquello de que cada frase suya es (una) *alambicada*. Pero el señor de quien te hablo, que no es purista aunque tiene muchos *puros*, se complace oyendo hablar a su loro, y su caballo también. Tiene además un pequeño acuario en el patio de su casa y se pasa días enteros contemplando las evoluciones de los pececitos allí encerrados; y así mismo el caballo lo contempla estático desde la puerta de su caballeriza con mirada fija y profunda. Pero dejando a un lado el jaco deseo que conozcas a fondo el caballero. Gracias a la *esperanza* envuelta en humo que desde hace algunos años viene *torciendo* y explotando ha logrado este señor hacerse de una holgada posición, de un coche o *quitrín*, del caballo aludido, de dos o tres casas (muy bien fabricadas, y con mucho gusto una de ellas habita un doctor de los mejores que procura la clientela de esta capital), del loro hablador, del acuario, de los peces que en él viven (se entiende en el acuario), de algunos miles de pesos (colocados al 2 y 3 por *ciento*, *moderata* ganancia)



de una reputación envidiable, de cuarenta y cinco años (de edad), de un corazón de oro (fácil de derretirse ante cualquier beldad), de un alma diamantina y su inteligencia Roma hubiera envidiado en sus buenos tiempos. No se dirá que el trabajo asiduo, y la esperanza fundada en la honradez, la industria sin privilegios o concesiones no dan resultados en este país; el amigo de quien trato es una prueba viviente de lo contrario porque *hace* (florecer la industria) *ve do* está ganando y aumenta su capital.

Le gusta mucho el billar y aunque no puede decirse de él que es un taco sobresaliente tampoco sería justo darle el calificativo de *chambón*, aunque hablando acá entre nosotros dos, le salen *chambas* con mucha frecuencia. Gana de vez en cuando y ganaría más a menudo si no se tibiara tanto y no diera tantas pifias cuando pierde; tiene también en su contra el temor de perder su aire grave y compuesto, lo que le estorba para tomar las posiciones que requiere el juego. Casi todas las noches sirve de cena frugal (porque se convierte en *picuda*) a cierto caballero científico, profundo, elocuente, castizo en el decir y enciclopédico, aficionado aventajadísimo en el noble juego del billar, de tal manera que no parece sino que el taco y las bolas estuvieran sumisos a su voluntad.

Pero he dejado correr la pluma apartándome del fin que me proponía y no te he hablado de aquellos jinetes manchegos, flacos, galgos en rocines corredores, que a fuerza de agarrarse con muslos y piernas lograban que se les subiera pantalón y calzoncillo y exhibían a las miradas de la comunidad pantorrillas tan sumamente delgadas y huesosas que parecerían bolillos si no estuvieran adornadas de velos; y otros sujetos vi esa tarde mofletudos y *mushudos* que ocultaban con sus masas la silla en que iban sentados, y otros tan tiesos; estirados, sudorosos y jadeantes que parecían ellos ser los caballos y no los jinetes; y caballeros contemplé con sombrero cenizo alto y la levita de ceremonia batiendo sus faldillas contra las ancas del caballo; y no faltaban individuos de sotana arremangada con sombreros de teja, cosa que me chocó en extremo, creyendo que no lo permitía me aseguraron mis amigos que no estaba prohibido, puesto que muchas veces habían visto a monseñor Roque Cocchía haciendo lo mismo.



Había caballeros en mulos y mozos que llevaban pistolas, como si fueran de viaje, armando un ruido bastante desagradable y jóvenes vestidos con esmero cabalgando en jacos esqueléticos y mal enjaezados; y otros vi, en vistosos y soberbios alazanes, tan rechonchos, tan feos y tan repulsivos, que se dijera que los nobles brutos se sentían avergonzados de llevarlos encima, y vi también, seres humanos tan diminutos montados en caballos tan grandes, que parecían títeres saltando; y vi también muchachos de todas edades y tamaños doblando esquinas a carrera tendida, rompiendo aceras, armando alboroto y casi estropeando a los pedestres; pero no acabaría hoy si fuera a describirte todos los tipos que esa tarde con los trotes y galopes de sus caballos envolvían en polvo esta ciudad.

Pásalo bien, escíbeme con más frecuencia y créeme siempre tuyo,

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 398, 30 de abril de 1887.



24^a. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santo Domingo, City.

Mi querido Bob:

Las *bolivas* han producido su resultado, hoy hay como mil perros menos en la Cuna de América (no hablo ni de la Logia de este nombre, ni de la Imprenta, hablo históricamente del país). La Policía hizo una guerra a muerte a estos nobles y fieles cuadrúmanos y yo también les hice la guerra *a la sordina*, o mejor dicho: *a la estricnina*, y me arrepiento, porque en conciencia un animal tan útil no debía destruirse; ¡el perro es un animal muy útil, Bob! En tierra de mahometanos, como tú sabes, se le considera sagrado; al que mata un perro en Constantinopla se le castiga duramente y, sin embargo, aquí en Santo Domingo, tierra de cristianos (hay algunos judíos), cuna del catolicismo en América, se dan premios a los *mata perros*. No comprenden, como no lo comprendía yo, que el perro es el amigo más fiel que tiene el hombre. No hace muchos días aquí en Quisqueya, cuna de la civilización en el Nuevo Mundo (este país, Bob, es la cuna de las cunas, la cuna máter), se veían arrasados ignominiosamente por las calles los cadáveres aventados de chinos (perros chinos, se entiende), podencos, salos, lanudos y otras especies y yo los contemplaba con tristeza y remordimiento, pensando en la utilidad respectiva de cada uno de ellos durante su vida. Este, decía yo para mí, contemplando extático los restos inanimados de un *sato*, debió arrebatarse a los chicuelos



de su casa todo lo que les veía en la mano en materia de comida con el fin de evitarles [¡inteligente y fiel cuadrúpedo!] indigestiones y otras dolencias; este otro, pensaba yo mirando el cadáver macilento de un lanudo, debió ser un criadero de pulgas que chupaban la sangre de sus amos, economizándoles sanguijuelas, sangrías y depurativos; esotro, reflexionaba yo fijándome en el carcamal de un mastín grande y flaco, debió espantar con sus ladridos en las noches a esos *urbanos* y *silvestres* ladrones de honra que andan a deshoras por calles y esquinas, embozados hasta los ojos, con paraguas abiertos y zapatos de goma, dando silbidos y carreritas y escondiéndose en los huecos de las puertas cuando sienten venir gente y poniendo en acción aquel cuarteto de Garcilaso que dice:

*Pues a mí la traviesa Galatea
me tira una manzana, y en los bosques
corre pronto a esconderse, deseando
que antes de entrarse en ellos yo la vea.*

Todo esto por el deseo de poner en práctica aquello de:

*Flérída para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno...*

¿Y habrá quién niegue la utilidad, la fidelidad y la inteligencia del perro?

¿Pero a qué andarse en elucubraciones para probar una cosa que la práctica nos demuestra a cada instante?

En esta ciudad, no hace muchos días que a una niña le prendió fuego el vestido, y aunque acudieron a salvarla no pudieron evitar que pereciera abrasada por las llamas. Es verdad que el perro de la familia se puso a su lado y amenazaba con sus terribles colmillos a todo el que hacía ademán de acercarse a la niña, ¡indudablemente el perro es un animal muy fiel! ¿Y qué me dices Bob, del perro que llaman de San Bernardo, ese perro inteligente y filántropo (si me es permitido aplicarle ese calificativo) que con su barrilito de aguardiente atado al cuello va buscando a los caminantes que se han helado en las montañas para sacarlos de la nieve y darles calor y vida? ¡Lástima gran-



de que para aprovechar la utilidad de este noble animal sea necesario irse a vivir a la cima del Monte San Bernardo o a las elevadas cumbres del Chimborazo! Pero no queda duda de que el perro es un animal muy útil y en prueba de ello ahí está el perro de Terranova. ¿Quieres ver cuán útil es este animal? No tienes más que casarte (los matrimonios están aquí ahora a la orden del día, y no se necesita gran cosa para llevarlo a efecto) tener unos cuantos hijitos (eso es lo más fácil del mundo) alquilar una de las casitas de la Estancia del señor Damirón, o arrendar la Estancia de los Pou (pues el «recreo de Buenos Aires» murió en embrión) o irte a vivir a las orillas del lago salado (y te haces un mormón) o a la laguna de Enriquillo, si vas a este punto, trata de hacerte íntimo de Pablo Mamá; o fabricar una casita en las márgenes del Haina o hacer tu bohío en las playas de Azua como ha hecho el general Fernández, cerca de algún lago, laguna o *cachón*, de modo que puedas mandar a tus hijitos todos los días a *jugar* a la orilla del agua, diciéndoles, no como Cristo a sus discípulos «confesado los unos a los otros» algo empujaos hacia agua los unos a los otros, dejándolos solos con el perro para que un día u otro el recién nacido o el que empezará a hacer pininos o cualquiera de ellos al ir a recoger conchas o caracoles reciba un empujón del hermanito y vaya de cabeza al agua; a la gritería de los demás chicuelos acudirás, tú y tu señor (que será una madre como deben ser las madres) echando a un lado el compás con que medía las distancias de botón a botón en tus prendas de vestir, o el telescopio con que seguía el *curso de Venus*, o la esfera armilar en la cual estudiaba la posición del macho cabrío, o el aparato químico en que elaboraba las sustancias alimenticias que te habían de servir ese día, acudir también a tiempo en que el perro nade hacia la orilla con tu retoño en la boca. ¿Puede darse un animal más útil que el perro?

Y a qué silogismos, a qué raciocinios, a qué reflexiones y a qué meditaciones no entregará entonces tu cara mitad, esa hembra instruida y enciclopédica, sacerdotisa de Minerva, hija del deber; regeneradora de esta sociedad, madre de hombres y escultora (de espíritus); porque tú no te casaras con una de esas mujeres-abismos, a la antigua, cuya educación,



aunque esmerada, tiene por base la religión y la moral, pamplinas que solo la conducen a acomodarse a la sociedad en que vive dándola elementos de perturbación, es decir, hijos ignorantes, embusteros y viciosos, como somos todos los que tuvimos la desgracia de nacer de madres tan insípidas. No, tú no te casarás, repito, con una de esas deferentes al mal, que aman al marido, cuidan de la casa, rezan (¡puf, qué vejez!) cosen, bordan, tejen, cocinan (si es necesario), lavan y planchan (si eres pobre) e inculcan sentimientos religiosos a tus hijos; no, tu mujer será una mujer entera y no irá de seguro como una estúpida candorosa (cuando suceda lo del perro) con el rostro bañado en lágrimas a besar en su regocijo al cachorro y al muchacho, o a hincarse de rodillas y dar gracias a un Dios que nadie ha visto ni nadie ha oído y del cual la ciencia moderna nada dice a los entendimientos privilegiados. Ella verá en la acción del perro un efecto natural de la selección y dará el incidente motivo a un libro, escrito por ella, que trate del peso específico, del agua del *cachón* (y origen de esta palabra) en el cual cayó tu hijo, del agua que puede tragar un niño en sus evoluciones náuticas, de las combinaciones químicas que se formaron en el estómago del mismo al caerle el líquido, de la figura geométrica que hace la boca del perro cuando va a agarrar a uno que se ahoga y de todo lo que hay que hacer para que un perro de Terranova tenga ocasión de ser útil a la humanidad.

Te aseguro, Bob, que solo el temor a la hidrofobia hubiera convertido a la Policía (y a mí) en exterminadora de la raza canina; pero me arrepiento (por la parte que tomé) y tan es así que trato de hacer amistad con un perro enorme y muy feo que un caballero de París ha traído de regalo a¹...

Yo creo, Bob, que ese perro tiene sospechas de que yo instigué a la guerra contra sus compañeros porque no me mira bien; pero ese animal es útil, utilísimo a esta ciudad, porque consume como cuatro, y da a ganar dinero a las panaderías

1 Aquí habla James Cooper de Itaca, de Leandro y Hero, del jamón de Inglaterra, de colines, de paraísos y de otras miles cosas; pero en un inglés tan arrevesado y misterioso que no se puede verter al español. (Nota del traductor).



como la de Ana Jerez, donde le sirven como a un gran señor, el bocado más exquisito, y a las carnicerías del mercado, donde lo hartan de las más succulentas partes de la res. Yo no sé a qué clase pertenece, pero en su cara hay algo del *bull-dog*... ¡Ah! el *bull-dog*, ahí tienes otro perro útil; si consigues uno, busca una casa en donde halla muchas ratas y te convencerás que es un ratero de primera, y por lo tanto utilísimo.

Sin más por hoy quedo, como siempre,
Tuyo

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 401, 28 de mayo de 1887.





27^a. carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santiago de los Caballeros.*

Mi querido Bob:

Yo no pensaba venir por ahora al Cibao (así se le llama a la parte Norte de la República), pero circunstancias imprevistas me trajeron a esta ciudad más pronto de lo que yo deseaba; las circunstancias, Bob, son unas majaderas que se entrometen siempre en los asuntos de los hombres (y de las mujeres); y desvían las corrientes prósperas o adversas de su fortuna; si no hubiera circunstancias el mundo marcharía mejor y los hombres (y las mujeres) serían perfectos. Cuántas veces no hemos oído decir: «Don Fulano es un joven, muy estudioso, pero hay la circunstancia de que es un negado, vulgo bruto», «Don Zutano es un abogado muy serio, muy instruido y que sabe mucho de leyes; pero hay la circunstancia de que se lo ganan siempre en excepciones»; «Perencejito sería un escritor de primera a no ser por la circunstancia de que es amanerado»; «Mengano es honrado y buena paga, pero circunstancias ajenas de su voluntad le impiden ser exacto en el cumplimiento de sus compromisos».

** En el número 403 de *El Eco de la Opinión*, del 18 de junio de 1887, apareció una nota titulada «Jimmy Cooper» en la cual se lee lo siguiente: «Jimmy Cooper, que se encuentra visitando algunas ciudades del Cibao, ha escrito a su traductor, ofreciéndole que para el próximo número y los demás, remitirá cartas fotografiando tipos de La Vega y de Santiago, a la vez que dará algunos informes sobre las costumbres de esos lugares». (Nota del editor).



El Ayuntamiento (el ilustre) de esta ciudad hacía muchísimas casas en bien de la población, y en mal, quién sabe, pero media la circunstancia de que no tiene fondos suficientes para llevar a cabo sus proyectos.

El Gobierno es un buen gobierno (¿quién lo duda?) pero las circunstancias especiales por las que atraviesa (o que atraviesan) el país etcétera, etcétera.

¿A qué más ejemplos?

Ya te he dicho que fueron las susodichas circunstancias las que me trajeron inesperadamente a esta ciudad; esta ciudad, Bob, cuna de ... no recuerdo de quién o de qué fue cuna, pero sé que hoy por hoy es el refugio do se conserva gran acopio de espíritu público y será mañana, si no se mezclan en ello las circunstancias de marras, la primera ciudad de la Isla. Hay aquí muchos generales, pocos poetas, algunos literatos, abundancia de comerciantes, carencia de soldados, lindas mujeres, hombres feos, mozos de chispa y viejos camastrones. La mitad de la población ha encompadrado con la otra mitad. Es gente culta y de finos modales, franca y hospitalaria, de trato afable y maneras distinguidas.

La población está rodeada de fertilísimos campos y el terreno se adapta a la cría del ganado caballar, tanto que a pesar de las secas, que me informan son frecuentes, hay muchísimos caballos y *la mar* de burros.

Pero héteme hablando de Santiago sin decirte antes cómo y cuándo llegué a esta ciudad. Debí empezar diciéndote que me embarqué en la rada de Santo Domingo; ¡ay, Bob! el horrible es el desembarque, el embarque dice apártate y sin embargo (y tal vez con *embargo*) tal como la encontré (o peor quizá) se conserva la entrada del puerto. Una vez a bordo del vapor ya fue otra cosa; mis paisanos, el capitán Kelly, el Mejor Colville, me trataron a las mil maravillas, lo mismo el mayordomo Smith; noté que los dominicanos (los que no hablan inglés) sufren, un poco, sobre todo las señoras, porque no hay empleado que sepa el español; yo siento mucho esta circunstancia (siempre la circunstancia) pero no puedo evitarlo. Amanecemos en Macorís, población bastante importante y que hubiera llegado a ser una gran ciudad si la circunstancia (maldita circunstancia) de haber bajado el azúcar no hubiese estancado su progreso. Agra-



dabilísimo fue el día que allí pasé, pues encontreme con un antiguo y querido amigo mío, de quien no puedo menos que darte algunas noticias. Es este caballero un hombre franco, generoso, hospitalario y leal en la amistad. Celebra un chiste más que nadie y él mismo lanza algunos de vez en cuando. Es decididor, exagerado en los símiles y de imaginación tan viva que al expresar sus ideas enlaza de tal manera los períodos (de la oración, que en los presidenciales él no se mete) que le falta muchas veces el silencio, antes de concluirlos. De aspecto algo simpático aunque algo barrigón, tiene dientes magníficos sombreados por un espléndido bigote negro y sedoso; ojos del mismo tinte, inteligentes y expresivos. Su cabeza hermosa agracia una calvicie prematura. El conjunto de su fisonomía revela la bondad y la nobleza. Gusta (como yo) de su *pizcolabis* y tiene un excelente apetito. Fuimos, este amigo y yo, al correo a buscar su correspondencia y periódicos de la Capital, y allí me hizo notar un letrero en la puerta de la referida oficina concedido en estos o parecidos términos: «Ce proive la entrada a Todo el Mundo».

Por lo que vi no se llamaba *Todo el Mundo* mi amigo pues se entró de rondón y fuese derecho a un viejo armario que registró y revolió hasta encontrar cartas a él dirigidas, de fechas atrasadas. Quiso entonces presentarme al caballero que dirige aquella oficina, pero no lo encontramos.

Llegada la tarde, tuve a mi pesar que decir adiós a ese buen amigo y embarcarme otra vez.

La mañana siguiente me encontró en alta mar, parado en la cubierta del vapor «Ozama». Tuve la dicha de no marearme y tuve la satisfacción, el orgullo mejor dicho, de contemplar en miserable estado a la mayor parte de mis compañeros de viaje; porque es una dicha inconcebible, Bob, para el que conoce el mareo, verse, en un viaje, libre de ese penoso malestar y mostrarle a los mareados que uno se conserva impasible a pesar de la marejada. De intento me fui sobre cubierta y me puse cerca de la salida del salón, estaba de buen humor y quería charlar con alguien. A poco de estar allí parado apareció al final de la escalera un fósil viviente, alto y flaco a quien saludé muy cortésmente diciéndole: «Buenos días, caballero, linda mañana». ¡Ah! ¡oh!, exclamó este señor, llevándose ambas manos al estómago



y lanzándose como una flecha hacia la barandilla del vapor. Inmediatamente después de este anciano surgió por la misma salida la figura interesante de un joven de rostro pálido, negro bigote, lánguidos ojos y agradable continente. «Buenos días, caballero, hermosa mañana». ¡Ah! ¡oh!, exclamó también y fuese tambaleando y con las manos en el estómago a la barandilla del vapor. A este joven lo había yo visto en la Capital, acompañado casi siempre de un caballero francés; hablando siempre de negocios, vendiendo o comprando giros, negociando grandes partidas de café, rematando lotes en las vendutas y proponiendo la venta de vinos de Montferrand y de sardinas en latas.

Iba yo a observarle a ese caballero que el mar no era el elemento más adecuado a su constitución cuando se presentó a mi vista un individuo de aspecto melancólico, de grandes ojos, negros y rasgados, de hermoso bigote negro también y bien cuidado, de complexión trigueña y pálida (era en aquel momento cadavérica) delgado y de no escasa talla: «Buenos días, caballero», le dije, «agradable mañana», ¡uh! ¡oh!, dijo también, y como los otros se sujetó el estómago con ambas manos y un vaivén del buque se lo llevó a la barandilla. Ese caballero iba hasta Nueva York a comprar un tren de lavado o algo parecido. Meditaba yo sobre la manera original de salvar las distancias que empleaba ese señor, cuando llamó mi atención la presencia de un general alto y delgado, de pelo abundante pero cortado a pico, de bigote cortado a diente; de aspecto serio, ojos pequeños, vivos y expresivos. Si no me engaño, cuando estuve en Colón pasé largos ratos en compañía de este señor; al verlo exclamé: «Buenos días, caballero, hermosa...» ¡Ah! ¡oh! ¡eh! Y en dos zancadas –manos al estómago– se fue a formar allá a la susodicha barandilla. De este modo yo saludando y ellos respondiendo ¡ah! ¡oh! y llevándose las manos al estómago, conté hasta diez individuos del sexo fuerte que de pechos contra la barandilla confesaban sus culpas y desahogaban su bilis sobre las agitadas olas del mar Caribe.

Llegamos a Samaná; tú conoces, Bob, la espléndida bahía y como yo habrás contemplado estático sus apacibles y cristalinas aguas, sus ensenadas que parecen convidar al descanso, sus cicales mojando en las mansas olas las extremidades de sus pencas y sus cayos graciosos o imponentes. Esa bahía es la joya



máspreciada de Quisqueya, joya hoy abandonada y sin uso porque la joven República cubierta como está, con ese manto azul, rojo, verde y amarillo, mal luciría a las miradas del mundo, ese adorno, vestida con tan disonantes colores. Parece, Bob, que sus hijos, tratando de borrar colores, han salpicado todo el manto de tinta roja, dándole así un aspecto más feo todavía; pero mañana, si la joven arroja con desdén ese manto viejo y gastado y disimula sus encantos con una blanca túnica de ligera gasa y se adorna con los atavíos que la ofrecen la instrucción, el trabajo, la agricultura y la industria, mostrará al universo admirado su espléndida joya pulida y montada a la moderna, y afluirá gente de todas las naciones a contemplar ese prodigio de belleza.

Llegamos a Samaná y fui allí muy bien recibido. Si tuviera tiempo te describiría varios tipos que conocí; pero quizás a mi vuelta podré hacerlo.

En Samaná me embarqué en un bote y tres horas después desembarcaba en Las Cañitas o en Villa-Sánchez; de aquel punto tomé el ferrocarril y a poca máquina emprendimos viaje hacia La Vega. A unas catorce millas de aquel lugar, en Colón, llevamos un susto....

¡Colón! ¡Colón! ¿Por qué cuando te nombro se estremece mi ser y hasta me asusto cuando me acerco a ti?

Parece que dio el maquinista mucha máquina y hubo temores de descarrilamiento; el caso es que se asustaron mucho las señoras y los niños, los hombres se pusieron pálidos y lívidos algunos beneméritos y valientes generales que allí se encontraban. En vano trataba yo de calmar, con razones elocuentes, a uno de estos últimos –general que en más de un combate ha mostrado más sangre fría que un Napoleón– de nada sirvieron mis razones, juraba que no volvería a exponer su vida, que prefería el caballo.

Como a nueve millas al norte de La Vega cesan los rieles y hay que proveerse de un caballo, así lo hice. A las dos horas encontreme en la invicta y célebre Concepción de La Vega; eran las ocho de la mañana y aparecía una taza de café. Cuál no sería mi asombro, Bob, al no ver alma viviente en las calles de esta población, llegué a creer que La Vega Real hundida había vuelto a salir a la superficie de la tierra. Desmonteme del



caballo y apliqué el oído a dos o tres puertas de unas casas de regular aspecto y sentí en el interior un concierto, o desconcierto mejor dicho, de ronquidos en distintos y discordantes diapasones; la verdad, como un rayo de luz sideral, penetró en mi turbado espíritu: la población dormía y dormía profundamente puesto que roncaba. Empecé a cantar la barcarola de «Los dos virreyes» que empieza:

*Está la ciudad dormida
por las ondas arrullada...*

pero recordé que La Vega no tiene ondas sino tembladeras; aunque su cielo azul y despejado, que adornan preciosas nubes, se parece al cielo tan moderado de Nápoles. Anduvimos errantes, mi caballo y yo, buscando a alguien, en la esperanza de encontrar siquiera al norte de aquellos lares, que de seguro nos daría la bienvenida a mi caballo y a mí; no lo encontramos tampoco y supuse que soñaba acurrucado en su hamaca con la descripción pomposa que daría de la naciente Aurora, en su próximo idilio.

Sin esperanzas ya abandoné aquella ciudad; pero se hace tarde y tengo que ir a la Retreta.

Hasta otro día.

Tuyo

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 405, 18 de junio de 1887.



29^a. Carta de James Cooper a Robert Ferguson

Santiago de los Caballeros.

Mi querido Bob:

Una cosa me ha llamado mucho la atención en esta ciudad y es ver a los señores comerciantes ir y venir de un almacén a otro y entrarse en la Barbería en mangas de camisa. Creía yo que esa *negligé* se la permitía solamente mi huésped Philipot en la Capital, alguno que otro propietario de Restaurant y los mozos de ídem., en cuanto a los pulperos nada se diga, en ellos es ya una segunda naturaleza. Sin embargo, eso de andar en mangas de camisa es nada cuando pienso en la malhadada costumbre que tienen en la dicha Capital algunos caballeros (¡) (en su mayor parte solterones) de asomarse por la mañana a las ventanas, puertas y hasta en los balcones de sus casas en paños menores, sin respeto al público ni a las señoras y niñas de la vecindad, las que se ven privadas de asomarse a sus puertas y ventanas para no encontrarse con figuras tan estrambóticas y poco decentes.

¡Quién lo creyera, Bob! Algunos de estos nenes hablan y hasta escriben sobre pudor, moralidad y buenas costumbres, como si ese pudor, esa moralidad y esas buenas costumbres no estuvieran reñidas con camisillas y calzoncillos, prendas muy útiles por cierto; pero que no deben mostrarse jamás por muchísimas razones que callo. En Santiago no han tropezado mis ojos con esos espectáculos o *tableaux vivants*, y eso honra en grado sumo a la invicta hija del Yaque o sea a los hijos de la invicta hija, etc.



Hablando ayer con un caballero a quien conocí en Marilópez (extenso villorrio a la entrada de esta ciudad) me decía que la costumbre de andar sin levita ni chaleco era debida al calor excesivo de estas latitudes, «pero mi amigo» –le dije– «adopten Uds. de una vez el traje cómodo y sencillo de nuestro difunto padre Adán y tendrán más fresco». Parece que el lenguaje franco y sin rodeos que usé para emitir mi pensamiento respecto de ese particular disgustó mucho a ese señor, pues sin decir una palabra se entró en su pulpería y volvió casi en seguida con dos sables, curvos, puntudos y afilados y presentándome uno de ellos se puso en guardia con el otro; imagina tú mi asombro, Bob, al verme repentinamente faz a faz de un individuo encolerizado que trataba de clavarme no un par de banderillas en el lomo, sino un sable enorme en la barriga. No más agitada y temblorosa estaba *Temeraria* la tarde aquella en que el feroz *Muchos Pies* estuvo a punto de meterle el cacho. No hubo para mí, como para ella, público compasivo que gritara: ¡fuera!, ni yo tampoco hubiérame mostrado tan dócil y tan obediente a la primera insinuación, pues eso habría sido dar un público mentís a mi alías; pero como yo no soy temerario, ni me encontraba en una plaza de toros, ni tenía capas de dos varas de largo por cuatro de ancho para taparle los ojos a mi antagonista y echar a correr, ni payaso de poca chispa que le llamara la atención, ni burladero alguno en que meterme; ni se me ocurrió tampoco echarla de joven fuerte y ágil y saltar por tablados exponiéndome a quedar con las piernas colgando en el vacío repicando con las puntas de mis botas en el tablado al son de los silbidos, rechiflas, gritos, carcajadas y algazara de los muchachos, como les sucedió –según me cuentan– a dos respetabilísimos señores el domingo último en la plaza de toros en la Capital; ni por un momento se me ocurrió sacar mi revólver y empezar a tirar como un loco sin cuidarme de que pudiera matar o herir a una o más personas; no pudiendo hacer nada de lo que te digo tuve que apelar a la oratoria. Puse el sable a un lado, saqué del bolsillo un discurso (siempre llevo uno conmigo, sin exordio ni peroración para adaptarlo a cualquier asunto en un caso dado), me puse mis espejuelos de oro y cristal de roca, atusé mi pequeño bigote, torciendo sus puntas de manera que colgaran hacia los ojos y tratando de que



ningún pelito viniera a hacerme cosquillas en los labios, hice que estos desplegaran una casi-sonrisa, di a mis ojitos una expresión de tierna gravedad, aspiré cantidad suficiente de aire en los pulmones, contraí la laringe, aunque dejando franco el orificio de la tráquea, para evitar sonidos guturales, dejé descansar la lengua contra los dientes para que no se escaparan tonos nasales y recogiendo los labios de modo que mi voz saliera flexible, dulce, clara, justa y musical empecé así:

«Enfurecido señor, señoras, respetables señores» (ya se había reunido allí muchísima gente, parecía aquello una velada artística o un centro de Unión Iberoamericana) «todo tiende a su objeto; el cacho del toro a la cintura del capeador, el diente del fiel mastín al fondillo del nocturno caco, el sediento labio al biberón repleto, a causar daños el maldito revólver, el fiado al no pagar, el ocioso a interrumpir el trabajo de los ocupados, las muchachas al matrimonio, los solterones a los amoríos sin compromiso, el peguero al convite, el guagüero a la dádiva, el fajardo al bolsillo ajeno, el vago a la calle, el Congreso a promulgar leyes (toca o malas) y como la columna de fuego que guiaba a los israelitas en las noches oscuras del desierto»...

Aquí me interrumpió una voz diciendo que esa imagen era un plagio, pues el Dr. Ponce de León y don Emilio Castelar la habían usado. A esa cobosiana indirecta enmudeció mi garganta. Afortunadamente mi adversario se había impresionado con mis palabras, el sable había caído de su diestra, sus ojos y semblante habían perdido esa expresión feroz que me hizo miedo para dar lugar a una como aureola de luz que bañaba su rostro. «Señor Cooper» —exclamó con énfasis y con voz inspirada— «dedos quisiera de marfil y rosa para pulsar las cuerdas de oro de un arpa diamantina y ni las cataratas del cielo tendrían entonces más sonoridad que mis acentos de conciliación» (aquí los aplausos de la muchedumbre ahogaron la voz del orador). «Ud. ha tocado una cuerda sensible en mi alma y siento como un torrente que me invade» (prolongados aplausos) «yo he sido comerciante, he sido panadero y me he arruinado dando de comer al pueblo en el sitio del 76 (ese es el evangelio, Bob), yo fui pitero del ejército en la batalla de Santomé (nadie lo ha puesto en duda y como es hombre verídico hay que creerlo) y



he dado siempre pruebas de patriotismo y amor al prójimo, venga un abrazo, amigo mío, yo no haré como Anteo». Nos abrazamos, echamos un *putón* (así le dicen aquí al trago) y tuve entonces oportunidad de fijarme en el caballero. Es un hombre alto y fornido, pero de rostro chigalto y seco; un Guliber con cara de liliputiense. Su fisonomía revela audacia y energía; tiene ojos vivísimos que pugnan por abandonar sus nichos; nariz napoleónica y mejillas enjutas; un observador fijándose en aquel conjunto encontraría muchos rasgos del Aquiles. A pesar de sus cincuenta años, su pelo se conserva negro, aunque comienza a escasear; de una imaginación ardiente y viva usa en sus discursos de tropel, muy enérgicos; gusta una diversión como cualquier joven y no tiene inconveniente en bailar en San Miguel; es partidario de la malilla y no muy chambón al billar. Tiene tanto carácter que no hace mucho vino la muerte por él, se negó a ir, se propuso vivir y vive y vivirá mucho todavía. No hay en el mundo hombre más honrado que él, ni aún en nuestra Itaca, Bob; ¿qué digo?, ni en la antigua Itaca que gobernó con tanta sabiduría, con tanta astucia, con tanta honradez el viajero insigne y sin reposo, padre del joven Telémaco. Este señor (el del sable, no el de Itaca) ha viajado por Europa y parece que allí tomó una invencible aversión a la corrida de toros. «No es justo –me decía– que en nuestro país se introduzca y se acostumbre al pueblo a un espectáculo tan poco edificante; ¿qué bienes le redundan al país de las tales corridas? ¿qué aprende? ¿qué satisfacción pueden experimentar los espectadores al contemplar las contorsiones de dolor que hace el toro cuando le elevan esos anzuelos agudos y penetrantes que sujetan de sus carnes las banderillas? ¿y para qué alma cristiana (o judía) puede ser motivo de gozo o de distracción ver la agonía del animal cuando le entierran la espada, agonía que demuestra en sus movimientos, en su andar, en los tropezones que da, en sus ojos contraídos y apagados porque el dolor le aguijonea las entrañas?

¿Quién no se siente pesaroso de encontrarse allí y hasta cómplice del suplicio, que presencia cuando contempla al pobre animal caer y levantarse una, dos, tres y más veces hasta derrengrarse al peso de tanto sufrimiento para no levantarse más? Y ver entonces cómo le aplican puñaladas en la nuca, puñaladas



que no son de gracia porque no cortan su agonía ni la primera ni la segunda ni la tercera muchas veces.

«Y después de tanta lucha (que él no provocó) y después de tantos tormentos inmerecidos el cadáver aún palpitante de la víctima es arrastrado ignominiosamente fuera del circo.»

Así se expresó ese señor en términos más elocuentes, por supuesto, y usando de símiles, tropos e imágenes que erizaban los cabellos. Concluyó recitándome unos cuartetos que había recibido de la Capital que decían así:

*El primer fruto bendito
es de la ibérica unión
el vuelo de un cigarrón
y el canto de un pajarito.*

*Ni un lagartijo siquiera
la vieja madre nos dio,
la noble anciana pensó
que necesario no era;*

*pues Quisqueya no quería
(Temeraria presunción)
una tan cruel diversión,
y un chaval le bastaría.*

*Pero aunque a nadie le cuadre
Quisqueya quiere jarana
y ¡qué buena hija! se afana,
por imitar a su madre.*

Tuyo

JIMMY

El Eco de la Opinión, No. 409, 15 de agosto de 1887.





...Otras cosas





España y Santo Domingo*

Consulado de la República Dominicana

Nueva York, 8 de agosto de 1879.

Al editor del *Herald*.

Señor:

Por algún tiempo la prensa de esta ciudad ha dado algunas noticias respecto al conflicto entre España y Santo Domingo; y ayer, por informes privados recibidos, se aseguraba que «si España bombardease a Santo Domingo, el gobierno dominicano expediría patentes de corso para los buques que apresaren los que pertenecen a España». Yo no he sabido que España haya hecho ninguna amenaza directa a Santo Domingo, ni menos que una escuadra española se espere allí; pero con respecto a las patentes de corso, el gobierno de la República, careciendo de fuerzas marítimas, está autorizado por la Constitución para expedirlas en caso de guerra extranjera. Yo no he comenzado aún a comprar armamento ni municiones, como se ha asegurado. Desde la elección y ejercicio del general Cesáreo Guillermo,

* Reproducida con la siguiente nota: «Bajo este título publica el *Herald* de Nueva York una carta que dirigió nuestro cónsul en aquella ciudad, señor Hipólito Billini, con motivo de las propagandas que circulaban acerca de la gravedad del conflicto entre España y Santo Domingo.» (Nota del editor).



como presidente, su gobierno ha venido comprando armas y municiones simplemente para el equipo del ejército. La causa del disturbio entre las dos naciones ha sido más o menos desnaturalizada por los que han hablado hasta aquí acerca del particular. Los hechos son puramente estos: Hace seis meses, a la llegada del vapor correo español a Puerto Plata, se recibió el aviso de que estaban a su bordo dos generales dominicanos, miembros del partido baecista, que iban a fomentar una rebelión en la frontera dominicana contra el gobierno existente. Las autoridades de Puerto Plata se dirigieron al cónsul español allí, pidiéndole que diese las órdenes necesarias para la entrega de dichos generales, lo que el capitán hizo, siguiendo las instrucciones del cónsul, protestando al mismo tiempo contra las órdenes de este, y no contra el gobierno dominicano. Es necesario advertir aquí que cuando el vapor hizo su entrada ante la aduana de Puerto Plata, el capitán no mencionó en la patente de sanidad, ni en la lista de pasajeros, la presencia a bordo de los dos generales. Como es sabido, estos fueron juzgados militar y sumariamente y fusilados. Mi gobierno nada ha hecho contra España, no siendo costumbre de la República Dominicana desatender a las leyes por las cuales se rigen las naciones. En todas las cuestiones internacionales, se ha conducido siempre con honra y moderación. En el presente caso, el presidente Guillermo y su gabinete sabrán salvar cual conviene su dignidad. En cuanto a nuestras conmociones políticas, se cree generalmente que los extranjeros existentes en la República y sus propiedades no son respetados. Esta es verdaderamente una grandísima injusticia. Nunca ningún extranjero ha tenido que sufrir inconvenientes, ni su propiedad ha sido violada por ningún gobierno ni ninguna revolución. El país está gozando ahora de una perfecta tranquilidad; los extranjeros están estableciéndose cada día en la República; y con las franquicias que el gobierno ha decretado a favor de los establecimientos agrícolas, el azúcar, el café y otras plantaciones están adquiriendo suma importancia. El gobierno ha pedido la autorización del Congreso para proponer a los EE. UU. un tratado de reciprocidad comercial, y la prensa dominicana está ocupándose desde hace algún tiempo en discutir el asunto. La República Dominicana ha entrado sin duda en una era de paz



y felicidad. Espero tenga usted la amabilidad de insertar esta carta en su acreditado periódico, quedando de usted atento servidor,

H. BILLINI
Cónsul dominicano

El Eco de la Opinión, No. 22, 29 de agosto de 1879.





Historia de Quisqueya

I

La historia no es drama, y es mejor que drama. Por más que para la pluralidad de los historiadores, antiguos, modernos, contemporáneos y coetáneos, no se haya tratado de otra cosa que de narrar la actividad militar de pueblos y naciones, la historia tiene por objetivo un fin más alto que la mera relación dramática de triunfos y conquistas, catástrofes y esclavitudes. Tiene por objetivo el señalamiento del punto de desarrollo orgánico, moral e intelectual a que ha llegado un pueblo cualquiera o todos los pueblos de la Tierra. En este último caso, historia universal. En el otro, particular. Particular o general, toda narración de hechos históricos se refiere necesariamente a vida, sentida, pensada y realizada, de una fracción de la especie humana, o de ella toda. Por lo tanto, no hay verdadera historia cuando se narra exclusivamente lo hecho por hombres para triunfar de otros hombres, y solo hay verdadera historia cuando se relatan todos los esfuerzos de un pueblo o nación o raza para asegurar su vida, desarrollar su entendimiento y complacer su sensibilidad, bien sean esfuerzos de brazo, de corazón o de cabeza, o lo que tanto vale, de trabajo muscular, moral o mental.

Mas aunque, desde Aristóteles, y hasta puede afirmarse que desde el mismo Herodoto, la simple razón común bastó para hacer comprender que la Historia no podía reducirse a la narración parcial de los hechos consumados por este o aquel afortunado fundador o destructor de pueblos, por este o aquel imperio poderoso, por esta o aquella raza dominante, el entusiasmo y la adulación fueron poco a poco concretando el objeto



de la historia a la relación artificiosa de las grandezas atribuidas a los conquistadores, guerreros, monarcas y demás usurpadores de libertades y derechos. Y si se trataba de la historia universal, se historiaban las guerras, conquistas, victorias, vencimientos y catástrofes, personificando triunfos y derrotas, crecimientos y decadencias; en Dios, *Señor de los Ejércitos*, cuando se trataba del pueblo de Israel, o en alguno de sus delegados, desde Moisés hasta el último de los macabeos; en Cheops, María o Sesostris, si se trataba de Egipto; en Sardanápalo, Ciro o Darío, si se historiaba la fundación o la disolución de los Imperios fundados, destruidos y refundidos en la supuesta cuna y en las cercanías de la supuesta cuna de la especie humana. Para esos historiadores, no hay más Grecia que la triunfante en Maratón y Salamina, ni otros griegos que Milcíades, Temístocles, Pericles y Alcibiades, aunque, gracias a la historia de la filosofía, y sobre todo a Plutarco, a Diógenes Laercio, y al latín obligatorio de Cornelio Nepote, se han salvado del olvido los nombres de los capitanes de la libertad, Epaminondas, Pelópidas y Filopémenes; la biografía de los tres legisladores, Licurgo, Dracón y Solón; el recuerdo de Homero, Hesíodo, Píndaro y Tirteo, la pasión trágica de Safo, el resplandor glorioso de Platón y Aristóteles, y la memoria augusta de Sócrates. Esa historia que sólo se fija en las grandes batallas y en los grandes nombres, o más bien, en los nombres ruidosos de los grandes batalladores, es la que no conoce a Macedonia, sino cuando aparecen Filipo, más bien que como discreto político, como precursor necesario de su hijo, Alejandro; la que no conoce de los celtas, sino unas cuantas anécdotas; la que solo se acuerda de la India, cuando el conquistador macedónico penetra en ella; la que reduce a la ciudad de Roma toda la historia del Lacio; y al nombre de Aníbal, toda la historia de Fenicia, y de Cartago, su colonia; la que de todo el fecundo período de la lucha social, no exhuma otros hechos que los personificados en los dos Gracos y en Espartaco; la que ignora absolutamente la existencia de aquel hormiguero de pueblos que llama bárbaros del norte cuando bloquean a Roma, y absorben al mundo antiguo, y regeneran con su savia juvenil la sociedad decrepita, y la modifican con nuevas costumbres y la transforman con su principio nuevo, el individualismo, generación espontánea del derecho de todo ser al ser



completo, en que había de fundarse la única verdadera libertad, la derivada del derecho; y la única democracia verdadera, la cimentada en el derecho de todos, en la libertad de todos, en la aptitud de todos para gobernarse y administrar sin trabas ni privilegios sus intereses.

Si no hubiera sido por Vico que, desentendiéndose de la historia aduladora o entusiasta, supo no ver otra cosa que símbolos, alegorías y apoteosis en los orígenes de Roma; ¡que de un solo examen de razón echó por tierra todas las cabezas coronadas de Roma primitiva, viendo usurpadores y bandidos en donde la tradición orgullosa había visto una ordenada sucesión de hechuras del derecho divino; si no hubiera sido por Vico, la tradición caprichosa hubiera impuesto sus leyendas como historia de todos los orígenes de los pueblos y como no se hubiera ocurrido a nadie hasta el siglo xix, o quizá al pasado, ver que exposición del desarrollo de la vida de la humanidad como una manera de la historia, todos los hechos históricos de todo tiempo y lugar, y luchas habían por fuerza de corresponder a la naturaleza del ser que los producía; y que pues era y es y será hombre el productor de los hechos que constituyen la historia, al hombre en todas sus manifestaciones tenía ella que referirse, y no tan solo a su actividad brutal; y mucho menos a la brutalidad genial de tales o cuales monstruos brotados de la profundidad del Asia, como Atila y Gengis Kan; o de la oscuridad de Macedonia, como Filipo y Alejandro; o de la podredumbre de Roma imperial, como Nerón y aún más Tiberio; o de las pasiones de una sociedad, como Napoleón; o de las monstruosidades de la hipocresía, como Felipe II; o del fanatismo de un propósito, como Gustavo Adolfo; o de la personificación de una barbarie, como Rosas y otros bien aludidos del salvajismo victorioso en muchas sociedades de la América latina.

Teniendo la historia que referirse a todas las manifestaciones del ser humano, solo es bueno y exacto aquel relato histórico que comprende todo lo sentido, pensado y realizado por la sociedad a que se refiere. En ese sentido, la crónica indigesta de algunos reinados de España, Francia, Nápoles, etc. es superior a la mayor parte de las historias universales, generales y particulares que corren en manos de escolares y de indoctos, porque, al menos, dan una idea completa, aunque la den desordenada,



del estado social, moral y material de la época que abarcan. Sea ejemplo las *Memorias del duque de Saint-Simon*, que no son en realidad otra cosa que la crónica del reinado de Luis XIV. Ningún historiador, incluso Voltaire, ha conseguido presentar tan viva, tan exacta, tan fotográficamente, aquel rey-estómago, llamado rey-sol; a aquella familia real, que era pura grosería y sensualismo; aquellos cortesanos orgullosos, que eran mera espina dorsal siempre encorvada; aquellos *genios* literarios y artísticos que, a fuerza de cortesanos, no supieron elevarse casi nunca a hombres; aquel pueblo entero que, estando nada más que a dos reinados de la gran revolución, no sabía más que estar arrodillado.

Aún así, no es el palaciego despechado de Luis XIV, el mejor historiador; pero entre él, que azota a un endiosado, y Thiers, que en volúmenes magníficos endiosa a un corruptor de su país, Saint-Simon es mejor historiador, pues se mantiene en la realidad de la naturaleza humana, que el endiosador de Napoleón viola, adultera, violenta y desencamina. Los hombres de Saint-Simon son muchísimo más hombres que los *genios* de Thiers. Con las *Memorias* del uno se reacciona contra el *Consulado* y el imperio del otro. El uno libre enseña a ser digno; el otro, a ser indigno. ¿Cuál de los dos será historia mejor? El primero, porque, independientemente del estudio de los hechos, corresponde con mayor exactitud a la verdad moral, que es el fondo *necesario* de la historia particular o general.

Estas desordenadas reflexiones, que por desordenadas convienen al ingenio dejar ir de la pluma en los escritos de periódicos, convienen también al examen que nos proponemos hacer de la *Historia de Santo Domingo* que el señor José Gabriel García ha publicado y esperamos que completará.

II

El señor J. G. García no ha seguido el triste procedimiento que censuramos en el artículo anterior. Sus *Memorias* y su *Compendio de la historia de Santo Domingo* obedecen a un criterio más elevado y desarrollan un concepto más racional de la Historia. En las *Memorias* como ciudadano, y en el *Compendio* como guía de la juventud, ha abarcado un horizonte más extenso.



Esto es tanto más loable, cuanto que, fundador como puede considerársele de los estudios históricos en su patria, ha sentado un precedente que consultarán con fruto los que continúen su patriótica tarea y que harán de la historia de Quisqueya un todo más conexo y más completo que sería la historia patria, si él hubiera empezado por reducirla a la narración de hechos dramáticos.

No faltan, por cierto, en sus trabajos: que el dolor ha sido patrimonio de esta tierra miseranda, y desde el día mismo en que se reveló a Colón hasta el día en que se disputa la autenticidad de los restos de Colón, el pueblo autóctono y el pueblo trasplantado han tenido que regar con lágrimas y sangre el suelo risueño de la patria. Mas si era posible prescindir del drama en la vida luctuosa y en la siempre sangrienta sucesión de tiempos que median entre el pueblo ya cadáver que agotó su existencia en el primer momento de la historia de la isla y el pueblo aun no nacido que, para darse por efectivamente nacido, necesita afirmar definitivamente la existencia que propios y extraños le disputan, el historiador de Quisqueya no ha concedido al movimiento dramático y a la actividad militante de los actores que se han sucedido en el escenario de la isla, más narración que la indispensablemente necesaria. Narradas están por él en las *Memorias* y a veces perfectamente dialogadas en el *Compendio*; allí, las patéticas escenas del primer momento histórico de la isla; aquí, todas las peripecias de las cinco primeras épocas que abarca la primera parte del *Compendio*. No por eso ha excluido el relato, y, cuando el relato le ha parecido inabordable, la mención, de cuantos sucesos del orden religioso, político, social e intelectual contribuyen al conocimiento histórico porque constituyen en realidad la vida que ha llevado en Quisqueya la porción de humanidad que ha sustituido en esta parte del territorio de la isla a aquella otra desventurada porción de humanidad en cuyo recuerdo no se fija la memoria sin que palpite indignado el corazón.

Prueba de este minucioso investigar todos los estados por que ha pasado el pueblo quisqueyano¹, es la 2ª de las épocas en

1 ¿Por qué no se ha de llegar de una vez al nombre verdadero de los habitantes de este pedazo de la isla? Santo Domingo no ha sido nunca, sino por corruptela, el nombre de esta porción de la isla; y, por lo tanto, nunca han



que el autor considera dividida la historia de su patria. En los ciento sesenta y cuatro años muertos que corresponden a esa época, oscura como la Edad Media, verdadera edad media de las sociedades constituidas en América por la conquista y organizadas por el coloniaje, en esa primera era colonial, todo quedaría reducido a paréntesis, a verdadero epitafio, a mera consignación de que «aquí vivió (*vegetó*) una fracción de la raza ibérica», si no fuera por la afortunada [...] que, no contentándose con la colisión de las dos colonias, la conquistadora y la intrusa (única peripecia que, con las invasiones marítimas altera en Quisqueya la paz sepulcral del coloniaje) ha buscado y encontrado el autor los documentos de una vida un poco menos vegetativa que la hecha por nuestra raza siempre que no está batallando y destruyendo.

En ese período, en el no menos oscuro de las guerras de principios, sostenidas por los doctrinarios monárquicos de esta parte con los doctrinarios republicanos de la otra parte de la isla, en todas y cada una de las épocas que comprende el compendio publicado, es verdaderamente rico caudal el de noticias de todo orden, y positivamente digna de alabanzas la busca paciente de datos, que revela el trabajo del Sr. García.

Cuando se reflexiona en las dificultades que, no ya por números, sino por masas, se presentan al investigador en un país cuya agitada vida se muestra, más que en nada, en la misma escasez de documentos y de datos que las continuas tribulaciones de la sociedad han hecho desaparecer o dispersarlo; cuando se piensa en la diligencia que ha tenido que emplear, en lo pequeño y en lo grande, quien, para redactar la historia de un país convulsivo como este, de seguro habrá tenido que acudir personalmente, y para la mayor parte de los hechos contemporáneos, a la fuente viva de la tradición, la ancianidad olvidadiza; cuando, en fin, se reflexiona en la tarea de descomposición y recomposición de datos que es necesario realizar antes de considerar exacto el suministrado por la memoria y la voz de más de uno, es preciso rendir homenaje de profunda y verda-

debido llamarse dominicanos sus habitantes, y puesto que hay que buscar un hombre, el mejor es el indígena. (Nota del autor).



dera estimación al capaz de arrostrar tales obstáculos y al superarlos para poner en manos de sus conciudadanos la narración verídica de la vida vivida por la patria común.

Por nuestra parte, tan efectiva es la estimación que tributamos a esa benemérita tarea, que ni siquiera nos hemos detenido en preguntarnos si es defectuosa la obra del Sr. García. Acostumbrados a reparar de una ojeada los defectos de obras y de hombres, por lo fácil de la tarea, la desdeñamos; y así como, en nuestra vida cotidiana, estamos por encima de la postrísima pasión de los censores callejeros de conductas, así, en presencia de obras de entendimiento, abandonamos a los espulgaradores el trabajo de espulgar defectos.

El Eco de la Opinión, Nos. 39-40, 7 y 14 de febrero de 1880.





Dos palabras

acerca de la disertación leída por el Dr. John Gilmary Shea en la sesión del 7 de noviembre de 1882 de la Sociedad Histórica de Nueva York

Un extranjero más rinde culto a la verdad.

El Dr. John Gilmary Shea, que ha estudiado imparcialmente el asunto, da su opinión clara y terminante, de que los restos del insigne Descubridor de América están en la Catedral de Santo Domingo. Ya la Sociedad Histórica de Nueva Jersey había expresado favorablemente la misma opinión. El *Magazine of American History*, después de traducir parte de la oración fúnebre que en honor de Cristóbal Colón pronunció el Dr. José Agustín Caballero en La Habana, el día en que se depositaron en la Catedral de esa misma ciudad los restos traídos de Santo Domingo, dice:

Terminamos aquí el asunto, y referimos al original a aquellos que deseen saber más sobre este memorable discurso, observando simplemente que existen muy pocas pruebas de que los huesos, en los que el orador tomó tanto interés, eran los del gran navegante.¹

La Real Academia de la Historia, de Madrid, dice en su informe (p. 4) que «los extranjeros espectadores del combate no ocultan su sorpresa tan cercana a la duda y guardan una prudente reserva,» olvidando sin duda que el señor Belgrano y otros en Italia no solo no han guardado reserva, sino que con argumentos irrefutables han probado que los restos exhumados en 1877 son los verdaderos restos de Cristóbal Colón.

1 Entrega de enero de 1883, p. 59. (Nota del autor).



Hasta ahora ni un solo extranjero que haya estudiado el asunto ha dado opinión favorable a los restos de La Habana. Los que no han declarado que consideran como verdaderos restos de Colón los encontrados en 1877, han guardado prudente reserva.

La Academia acepta todo lo que dice el Sr. López Prieto y haciéndose eco de groseras calumnias, cita a Juan Ignacio de Armas. El primero fue enviado expresamente a Santo Domingo, no a averiguar lo concerniente al hallazgo de septiembre, sino pura y simplemente a llenar la formalidad de un viaje allí, para negar después la autenticidad de los restos descubiertos. Y decimos que no fue a averiguar la verdad del hallazgo de septiembre, porque ya la sabía y sabía también que el que la confirmara perdía para con el Gobierno español, como le sucedió al señor Echeverry, cónsul de España en Santo Domingo. Por lo que hace al Sr. De Armas, ninguno que estudie imparcialmente la cuestión hará caso de lo que dice, y en verdad que hace reír aquello de un segundo Cristóbal Colón enterrado en el Santuario de la Catedral de Santo Domingo. Es un sueño, como dice el Dr. Shea, y tiene el Sr. De Armas que probarnos no con dichos, sino con hechos que los restos de aquel individuo fueron enterrados allí y de tal manera falsificados que pudiera pasar por los de su abuelo.

En cuanto a lo que los periódicos de aquí y en Boston dijeron sobre el asunto, nadie podía darle valor alguno; ni uno solo de esos artículos era obra de ninguno de los hombres de este país versados en historia; son obras de simples gacetilleros, dice el Dr. Shea, y nosotros añadimos que bien caro debió pagarlos el que los hizo publicar.

Los cubanos, más interesados que nadie en que se pruebe que son los de Cristóbal Colón los restos llevados a La Habana en 1795, guardan reserva y hacen bien. ¿Cuál de ellos en Cuba se atrevería a confesar verdad y decir con franqueza que los restos de Colón están en Santo Domingo? Ni aun a los ánimos españoles eso les permite ser francos en esta cuestión, recuérdase sino la reinación del Sr. Echeverry, Cónsul en Santo Domingo.

Sin embargo, los cubanos ausentes de su patria que han estudiado el asunto, los cubanos que fueron testigos oculares de los sucesos de septiembre de 1877 en Santo Domingo, admi-



ten sin duda de ningún género, que los restos encontrados son los verdaderos restos del Descubridor de América.

Para concluir: el pueblo dominicano no olvida, como lo supone la Real Academia de la Historia de Madrid, que son españoles los descendientes de Colón, y que la gloria de ese grande hombre va enlazada a la historia de España; en prueba de ello los vítores que los dominicanos daban entusiasmados de creer que los españoles hicieran una nueva injusticia al audaz Descubridor de la América negando hasta la autenticidad de sus restos. Al hombre que escribió con sus proezas una de las más brillantes páginas de la historia de la nación española y que la España de ayer dejó morir olvidado y en la inercia, la España de hoy se niega a reconocer sus verdaderos restos y pretende que se rinda homenaje a la de su hijo Diego, depositados en la Catedral de La Habana.

Nueva York, 4 de febrero de 1883.

El Eco de la Opinión, 4 de mayo de 1883.





Baní como ejemplo del deber de contribución

En la República Dominicana, sobre la cual habían llovido todas las calamidades, y sobre la cual están lloviendo ahora calamidades de otro orden, hay un pueblecito que para tener poco, no tenía iglesia. No tener iglesia entre los benditos hijos de España en América, es casi lo mismo que no tener hogar... Así está tan desasosegada la antes tranquila vida del pueblecito; así tan triste la población del valle entero.

Un día a un párroco que tenía que edificar en una casa vieja, se le ocurrió utilizar los vivos deseos de tener iglesia que se manifestaban en el desasosiego y la tristeza del pueblo y valle de Baní, y resolvió convidar a valle y pueblo a la alta empresa de la erección de un templo. Pueblo y valle contestaron con unanimidad de corazón.

Pobre el pueblo, pobre el valle; uno y otro agotados por la adversa sequía que malograba los frutos y los campos y la prosperidad del pueblo apenas podían corresponder con óbolos de plata al llamamiento de su párroco. Pero tenían voluntad, tenían corazón, tenían brazos, podían trabajar más de lo que ya de costumbre trabajaban, podían hacer el sacrificio de algunas horas en aras de la idea que los electrizaba; ya que no podían dar dinero, pueblo y valle se resolvieron a dar tiempo y trabajo.

No había nada con qué contar. La municipalidad no podía disponer de otros que aquellos pequeñísimos recursos, ni de más auxilio efectivo que el de la organización de lo que debía ser hecho. Y organizó una junta de fábrica, y trabajó; y entre él y algunos salvados de las últimas miserias, aprontaron exiguos medios para empezar la fabricación de la iglesia. Medios tan



exiguos eran, que apenas había cal, apenas había piedras, apenas había maderas, apenas ninguno de los más indispensables materiales para la construcción.

Pero las colinas circunstantes tenían piedras, la tierra comarcana es arenosa, el fondo del valle es muy selvático, y en pueblo y valle había hombres dispuestos al trabajo. Lo emprendieron, y empezó a tener la forma de algo, que debía ser algo el antes montón de escombros y de materiales.

Y entonces tuvieron envidia las mujeres; y las excelentes banilejas se dijeron: ¿por qué no habíamos de trabajar nosotras? Y fueron a la próxima cantera y al lecho del río desecado, y al vecino cerro, y llevaron sus cargas, sus óbolos, su contribución de piedras.

Y entonces tuvieron envidia los niños, y consiguieron que los maestros los despidieran diariamente una hora antes de la reglamentaria, y se iban en tropel, imitando a sus hermanas y a sus madres, a llevar al templo su tributo de piedras y arena.

Y al verlos babeaban los envidiosos abuelos, y se les fueron detrás porque se estimularon al trabajo y se estimularon a sí mismos, y cargaron piedras, arenas y cascajo.

Al ver empeñados a los venerables, artesanos y hombres de trabajo se presentaron a pedir su puesto; y para que cada cual tuviera lo suyo y no se interrumpieran los unos a los otros y la confusión interrumpiera el proseguimiento de la obra, hubo que establecer vez y hora, y los niños iban a su hora, y las damas a su vez, y todos en el momento prefijado.

Por eso, cuando el viajero llegaba a la población más hospitalaria del Sur de la República, y después de sestar, se asomaba a la plaza y oía leves toques de campana, y veía cómo con cada toque coincidía una renovación de actividad en los contornos, no tenían necesidad de que les explicaran que aquella actividad correspondía a aquellas campanadas.

A la mayor parte de los viajeros encantaba, sobre todo, aquella hora de tibio ambiente, de vaga luz, de tenues resplandores que las damas de Baní habían escogido para llevar su corvea voluntaria al templo. Y era, en efecto, un hermoso espectáculo para aquellas hermosas tardes de Baní, la continua procesión de dulces y risueñas banilejas, desde el cerro al templo y desde el templo al cerro.



Mas para el oscuro pensador del porvenir, la hora y el espectáculo más conmovedores eran aquellas sofocantes horas de la siesta y aquel tumulto de escolares que a esa hora se encaminaba a la plaza a poner su piedra en la nueva edificación.

¡Mil veces ah!... Si a todas horas y en todas partes y en toda obra de reedificación o de construcción enseñaran a poner su pedrezuela a las generaciones nuevas, ellas sabrían qué arte habrían de poner en la obra que el tiempo y el destino les encomiendan, y toda obra se levantaría, como se ha levantado el templo de Baní, sin lágrimas, sin duelos, sin sacrificios, sin fraudes, sin mentiras, como obra de bien, como obra de buena voluntad, como obra de buena fe, como obra de todos para todos, de los municipales para el municipio, de los individuos para la sociedad entera para todos y cada uno de sus componentes.

El Eco de la Opinión, No. 250, 18 de abril de 1884.





El arte pintoresco en Santo Domingo

Si nos permitimos ocupar la atención pública por algunos momentos, no es con la vana pretensión de decir algo nuevo, ni de presentar un conjunto de ideas perfecto y sistemático que sirviera de base para una empresa útil al país.

Si estos cortos renglones dieran impulso a otras inteligencias más privilegiadas, llamadas a elaborar lo que para la gloria de la nación es indispensable, nos gratularíamos de haber alcanzado nuestro objeto y de haber cumplido con la parte que nos toca en la deuda universal hacia la sociedad, la nación y la humanidad.

Observamos en la República una pléyade de talentos dedicados a las ciencias positivas y abstractas, medios para practicar y estudiarlas, colegios, profesores, etc. etc., y toda una generación de estudiantes dedicada con empeño a cultivar estas ciencias, en perpetuarlas en este suelo fértil en capacidades sobresalientes. Y aplaudimos el Estado que hace sacrificios por el adelanto del estudio, para que todo ciudadano sea un defensor de los derechos y conocedor de sus deberes en cada una, tanto como nos llena de goce el ver la avidez de la juventud por aprovecharse de estos medios que se le brindan para llegar a ser ciudadanos libres de conciencia y convicción.

Pero el espíritu nacional tiene otros medios para expresarse que el derecho, la teología, la filosofía. El arte reclama un puesto importante entre las manifestaciones de una nación, y lo vemos —con tristeza lo decimos— en un estado de abandono. La poética y la música pueden, hasta cierto grado, dispensarse la asistencia del Estado, pues los modelos clásicos y modernos



se encuentran al alcance de todo el mundo, gracias a su divulgación hecha por la imprenta. No así la pintura, para la que ni hay en este país modelo de reconocido mérito, ni la posibilidad de adquirir práctica material sin una enseñanza entendida, a menos de querer dedicar un tiempo precioso a buscar el modo de trabajar que costó muchos siglos de ensayos a los grandes maestros de la antigüedad. ¿Y qué se hace para fomentar un arte tan útil para las glorias de la República? ¡Nada, absolutamente nada! La indiferencia rayando al menosprecio es el tributo de los que se dedican a conservar hechos y retratos históricos por medio de la pintura. No solo se desconoce aquí la costumbre que en todo país civilizado se practica, de acordar al artista algunas sesiones en que hacer el retrato encargado, reduciéndole a hacer una copia de una fotografía más o menos perfecta; si no se mandan fotografías nuevas o viejas al extranjero con el encargo de hacer allí un retrato amplificado. ¡Como si el pintor o dibujante en París, Londres o Nueva York estuviera más en estado de producir un retrato bueno de la persona a quien nunca ha visto, que el de este suelo que está relacionado con la mayor parte de las familias y puede, si lo juzga necesario, en una visita refrescarse la memoria sobre sus facciones y la expresión de la cara que va a pintar.

Y esta indiferencia nos parece muy mal empleada. Hemos visto en esta Capital muchos retratos al lápiz creyón, difuminados y al óleo: los del extranjero siempre faltos de expresión, los de aquí, si no acabados con tanta maestría, siempre con más vida, más naturalidad y más individualidad.

Concluimos con manifestar nuestros deseos a favor de los pintores dominicanos: en primer lugar, un poco más de favor de parte del público que utiliza sus trabajos y además una pequeña protección de parte del Gobierno que puede con un sacrificio insignificante contribuir al establecimiento de una academia o como se quiera llamar un centro de instrucción para los alumnos.

Esto se conseguiría encargando durante un par de años a un artista competente de la enseñanza de un número de alumnos, de los cuales el más aprovechado luego se haría cargo de la dirección del establecimiento, o enviando al artista más sobresaliente a alguna academia extranjera, donde durante cier-



to número de años estudiara a costa del Estado, con obligación de formar, después de haberse perfeccionado en el arte, escuela en este país.

Decimos sacrificio insignificante, porque el Estado podría con facilidad reembolsarse de los gastos habidos por los beneficios obtenidos en dicho establecimiento.

Tal es nuestra opinión. Si encontramos eso entre nuestros ilustrados colegas, ella se verificará. Si parece ociosa, no hemos dicho nada, y paciencia.

El Eco de la Opinión, 8 de febrero de 1890.





Doctrina

I

Varias veces hemos oído exponer la opinión de que la fomentación de grandes ingenios perjudicaba a este país por distraer a los braceros del cultivo de frutos menores en *conucos*; y no ha mucho que un respetable colega publicó un artículo inspirado en esas mismas erróneas máximas. Al mismo tiempo aconsejaba el favorecer la inmigración de obreros para activar la explotación del rico suelo de este hermoso país.

Nos parecen estas ideas bastante erradas y llamadas a ofuscar las inteligencias para obligarnos a apuntar algunas nociones sobre la dirección tomada por la ciencia moderna que se ocupa de indagar la causa de los males sociales y que es la economía política.

Esta ciencia se complacía hasta hace poco en basar su sistema sobre hipótesis admitidas *a priori*, como por ejemplo: «que el capital adelantaba el salario para el trabajo», siendo al contrario, en el mayor número de casos, el trabajo el que hace el avance y produce capital en una forma determinada, antes de cobrar el valor o parte del valor de su producto en forma de dinero, que facilita el cambio por otros productos, para satisfacer las necesidades. Desde el jornalero, hasta el hombre de profesión y el rico comerciante pueden atestiguar esto, sucediendo en muy contadas excepciones que el precio convenido por algún trabajo o servicio prestado, se pague adelantado.

Estos y otros errores, que no podemos enumerar, han dado por resultado monstruosidades como la doctrina de Malthus, hoy combatida y repudiada por la generalidad de los economistas.



Estos, en la actualidad, se dan el trabajo de buscar para base del sistema, leyes naturales que se explican por la sola exposición que de ellas se hace.

Una de estas leyes es que los hombres buscan el modo más fácil de ganarse la vida. Por ejemplo, si el conuquero abandona el cultivo de los frutos menores y se dedica como jornalero al cultivo de la caña, puede estar seguro que la retribución que obtiene por este trabajo le satisface más que el del otro. Y no valdrán consejos; ni deben ni pueden emplearse medios violentos para influir sobre la dirección del trabajo.

¿Qué le importa a él que los frutos menores le cuesten más por su escasez, si saca mayor provecho de su trabajo que es su producción?

Otra ley fundamental es que la división del trabajo facilita la producción.

Eso se manifiesta en la reducción del precio en cuanto un artículo se produce en grande cantidad, y la acumulación de capital en manos del dueño de la finca o fábrica. Que la retribución alcanzada por el jornalero no aumenta sino disminuye con la facilidad de la producción y con el aumento del producto es un fenómeno que se observa en todos los países civilizados y tiene su explicación en otras causas que no tocaremos hoy por no tratar demasiado a la ligera cuestión tan importante y no extender demasiado este artículo.

Es el error de los socialistas de pedir la excesiva intervención de los gobiernos en la vida privada, haciéndolos responsables del resultado final de todas las empresas y limitando la iniciativa individual.

Mirado de este punto de vista, tampoco aprobaremos al gobierno que hiciera gastos a costa de los contribuyentes para atraer inmigrantes, que no podrían menos de hacer competencia a los hijos del país. Los inmigrados que vienen libre y espontáneamente aprovecharán, si principiando en igualdad de circunstancias, logran mejorar su posición, pues aumentarán el tráfico y el consumo con la producción. La industria que se establece con algún privilegio u otra facilidad, no tiene motivo de existir en el país y nunca se emancipará de esta protección que se le paga con el dinero de los consumidores. La libre competencia indicará pronto si una empresa tiene vida propia



o no; es decir si el sistema social no tiene algún vicio que hace inútiles los esfuerzos del honrado trabajo. La averiguación de este vicio será objeto de otro artículo.

II

Dijimos en el último número de este periódico que en todos los países civilizados los jornales de los braceros disminuyen en lugar de aumentar, con la mayor facilidad de producción que proporciona la cooperación de muchos individuos y el empleo de capital en una misma empresa. Nos proponíamos buscar la explicación de este fenómeno y vamos a tratar de cumplir con esta oferta, esperando que el indulgente lector nos siga con benevolencia, supliendo con sus propias luces cuando nos quedáramos debajo del fin propuesto. Que harto convencidos estamos de nuestra falta de aptitudes, no siempre fácil de suplir con la buena voluntad que nos inspira.

Dicen algunos que el capital se lleva la mayor parte del producto, dejando la mínima parte para la retribución del trabajo. Que el interés del capital es crecido, que no tiene razón de ser, que es un robo o expoliación del jornalero.

Negamos todas estas afirmaciones y para fundarnos en razonamientos sólidos, precisa explicar primero el significado de la palabra «capital» y la causa del interés y su justicia.

Capital son bienes, pero no todos los bienes son capital. Bienes son todos los productos del trabajo humano aplicado sobre la tierra o sobre materias primas sacadas de la tierra. No puede haber bienes sin trabajo que le produzca, de donde se sigue que debemos excluir la tierra del número de bienes; pues existe antes que el trabajo y continúa existiendo aun cuando el trabajo se interrumpa o abandone por completo. La tierra es, como el aire y el agua, con las fuerzas naturales que contienen latentes, el elemento necesario para sostener al hombre como a toda otra criatura orgánica, tanto animal como vegetal. La tierra, donde no hay población, no tiene valor; lo adquiere solo con el aumento de habitantes.

Una parte de los productores se aplica a la satisfacción inmediata de necesidades o deseos, mientras que otra se guarda



para el cambio o para ayudar de nuevo a la producción y se comprende que la primera parte no puede contarse por capital.

Así llamaremos capital solo aquellos bienes que se destinan al cambio y a facilitar la nueva producción.

La asistencia que proporciona el empleo del capital en la nueva producción vale algo, lo mismo que el empleo de un instrumento que facilita la maniobra vale algo. Pero hay otra causa más poderosa que justifica la exacción y el pago del interés: el capital empleado en reses, produce un beneficio que no es debido solo al trabajo humano, lo mismo que empleado en vino, tabaco y otros artículos que mejoran con el tiempo, cuando se les guarda en condiciones adecuadas. De ahí que el desprenderse temporalmente de un capital a favor de otro vale una retribución en proporción de lo que el mismo dueño podría producir, empleándolo en bienes como los enumerados, teniendo en cuenta el valor del trabajo, cuidado y riesgos inherentes a tales empresas. El término medio del resultado de estas empresas establece luego el interés. Separando el interés del capital invertido en cualquiera empresa, de los beneficios realizados tendremos la parte que debe repartirse entre todo el personal empleado, incluso el dueño o empresario.

Notemos antes de proseguir que el interés o sea la retribución del capital es bajo en los grandes centros, donde y cuando los jornales están bajos, y en países nuevos con escasa población están altos los jornales y el interés. De modo que subiendo y bajando simultáneamente los jornales y el interés, no es el capital el expoliador; debemos buscar otra causa que pone al capitalista en aptitud de apropiarse la parte del león del fruto del trabajo. Debemos poner la pregunta:

¿De qué proviene que, en los grandes centros industriales, existe tal competencia entre los obreros que el número de estos, no ocupados, asciende a 50,000 en Nueva York por ejemplo, según los últimos datos estadísticos? ¿Acaso no nos consta que para un salario reducido que se ofrece, se presentan mil competidores a solicitarlo?

La respuesta, con sus razonamientos para fundarla, será tratada en otro número.



III

¡La competencia entre los obreros! ¡qué frase cargada de recuerdos amargos, de miseria y llanto! Detengámonos un momento para observar los efectos de esta triste compañera en el aparentemente brillante concierto del progreso industrial.

Los nuevos inventos, las máquinas, los medios de comunicación y de transporte más y más perfeccionados, abaratan los artículos, promuévese un aumento de consumo y una época de activa demanda. La especulación entra en campaña creando aun la demanda ficticia. Los obreros están casi todos ocupados y ganan buenos jornales con que cubrir sus necesidades, sin embargo no les sobra nada, porque todavía queda un gran número desocupado que entrarían gustosos donde se presenta una vacante, impidiendo al precio de la mano de obra de subir. Los manufactureros deben aprovechar de esta competencia, so pena de verse en la necesidad de subir el precio de sus artefactos y perder el mercado.

Mientras dure esta actividad, suben por lo regular los artículos de primera necesidad a causa del consumo, que es más activo también. Pero no tarda en cambiar este cuadro risueño: acabó la estación favorable, los procedimientos se han simplificado, aumentando la producción con menos obreros algún especulador se ha traslimitado y escasea las órdenes, las ventas son pocas y los almacenes se llenan, las fábricas principian por reducir las horas, los días de trabajo, hasta que paran por completo, dejando millares de obreros en la calle, que no saben cómo ganarse el pan. De nada les vale ofrecer su trabajo a la mitad del precio; la crisis no permite al capitalista aprontar materias primas que tiene en existencia y que le causan la pérdida de intereses, pero que trasformadas en artefactos le causarían pérdidas más grandes.

El jornalero, desde el día en que se suspendió el trabajo, es víctima del hambre y de sufrimientos morales, que aumentan tanto más si tiene familia. El montepío, las sociedades benéficas ayudan a pasar estos malos tiempos a los robustos; pero ¡cuántos débiles guardan como recuerdo algún mal incurable, o caen víctima de los malos instintos y de la tentación, aumentando el número de réprobos para vergüenza de la sociedad que los produjo.



El jornalero, sin poderlo prever ni mucho menos evitar, se encuentra en estos conflictos, cuando más seguro estaba de su posición, cuando más feliz se encontraba.

Poco a poco se viene equilibrando de nuevo la marcha de los negocios, pero a un paso lento y los jornales se mantienen a un tipo bajo; tan bajo que no alcanzan sino para las necesidades más estrictas, mujer e hijos, si los hay, tienen que ayudar para ganar su parte.

Los obreros, aleccionados por las pasadas desgracias, forman uniones. Antes de que el tiempo haya bastado para reunir fondos, el jefe de la unión propone una huelga, para obtener aumento de sueldo y reducción de horas, la mayoría lo acepta diciendo que para sufrir hambre trabajando, más vale quedar ocioso. Y he aquí otra época de angustia que se inicia en condiciones mucho más desfavorables: los comités cuentan con escasos recursos que distribuyen entre los más necesitados; de las sociedades benéficas algunas se abstienen de intervenir y el público queda dividido en espectadores indiferentes y en partidarios pro y contra. Los artículos de consumo han quedado pesados en el mercado, produciendo estagnación en otras partes del mundo.

Así estamos hablando de exceso de producción, cuando hay miles y miles que no tienen lo bastante para satisfacer sus necesidades, y de exceso de población, cuando los medios de producción, lo mismo que un gran número de gente dispuesta a trabajar y de capital quedan ociosos.

Las huelgas se han mostrado ineficaces; lo único notable que han producido es la simpatía entre los obreros de las diferentes naciones manifestándose [...] efectuó por toda la Europa el día 1º de mayo próximo pasado, dando al mundo el espectáculo de una fuerza formidable, organizada hasta el punto de reunirse pacíficamente en un mismo día a la misma hora en las diferentes capitales.

De las huelgas ha surgido un medio de defensa más temible, más salvaje; una especie de excomunión con el nombre «Boycott», que se originó en Irlanda.

Un gran propietario de aquel país, llamado Boycott logró desalinearse tanto los ánimos de sus arrendatarios, que no se encontraba alma viviente que quisiera servirle en su suntuosa



casa de campo que habitaba. Pasaban la miseria más espantosa, sufrían que se les arrojase de sus miserables chozas, por no pagar la renta, pero ni el más mínimo servicio fue prestado al orgulloso ricacho, tanto que por no verse en la necesidad de hacer el mismo de cocinero y mandadero o dejarse morir de hambre, tuvo que huir de aquella comarca a la primera ciudad y alojarse en un hotel, donde no le conocían.

En sustitución de estas represalias, que causan tantos males como una guerra, los jefes prácticos de las uniones obreras en los Estados Unidos proponen la insignia del tráfico equitativo. Quieren que los establecimientos que proceden con las mismas miras humanitarias practicadas por los obreros distingan sus productos por una etiqueta uniforme que invitará al comprador a favorecerlos, con el fin de restringir los monopolios. Este método de emplear la fuerza de consumir como arma, resultará ser un medio positivo para aumentar la demanda, mientras que la huelga y el boycott son medios negativos, disminuyendo la demanda y causando disminución de producción.

Vemos, pues, en los monopolios un objeto de reprobación de parte de los jornaleros y tendremos que estudiar estos para cerciorarnos de si son o no causa de la opresión de la clase obrera.

IV

Los esfuerzos de los obreros van dirigidos a defenderse contra los monopolios. Estos son privilegios o derechos exclusivos para valerse de las oportunidades naturales y deben calificarse como usurpaciones de los pocos en perjuicio de los muchos. Los monopolios tienden a formar una clase de amos y una de esclavos y, a menos de abolirlos, veremos con la marcha progresiva de la actual civilización, desarrollarse el absolutismo en las clases opulentas y la abyección en las inferiores, hasta que en ambas el patriotismo y la humanidad queden extinguidos. Cada uno hace con el instinto de acumular dinero, y se dejará guiar por él durante toda la vida; de miedo de no tener nunca bastante, ni de estar seguro de caer en la miseria, atropellará por



no ser atropellado. El más fuerte, el más astuto, falto de conciencia, obtendrá el éxito, ¡y desgraciado del escrupuloso y débil! Le toca la suerte del último mono.

Muchos atribuyen los sufrimientos de la clase pobre a su ignorancia, vicios y gustos depravados, mientras que estas malas disposiciones deben más bien mirarse como consecuencia de la pobreza. El pobre nace con todas las desventajas; si la escasez no le causa una muerte prematura, le condena a mirar aulas y colegios de afuera. De los pocos genios naturales que se presentan, el mayor número se pierde en la lucha por la existencia y a consecuencia de las malas costumbres de los que lo rodean desde su infancia.

La caridad y la abnegación nos imponen el deber de difundir la instrucción; mas no es este el remedio radical contra la miseria. Un obrero inteligente e instruido, entre muchos ignorantes e indolentes, tendrá la ventaja sobre todos; mientras que, elevando el nivel general de la inteligencia en la clase obrera, quedarán otra vez iguales, es decir, todos obligados a trabajar por el precio mínimo que les permita mantenerse en salud y aptos para las faenas.

El monopolio que está a raíz de todos los males sociales es el monopolio de la tierra.

Esta es la gran rémora que impide al obrero buscar en la agricultura el equilibrio de los salarios. Pues va sin decirlo, que nadie trabajaría por menos de lo que podría ganar aplicando su trabajo a terceros que podrían obtenerse por nada. La propiedad en absoluto de las tierras es causa de que en todos los países y grandes centros, se encuentren terrenos incultos y solares vacíos que la especulación reserva para sacar de ellos un precio más subido, cuando haya aumentado la población.

Dad libre la tierra, es decir cobrad a cada uno la renta por la parte de ella que ocupa, o de las minas y otras oportunidades naturales de que se vale para sus negocios, para cubrir los gastos del gobierno, y estarán de más todas las otras contribuciones directas e indirectas. La abolición de la propiedad de la tierra será el medio de moralizar a la sociedad y al gobierno que ella se dé. Nadie querrá poseer tierras sin hacerlas producir todo el producto que puedan dar, cuando tenga que pagar al Estado la renta completa. Buscará jornaleros o se deshará de



los terrenos devolviendo a la sociedad lo que le pertenece y a lo que ha dado valor, puesto que sin ella la tierra no lo tiene.

En esta condición sería superfluo el favorecer la inmigración: el extranjero puesto en iguales condiciones que el indígena, teniendo todos asegurada la propiedad de sus productos, vendrían capitalistas y jornaleros, industriales y comerciantes en número suficiente para las necesidades y según los recursos del país.

Nos hemos abstenido, en cada insignificante digresión, de citar autoridades. Los versados en la materia sabrán en qué fuentes bebimos, de dónde se habrían de sacar argumentos en pro y en contra.

No nos aventuraremos a la controversia con ninguno: el periódico abre sus columnas a doctos e indoctos. Somos de los últimos y solo nos arriesgamos a someter estas apuntaciones a la apreciación del público, concluyendo con la franca declaración que toda la vida hemos sido y somos librecambistas y encontramos en la renta territorial el medio de plantear el libre cambio en beneficio de todo el mundo.

¡Abajo la protección!

¡Abajo los monopolios!

El Eco de la Opinión, 16, 23 y 30 de agosto y 6 de septiembre de 1890.





Azoterapia

No es un nuevo ensayo.

De alto merecido crédito goza ya, dentro y fuera de Francia, el útil establecimiento de aguas azogadas, fundado y dirigido en París por el reputado doctor Ramón E. Betances.

A la vista tenemos un folleto de 62 páginas, edición española de Madrid, recién salido a la luz pública, cuyo contenido se refiere a los siguientes interesantes puntos: *La gripe y las aguas azogadas; Nuevas conquistas del nitrógeno. Resumen de las indicaciones de la medicación nitrogenada.* Y en tal folleto se habla del excelente establecimiento de París en los términos que en seguida se copian:

Pero lo que ha decidido completamente a los médicos franceses a favor del nitrógeno, ha sido la fundación del establecimiento de aguas azogadas artificiales de la rue Saint Lazare, de París, y los resultados allí obtenidos bajo la dirección médica del respetable y distinguido doctor Betances, persona de grande y reconocida autoridad científica, que con su apostolado infatigable, nacido de la fe en la eficacia curativa del nitrógeno, ha conseguido para este gas un lugar preferente en la terapéutica de las enfermedades catarrales y nerviosas.

Estamos entusiasmados con la valiente cooperación del doctor Betances: *L'Expres Termal, L'Echo des Villes d'Eaux, La Revue diplomatique, la Vie parisienne*, y otros periódicos franceses, publican frecuentemente bajo su firma casos notables de asma, de



anemia, dilatación del estómago y bronquitis crónica, curados en el establecimiento de aguas azogadas de París; y en el segundo de dichos periódicos ha sostenido en septiembre y octubre una interesante polémica, de cuyo honroso término han dado cuenta los periódicos franceses y algunos españoles en la siguiente forma:

En París acaban de obtener las aguas azogadas artificialmente un triunfo tan importante como decisivo para el porvenir de esta nueva medicación. Como consecuencia de una polémica empeñada entre el director del establecimiento de París, doctor Betances, y el doctor Faralli, director de L'Idrologia e la Climatología medica italiana, sobre la eficacia curativa del azogue, han acudido dichos doctores al terreno experimental en el establecimiento de París, demostrando el doctor Betances al doctor Faralli, de un modo concluyente, en una joven de 20 años, asmática desde los diez, la beneficiosa acción del agua y de las inhalaciones azogadas, con las cuales recobró la salud perdida. Esta polémica y su resultado han tenido en París gran resonancia entre las notabilidades médicas.

A pesar de todos estos trabajos y de los que le proporciona su numerosa y brillante clientela, el doctor Betances ha tenido tiempo para acudir al Congreso Médico Internacional, donde se han discutido importantes cuestiones relacionadas con el azogue, tomando por punto de partida las recientes investigaciones del gran químico Berthelot sobre la absorción directa del nitrógeno atmosférico por las raíces de los vegetales, y una comunicación interesantísima que sobre azoterapia presentó el doctor Duhorcara, de Canterets; y una vez terminados los trabajos del Congreso, nuestro buen amigo y compañero Betances tuvo la satisfacción de recibir en el suntuoso establecimiento que dirige la honrosa visita de numerosos congresistas, entre los cuales se contaban notabilidades médicas tan renombradas como Charcot y Verneuil».

Prueba del éxito obtenido por la nueva medicación, en el citado establecimiento, la da muy honrosa, como se verá en las líneas que se transcriben, periódico tan ventajosamente cono-



cido como *Le Figaro*, de París, en su edición correspondiente al 25 de julio.

Dicen así:

Brillante tesis sostenida ayer, en la Escuela de Medicina, por el Dr. Mazery, sobre la acción terapéutica del azogue. Con su elocuencia habitual, el profesor Dieulafoy hizo el elogio de la clínica que doctamente dirige en París el Dr. Betances, en donde el azogue forma la base del tratamiento de la anemia, de las enfermedades del estómago & a. El presidente, Dr. Charcot, que ha llamado esa clínica Panticosa en París, acogió con la mayor atención las curiosas observaciones de asma y de tuberculosos presentadas por el Dr. Mazery. Felicítale por haber sido el primero en presentar, sobre este interesante asunto, una tesis tan seria, que se distingue por los hechos prácticos que contiene. He ahí, pues, la medicación nitrogenada oficialmente introducida en la Escuela de París.

Nuestras felicitaciones al discípulo, el doctor Mazery, y al maestro, el doctor Betances.

Unamos nuestros votos de cordial enhorabuena a los que dejamos consignados en honra debida al ilustrado y benemérito antillano.

El Eco de la Opinión, 27 de septiembre de 1890.





El Bill McKinley

Esa ley extraordinaria que desde hace tiempo viene conmoviendo, por sus trascendentales resultados, todos los círculos políticos y comerciales del mundo entero, por fin ha sido votada por el Congreso y el Senado norteamericanos mereciendo a la vez la aprobación del presidente.

Desde el 6 de octubre próximo pasado, la nueva ley ha sido puesta en vigor y los gobiernos de todos los países civilizados procuran ansiosos, el mejor medio de conciliar sus intereses con una ley que tanto les afecta.

A nosotros nos interesa también, y ya es tiempo que nos ocupemos algo del asunto.

He aquí lo que nos toca de más cerca, en la nueva ley:

Azúcar

Desde el día 1° de julio del año 1891 hasta el 1° de julio del año 1895, la Tesorería de Hacienda pagará con bonificación a los fabricantes de azúcar de caña, remolacha, etc. producida en los Estados Unidos lo siguiente: 2 centavos por cada libra. Cuando no tenga menos de 90 grados de polarización y de 1.374 centavos cuando tenga menos de 90 y no menos de 80 grados.

Los artículos 232, 233, 234, 235, 236 tratan de la manera como se pagarán esas bonificaciones y de las prescripciones para los productores, y después sigue la ley.



La importación en los EE. UU. queda libre enteramente de derechos, sobre maderas de todas clases, cacao, café, cocos, cabuya, cueros y azúcar que no exceda, del 2° 16 tipo holandés de color.

Al desprenderse esa nación de los derechos de los productos mencionados algún objeto favorable a sus intereses tenían que proponerse y esto se ve claro y determinadamente en la previsión que hace un artículo de esa ley y que viene a ser el punto más importante para nosotros:

Que con el objeto de conseguir tratados de reciprocidad con los Estados Unidos, azúcar, mieles, café, té, cueros u otros análogos, el Presidente tiene la facultad después del 1° de enero de 1892, si la cree conveniente, de suspender por medio de un decreto los artículos de esa ley, que se refieran a la libre introducción de esos productos, cuando cualquier país que produzca esos artículos grave con derechos de importación u otros los productos agrícolas o industriales de los Estados Unidos. Mientras dure la suspensión de la libre introducción, pagarán derechos como sigue:

Los azúcares no arriba del 2° 13 tipo holandés en color pagarán sus derechos sobre su peso polariscopio así:

«Azúcar de remolacha o caña no arriba el 2/3 tipo holandés no pesando por el telescope arriba de 75 grados pagará 7/10 de centavo por libra y por cada grado o fracción más 2 centímetros de centavo adicional por libra. Las arriba 2° y 13 y no arriba 2° 16; pagarán 1 3/8; cts. Las arriba 16 y no arriba 20 1 5/8 cts., y las arriba 2° 20 2 c. por libra.»

La miel de caña pagará 4 centavos por galón cuando pese más de 56 grados del telescope.

El café pagará 3 c. libra; el té 10 c., los cueros 1 1/2 c.

Estos son los puntos más importantes para nosotros y no hay que dudar que nuestro esclarecido Gobierno, que siempre piensa en el bienestar y progreso del país, arbitrará los medios de evitar que el Presidente de los Estados Unidos, haciendo uso



de la facultad que le da la ley, en vista de los derechos, que pagan aquí los artículos de su país, suspenda para Santo Domingo, la beneficiosísima ley de la libre introducción de nuestros azúcares, café, etc., en los Estados Unidos. Es evidente que esta medida, una vez llevada a cabo, causaría la ruina completa de nuestra industria azucarera que da tanta vida y movimiento comercial y marítimo al país, y que sobre todo constituye la existencia de miles de empleados y peones. Claro está que en este caso no podremos competir con los países que tengan la ventaja de introducir su industria y la labor de sus suelos, libres de derechos en los Estados Unidos, mientras que nosotros tuviéramos que pagarlos.

Se ve evidentemente que los Estados Unidos buscan una compensación y al exonerar en sus territorios de derechos el azúcar y otros productos de los países tropicales, pretenden con justicia que estos hagan lo mismo con los artículos que ellos producen, como son la harina, la manteca, las provisiones y otros.

Hacemos voto para que nuestro Gobierno, penetrado de la alta conveniencia que reportará un tratado de reciprocidad con los Estados Unidos, acepte como buena la mente de la ley americana, que hemos apuntado y que trabajará en este sentido, para que la industria se salve y el país realice sus sueños de progreso y bienestar.

El Eco de la Opinión, 23 de noviembre de 1890.





La petición sobre dinero

Con bastante sorpresa hemos visto publicar en un suplemento del último *Eco de la Opinión* una petición al señor Ministro de Hacienda pidiéndole la acuñación de uno o dos millones de pesos de plata con un valor de 75 centavos norteamericanos por cada peso garantizado con la libra esterlina de oro.

Si la petición se hubiera publicado al fin del mes de agosto, cuando la plata mexicana valía en Nueva York más o menos 94 centavos de oro, se hubiera podido decir algo en su favor, hoy que el valor de la plata ya ha vuelto al estado que llaman los peticionarios normal, ya no hay motivo para ello. Sin embargo, si la petición se publica todavía, seguro que el objeto principal será exponer al señor Ministro de Hacienda la poca halagüeña posición en la cual se encuentra nuestro muy respetable gremio de hacendados; y en este sentido, solamente en este, la petición tendrá la simpatía de todos los que creen como nosotros que el bienestar de la agricultura de un país es el fundamento de su prosperidad y que estando este enfermo deben sufrir y están sufriendo todos los demás ramos, como los artesanos, los comerciantes o agentes intermediarios, como la petición los titula y hasta el mismo Gobierno de un país.

En cuanto a las medidas que piden los peticionarios son fatales. Todos los países del mundo buscan la manera de mejorar su sistema monetario, introduciendo como base el oro, que hoy es el único modo para evitar las fluctuaciones de cambio, a las cuales está sujeto todo el mundo en los países que tienen moneda de plata sola.

¿Remediaría el mal la medida que piden los peticionarios?



¡No, y mil veces no!

Introduciendo una moneda de menos ley que el peso mexicano estaría aquí el tipo de cambio tanto más alto cuanto valga el nuevo peso intrínsecamente menos que el peso mexicano siempre que no sea garantizado su valor por oro de buena ley. Y ahora viene el punto principal, dicen los señores peticionarios, que el que tiene que remesar al extranjero y no consigue giros puede hacerlo en libras esterlinas que tienen un valor universal y permanente; eso sí es verdad, pero por desgracia olvidan decirnos dónde se consiguen esas libras esterlinas. ¿Quién será que tendrá que canjear por seis pesos y medio de la nueva moneda de plata la libra esterlina, cada vez que uno desea canjearlo? Señores peticionarios, tengan ustedes la amabilidad de contestarnos esta pregunta y entonces quizás en un segundo artículo volveremos a ocuparnos de este asunto.

El Eco de la Opinión, 29 de noviembre de 1890.



Mención honorífica

El Sr. doctor J. B. Dehous, distinguido médico haitiano, acaba de dar a la luz pública un interesante folleto, de 216 páginas de cuya utilidad puede juzgarse por su título.

Su título es como sigue: *Rapport sur les institutions hospitalieres et medicales d'Haiti, leur passé depuis 1804, leur état actuel.*

El autor ha tenido la galantería de dedicar sendos ejemplares de su obra a algunos respetables caballeros y periódicos dominicanos, y quien estas líneas escribe ha leído el suyo con la atención debida a un trabajo de tal índole. Y le cumple agradecer el obsequio con tanto más motivo, cuanto que el mencionado opúsculo contiene tres páginas de referencias, altamente honrosas para el pueblo dominicano.

He aquí sus conceptos vertidos al castellano:

Desde el año 1843 hasta nuestros días cesó Haití de tener alguna influencia sobre los destinos de las instituciones de la parte dominicana, porque esta, reivindicando su independencia, supo siempre mantenerla desde esa época. A partir de su independencia los dominicanos no encontraron útil comparar la clase de establecimientos hospitalarios que tenían a su cargo, con los mismos establecimientos de Haití de la cual se separaba. Antes de señalar más particularmente cuáles eran estas instituciones hospitalarias o médicas, importa saber de qué sentimiento dependían. En este sentido no debían ser consideradas solamente como obras de caridad, sino también como un estímulo



a la educación popular. En efecto, en casi todo el pueblo dominicano, la caridad no es solamente una virtud que nace de la conciencia, sino también algo así como una práctica que está sujeta a las aplicaciones de la Ciencia económica, y a los progresos de la razón. Es así que en Santo Domingo, donde estas instituciones han encontrado un terreno más apropiado a su desenvolvimiento, ellas son al mismo tiempo obras de beneficencia y de socorros mutuos y a menudo lugares de ilustración, escuelas nocturnas y aun talleres en donde se inician las profesiones. Es extraño, sin embargo, que, a pesar de semejantes disposiciones, el pueblo dominicano no pensara que lentamente se le daba una enseñanza médica, puesto que no fue antes del año 1880 que dichos estudios fueron impartidos bajo la dirección del Doctor Ponce de León en la «Casa de Sabiduría»?

Bien que el sentimiento religioso católico domina en casi todo este pueblo sin razón no excluye las obras de beneficencia, que hayan podido proceder de iniciativas o de instituciones que no vengan del culto romano. Tanto es así que la francmasonería ha podido desplegar su actividad en pro de tales obras, en el territorio dominicano, donde se encuentran logias en muchas ciudades. Se puede citar como obra de beneficencia más particularmente a la francmasonería, que tiene escuelas nocturnas, que constituyen para la clase laboriosa un progreso digno de ser notado.

Se notan aún liberalidades individuales.

Los establecimientos hospitalarios más importantes de la República Dominicana son:

La «Casa de Salud», anexa a la asistencia médica de enfermos acomodados o pobres. Las personas acomodadas son recibidas como pensionistas y clasificadas en tres categorías según sus gustos. El Estado sostiene diez plazas para los otros y envía allí sus agentes civiles y militares. De ese modo también se ha hecho la enseñanza médica desde 1885.

La «Casa de Beneficencia» recibe sesenta personas de ambos sexos y de todas clases.

El «Manicomio». Este establecimiento fue fundado como la «Casa de Beneficencia», por el virtuoso canónigo padre



F. X. Billini, quien fue también el fundador y director del colegio de enseñanza primaria y secundaria «San Luis Gonzaga».

El «Hospital de Lázaros». Este establecimiento está subvencionado por el Municipio de Santo Domingo.

La «Amiga de los Pobres» debe ser citada al lado de otras instituciones hospitalarias, pues ella no socorre solamente a los desgraciados (que son cerca de cincuenta) a los cuales da vestidos, medicamentos, asistencia médica, y en caso de necesidad a domicilio; sino que ha construido una casa para recoger los enfermos que están en última miseria y tiene instaladas veinte y cuatro camas para ellos. Hace los gastos del entierro de estos pobres. Ella se asegura de la miseria de aquellos que socorre.

El «Asilo Santa Cruz», dirigido por las Hermanas de la Exaltación de la Santa Cruz, comúnmente llamadas Hermanas de la Caridad, porque ellas instruyen y mantienen cuarenta huérfanas con la ayuda de sus limosnas cotidianas regularmente hechas dos veces por semana. El número de estas religiosas es de veinte poco más o menos.

Entre los establecimientos que (no) se encuentran en Santo Domingo, debe citarse el «Hospital de la Caridad» que está en Santiago.

En San Francisco de Macorís, «La Esperanza Cibaëña» socorre a veinte pobres todas las semanas y atiende en caso de necesidad, a darle sepultura.

El servicio de enfermería de estos establecimientos hospitalarios es a menudo hecho por devotas, y es con tal carácter que el padre Billini las tiene organizadas en cuerpo, por decirlo así, para las necesidades del Hospicio de enajenados.

El Estado apenas subvenciona estos establecimientos, y se contenta frecuentemente con suministrarles grandes locales que le conviene ver ocupados y restaurados. Dichos establecimientos están socorridos ante todo por sociedades de beneficencia, por el celo y el concurso de las familias, por los Ayuntamientos, o por la administración de Loterías. Las loterías, que se juegan semanalmente, son aceptadas como una fuente natural y forman parte de las costumbres



dominicanas, así como las serenatas en todo pueblo de origen español. Cabe repetir que la francmasonería concurre a esas obras benéficas, si no con establecimientos hospitalarios fundados por ella, con el auxilio de recursos particulares, llevando al menos socorros, no solo a sus miembros necesitados, sino aun a los individuos que, sin ser masones, recurren a su caridad. Por medio de las logias, que aquella ha establecido en muchas ciudades de la República Dominicana, despliega su caridad en pro de cuantos la soliciten.

Tan solo un dato, de los referentes a los estudios médicos, pide rectificación. El señalado con una.

Sabido es que, a raíz de la Restauración de la República, en 1867, hubo modesta escuela de medicina en el país. El Dr. Íñiguez, primero, y el Dr. Durán enseguida, tuvieron esa clase a su cargo. En ella estudiaron los licenciados Brenes, Román y Garrido, y el Dr. Alfonseca, proceden de la dicha escuela.

Años después, en 1880, durante el gobierno de Meriño, se creó el Instituto Profesional y fueron en él catedráticos de medicina y cirugía los doctores Alfonseca y Arvelo.

La «Casa de Salud», fundada por el activo Dr. G. de la Fuente, contribuyó a dichos estudios con su clínica de hospital. No fue, pues, el Dr. Ponce, sino el malogrado Dr. Fuente quien prestó desde 1883 tan útil servicio a la enseñanza facultativa de los futuros médicos nacionales.

Digno es de notarse que, aun siendo tan deficientes los estudios médicos-quirúrgicos y el servicio de hospitales en Santo Domingo, hayan merecido particular honrosa mención de un trabajo consagrado por su ilustre autor a iniciar el mejoramiento de los mismos en el vecino Haití.

Parece que Haití, en ese como en otras respectos, ocupa más bajo nivel que la República Dominicana.

El Eco de la Opinión, 21 de noviembre de 1891.



Profecías mesméricas

No es mi objeto explicar los diferentes fenómenos que presenta el magnetismo animal, ni hacer disertaciones científicas sobre la influencia del fluido transmitido de una persona a otra; ni afirmar ni negar los resultados más o menos sorprendentes obtenidos por los magnetizadores.

Voy simplemente a relatar un hecho ocurrido en estos días y que a mí mismo, que fui actor principal en el experimento, me ha dejado atónito.

Una joven, a quien acostumbro dormir para aliviarla de una neuralgia en la cara que la desespera casi todos los meses, ha resultado ser una sonámbula de una lucidez poco común.

Hacía ya unos tres meses que no la veía, cuando hace una semana me escribió suplicándome que pasara a verla, fui seguida a su casa y la encontré sufriendo horriblemente de sus dolores neurálgicos. Procedí a dormirla, logrando aliviarla a los pocos minutos. Iba a retirarme para volver más tarde a sacarla de su letargo; pero me rogó que no me fuera:

—Esta noche —me dijo— me siento más lúcida que nunca, pregúnteme cualquier cosa.

Se me ocurrió entonces interrogarla sobre los asuntos de Cuba.

—¿Qué cree Ud. sobre la guerra de Cuba?

—No me pregunte así porque voy a creer lo que Ud. cree, duérmame más y no piense Ud. para que no influya en mí.

Dila algunos pases y me propuse pensar en todo menos en la guerra de Cuba.



Debo advertir que mi sonámbula no lee periódicos y se ocupa poco o nada en lo que pasa en la vecina Antilla.

—Ahora veo claro —me dijo— queman y se van.

—¿Quiénes?

—Los cubanos.

—¿Y los españoles?

—Marchan y atacan y derrotan; pero siempre perdidosos, pues la victoria solo les proporciona muertos y heridos y enfermos y cansados.

—Siga Ud. los acontecimientos, pero cuénteme solamente lo importante.

Sucedieron momentos de silencio en los que la fisonomía de la magnetizada revelaba simultáneamente alegría, horror, tristeza, melancolía, indiferencia. A poco se levantó del asiento, se llevó las manos a los oídos y temblando de terror quiso correr; entonces la detuve y la ordené que me dijera lo que pasaba.

—Una lucha sangrienta; son fieras, pelean cuerpo a cuerpo, el humo los envuelve, hay un horrible estruendo de fusilería, de cañones, de gritos, de tambores, de cornetas. Hay un confuso amontonamiento de caballos y mulos, de hombres muertos y heridos.

—¿No conoce Ud. a nadie? ¿No distingue a alguno de los que manda?

—Sí, sí, veo uno de a caballo, es el jefe.

—¿El jefe cubano?

—No, el español.

—¿Quién es, Weyler?

—Sí, él es.

—¿Y el jefe cubano?

—Eran dos, uno de ellos está acostado al pie de un árbol a pocos pasos del campo de batalla, está herido, pero da órdenes, trata de levantarse, pero no puede.

—¿Y quién es?

—Maceo.

—¿Y el otro jefe cubano?

—No me es posible distinguirlo, está peleando confundido con los otros. ¡Ay!

—¿Qué fue?



—Ha caído del caballo.

—¿Quién?

—El jefe español.

—¿Herido?

—No, muerto.

—¿Y quién ha ganado?

—No sé, es de noche y ya no pelean. Ordéneme salir de Cuba; esto es horroroso. Mándeme a España, a cualquier parte.

—Bien, dígame lo que pasa en España.

Varios instantes de profundo letargo.

—Hable Ud.

—Los partidos, la prensa, el pueblo, todos piden segregar a Cuba del territorio español y abandonar a esos hijos ingratos a su propia suerte.

—¿Y lo hacen?

—Sí, las cortes decretan la segregación de la isla de Cuba del seno de la Madre Patria.

—Pues bien, vuelva ahora a Cuba y dígame qué es de Máximo Gómez.

Momentos de recogimiento al cabo de los cuales suspira y dice:

—Le pasa como a Moisés.

—Explíquese Ud.

—Estaba enfermo y muere la víspera de entrar en La Habana el ejército libertador.

—¿Y Maceo?

—Hágame el favor de despertarme, mi salud peligrará si continúo un instante más en este estado...

Cuento simplemente lo que ha pasado; yo mismo no sé si creer las extrañas profecías, o dudar de ellas.

El Eco de la Opinión, No. 867, 15 de febrero de 1896.





Remigio Morel

Por culpa mía...

Este carácter irresoluto mío me ha proporcionado clases y disgustos graves, todavía me horrorizo al recordar lo que me pasó una vez, debido a esa irresolución; y mi conciencia llevará eternamente el peso abrumador de una culpa que pude evitar.

Casi todos los invitados al entierro de Remigio Morel nos hallábamos reunidos en la casa mortuoria a eso de las 4 y media de la tarde, cuando empezó a llover tan recio y seguido que a poco se hicieron intransitables las calles de nuestra ciudad capital.

Los concurrentes nos fuimos apiñando en la sala, en el comedor y en los aposentos, y yo sin saber cómo me entré en el cuarto donde estaba el cadáver. Al ver aquel pobre joven, Remigio contaba apenas 25 años, sentí una pena profunda y contemplé abstraído aquel semblante lívido y hermoso que no parecía el de un muerto; hubiera querido darle vida con mis miradas. Yo no sé lo que pasaba por mí, y por qué me interesaba tanto por un individuo a quien no me habían ligado sino ligeras relaciones de amistad; es el caso que cuando los de la familia iban a poner el cadáver en el ataúd les observé –sin darme cuenta de ello– que seguía lloviendo y que era probable que el cura no fuera. Se miraron unos a otros indecisos y como extrañados de mi entrometimiento; pero la viuda, una jovencita de 18 años, entró a la sazón en el cuarto y se arrojó sobre el cadáver, cubriendo de besos el rostro inanimado del esposo, y bañándolo de lágrimas. Aquella escena me conmovió aún más de lo que estaba, y como si el semblante de aquel muerto hubiera tenido para mí una atracción irresistible, no se



escapó a mis miradas ni un beso ni una lágrima de la desconsolada esposa, por lo que pude notar que el labio inferior del cadáver se había contraído. La imaginación es rápida y enseguida achaco aquella contracción al último beso de la esposa, que fue en la mejilla del muerto. Algunas amigas la retiraron dulcemente y ella entonces con su pañuelo se puso a enjugar el llanto que sus ojos habían derramado sobre el rostro del marido, y a mí me pareció –estaba seguro– podía jurarlo en fin, que en el lagrimar izquierdo había una gota de llanto que no había caído allí, sino que de allí surgía; ella, la infeliz, nerviosa y llorando, enjugó también aquella lágrima.

Seguía lloviendo, y yo me alegraba, porque para mí aquel hombre estaba vivo, y si continuaba la lluvia lo velarían esa noche, y los otros verían lo que yo había visto o sorprenderían algún otro indicio que les infundiera la misma sospecha.

Cuando cesó de llover ya era de noche y fue necesario transferir el entierro para la mañana siguiente.

Yo no sabía qué hacer, quería comunicar a alguien de la familia lo que había visto; pero el temor de un ridículo, si todo lo que yo creía haber notado era debido a mi imaginación exaltada, me hizo callar.

Salí preocupado y nervioso de aquella casa, buscando algún amigo a quien contarle mis impresiones. Encontré a Manuel en el Club; pero tuve que esperarlo hasta que concluyeran su partida de póker, y no fue sino a las doce de la noche cuando, enterado de todo, se decidía Manuel a ir conmigo un rato al velorio. Llegados allí, logré que entrara al cuarto mortuario, en donde ya solo había algunas señoras sentadas a bastante distancia del cadáver.

Nos acercamos los dos quedos y respetuosos. Entonces yo, en voz baja, de modo que no me oyeran las mujeres, y me oyera Remigio si estaba vivo, dije: «Si estás oyendo, reconcentra todas las energías de tu voluntad y obliga a tu labio inferior a contraerse, te va en ello la vida». Manuel y yo lo miramos, lo miramos fijamente, con tenacidad, durante uno, dos tres, cinco, ocho minutos y aquel semblante permaneció impasible. Una de las señoras rodó una silla y Manuel volvió la cara; en ese mismo momento el labio inferior de Remigio se contrajo, oh, sí, se contrajo; lo recuerdo bien ahora, ¡yo lo vi! Pero Manuel



no vio nada, y aunque a fuerza de súplicas conseguí que se quedara conmigo quince minutos más contemplando el cadáver, ningún movimiento notamos en él.

Mi amigo me observó que chocaba nuestra permanencia allí, y ya en la sala, me dijo que si estaba loco, que no quería exponerse a la risa de toda la ciudad y a la aversión de una familia a quien iba a causar doble pena y tribulación con mis tonterías.

Me contó entonces que Remigio sufría desde hacía tiempo de contracciones musculares y de vértigos, seguidos de postración de ánimo y tristeza; que su muerte por lo tanto no debía sorprender a nadie. Con todo, antes de retirarnos como a las tres de la madrugada, insistí otra vez sobre mi tema y Manuel volvió a darme las mismas razones para convencerme de mi *chifladura*; en fin me preguntó ya impacientado, ¿no es la corrupción de cadáver la prueba convincente de la muerte?

Sí, si hiede, no hay más que hablar.

Pues vamos a convencernos, y fuimos y nos acercamos al muerto; y efectivamente al aproximar mi rostro al de Remigio un olor de carne corrompida mezclado al del ácido fénico me hizo retirar.

—Tienes razón, Manuel, vámonos.

Empero, yo no podía dormir, aquellas contracciones, aquella lágrima no se apartaban de mi memoria; y al mismo tiempo el olor a muerto y a ácido fénico se me había quedado pegado de la nariz, como dicen vulgarmente. Me levanté al fin, me vestí, volví al *velorio*; aquel cadáver me atraía desde lejos.

Cuando llegó el momento de ponerlo en el ataúd, yo me adelanté y lo cogí por los hombros; al soliviarlo sentí otra vez el olor a carne corrompida; pero, lo hizo el diablo, o el movimiento que di al cadáver al levantarlo, el caso fue que me pareció notar otra vez la contracción del labio. Sin embargo, ya no había que pensar en ello, el hombre estaba muerto; la corrupción lo probaba.

* * *

Seis meses después me encontraba en la «Tertulia» con un amigo, tomando un vaso de cerveza y a poca distancia de noso-



tros estaban sentados a otra mesa dos doctores en animada conversación. Uno de ellos decía: Hay supuraciones fétidas refractarias a cada desinfectante, acuérdate si no de Remigio Morel y sus oídos, que siempre le hedían, a pesar de mi tratamiento antiséptico.

Las contracciones, la lágrima, el mal olor, todas las circunstancias de aquella noche, volvieron a mi imaginación con aterradora claridad; pero mi horror subió de punto cuando el amigo que me acompañaba dijo con horripilante sangre fría:

A propósito de Remigio, me pasó con él una cosa que no me explico: yo ayudé a amortajarlo y una vez al levantarle un brazo juraría que me apretó la mano.

Al oír aquello dejé caer al suelo la copa de cerveza.

Por mi carácter irresoluto, habían enterrado a un hombre vivo.

El Eco de la Opinión, No. 871, 14 de marzo de 1896.



El rabo del diablo

En el verano de 1873 se hablaba mucho en París de una casa de juego establecida a despecho de la policía, en una de las calles que desembocan en el «Palais Royal», en donde se ganaban y se perdían sumas inmensas, al decir de la gente.

Yo hacía tiempo que estaba ocioso en la gran capital y de tal manera me había connaturalizado con los «boulevards», el «Bois» y los espectáculos públicos, que hasta me permitía fastidiarme algunas veces, y en esos momentos habría ido gustoso a la famosa casa de juego, en busca de impresiones, si hubiera podido dar con ella. Hizo la casualidad que me encontrara un día a un mexicano con quien años atrás había hecho conocimiento en Saint Thomas. Era mi conocido, si no un tahúr, un jugador, vehemente. He aquí el hombre que yo necesitaba; él debía saber de la casa en cuestión, pues había estado muchas veces en París y contaba muy buenas relaciones entre jugadores y *sportmen*. Efectivamente, no hice sino preguntarle y me dijo que frecuentaba la casa, que le había ido mal, que había perdido, jugando allí casi todo lo que tenía; y que esa noche iba a probar el desquite con cien francos que le quedaban. Le propuse que hiciéramos un *enea* y aceptó gustoso.

Esa misma noche a las diez fuimos a la casa de juego y encontramos unos treinta jugadores alrededor de una ruleta. A la cabecera de la mesa estaba el banquero y al alcance de su mano se veían montones de monedas de oro y plata y una profusión increíble de billetes de banco; yo no había visto nunca tanto dinero reunido.



El mexicano apuntaba un franco a un número y cinco a otro y perdía; ensayó después un franco y un franco, *no se daban* los números; probó los colores, tampoco era más afortunado; en fin, trató de todos modos de atraer la suerte; pero nada valió. A las doce de la noche habíamos perdido los doscientos francos y nos retiramos.

Empero, yo no estaba satisfecho, había caído en suerte a la de un hombre que estaba de malas; necesitaba probar fortuna por mi sola cuenta. Decidí entrar otra vez a la casa de juego y perdí mil francos que llevaba en el boleido; allí mismo vendí mi reloj, mi cadena, el allibe de la corbata y un anillo y todo lo perdí, si me hubieran acreditado habría perdido bajo palabra sumas que no hubiera podido pagar después. Me había entrado el vértigo, quería jugar, ganar sobre todo; pero no me quedó más recurso que retirarme.

Salí febril, no sé por qué se apoderó de mí ese afán de jugar y ganar. Yo no era rico, pero la pérdida de esa noche podía reponerla con dos meses de economía y método en mi manera de vivir, además, no me faltaban amigos en París a quienes acudir, no había por lo tanto, motivo para desesperarme, y a pesar de todo tenía calentura, delirio, sed de ganar.

Durante el trayecto, que hice a pie, del *Palais Royal* al *Grand Hotel L'Echiquier*, sito en la calle *L'Echaquier*, en donde yo me hospedaba, mil ideas fantásticas y extravagantes se me ocurrieron. Recordé la conseja tantas veces repetida de jugadores que vendían su alma al diablo, y sin darme cuenta de ello mi pensamiento iba encadenando locuras y disparates hasta llamar al rebelado arcángel y ofrecerle mi alma con tal que durante mi vida me hiciera ganar siempre en el juego.

Así delirando llegué al hotel y subí a mi cuarto; rayé con mano trémula un fósforo, de esos fósforos hediondos a azufre que en los hoteles de París son, junto con la obligada *bouquet*, el tormento de los huéspedes, y rayé con tan mala suerte que se encendieron todos los que había en la fosforera. Asustado iba a tirar del cordón rojo, que colgaba pegado a la pared al lado de la cama, para llamar; pero me contuve y apagué yo mismo los inflamados fósforos. Me eché sobre la cama, y volví a recordar la ruleta, los montones de oro y plata, y los rollos de billetes. No sé por cuánto tiempo estuve sumido en mis dislocados pensa-



mientos, cuando sentí que un fuerte olor de azufre llenaba la habitación. En la cama, hacia el lado de la pared, había algo que se pegaba de mí dándome hedor; volví la cara... ¡horror! Allí acostado, cuan largo era, desnudo, silencioso e inmóvil, estaba el diablo, el mismo diablo, allí estaba de cuerpo presente, tal cual mi abuelita me lo había descrito cuando yo era un niño, era él con su cara fea y pintoja, los pómulos salientes, los ojos colorados, pequeños y redondos, la boca hundida, la barba puntiaguda, la nariz como pico de papagayo, los cuernos, las alas de murciélago y su pata de cabra. ¿Conque no era mentira? ¿Conque existía el diablo en su horrible fealdad? Luego mi abuela tenía razón. Yo estaba helado de espanto, sin atreverme a hacer el más leve movimiento; mientras el diablo fijaba en mí sus ojos con mirada catápida y sin expresión. ¿Conque era cierto que existía el diablo? ¿Cómo dudarlo si estaba acostado conmigo? Entonces recordé que mi abuela me había dicho que haciendo la señal de la cruz y presentándosela huía el *enemigo malo*. Muy quedo, sin apartar mi vista de la suya, levanté el brazo derecho y le presenté de pronto la mano con los dedos índice y pulgar cruzados. No hizo sino verla y se levantó desapareciendo por la pared; pero quedó fuera el rabo... Nada tan atrevido como el éxito: el diablo me huía, y con la rapidez del rayo concebí la idea de vencerlo y entregarlo rendido, estropeado y mal trecho a la ciudad de París; mi fama sería universal e imperecedera. Al terror pánico que me dominaba antes había sucedido un valor extraordinario. Allí estaba todavía el apéndice largo y rojo del rey de los infiernos convidándome a la gran hazaña; lo agarré con las dos manos y tiré de él repetidas veces con fuerza, sin compasión ninguna, hasta arrancarlo del cuerpo condenado de su maldito dueño.

Cuando la gente del hotel acudió atropellada y llena de miedo a averiguar la causa del inusitado y violento repiqueteo, yo, orgulloso vencedor, empuñaba triunfante con ambas manos el rabo del diablo.





Una aventura

Yo tenía veinte años, era un joven no mal parecido, y me creía un don Juan en cuestiones de amor; eso era mi fuerte.

¡Oh! yo tenía el ojo muy perspicaz y el olfato muy fino y no desperdiciaba ocasión! Por lo que me pasó en Rusia juzgarán Uds. si era terrible y si debían los padres y los maridos inquietarse con mi presencia.

Encontrábame en Moscú en el mes de octubre de 1870, cuando oí decir que la feria de *Nishnii Novgorod* estaba ese año más animada y más concurrida que nunca. Nada, me dije, pues no tengo otra cosa que hacer, vamos a correr tierras y a buscar aventuras.

Arreglé mi viaje con un ruso que me había servido de guía durante mi estada en la santa ciudad. Ivanovitch, que así se llamaba, chapurraba el francés y mal que bien nos entendíamos.

Salimos de Moscú a las dos de la tarde muy acomodados en un trineo y bien envueltos en nuestros capotes y mantas de invierno. Esa noche pernoctamos en una aldea, en la única posada, por cierto muy llena de gente, que como nosotros se dirigía a *Nishnii Novgorod*; pero gracias a la actividad de Ivanovitch conseguimos una cama en la que nos acostamos él y yo, así nos acomodábamos casi siempre.

A los tres días llegamos a Vladimir, en donde estuvimos algunas horas solamente. Tampoco nos quedamos mucho tiempo en Viazink. En esta última ciudad tuvimos que alquilar caballos pues no se podía seguir en trineo. Ivanovitch quiso que saliéramos por la mañana muy temprano de allí para que pu-



diéramos ir a dormir a una pequeña población distante unas veintisiete leguas, entre Vlazink y Nishnii Novgorod, en la cual vivía una familia amiga suya que nos recibiría bien y nos daría buena cena y buena cama.

Echamos nuestros caballos a trote largo, no parando sino cortos momentos en las posadas del camino.

Durante el viaje mi compañero me ponderaba la sencillez de costumbres de los campesinos rusos, contándome que llegaban a la exageración en su hospitalidad. Para ellos un huésped es sagrado y todo se lo ofrecen, hasta *puesto de honor* en la cama, me decía entusiasmado. Después, demasiado tarde, comprendí yo lo que era el *puesto de honor*.

A roces me señalaba con orgullo unos letreros en la puerta de alguna cabaña que uno traducía así: *huésped en casa, Dios en casa*. En efecto, yo había notado que en dondequiera que llegábamos se mostraban los aldeanos muy solícitos con nosotros, y cuando nada les aceptábamos nos instaban tanto que teníamos que tomar siquiera una taza de té que, dicho sea de paso, no me hacía muy feliz, pues tienen una manera bastante curiosa de endulzarlo aquella buena gente: cuelga hacia el centro de la mesa una cuerda con un terrón de azúcar atado a su extremidad, y cada comensal antes de tomar el té pasa la lengua por el terrón.

Llegamos a eso de las diez de la noche al pequeño poblado, hambrientos, cansados y tiritando de frío.

Ya se habían recogido los amigos de Ivanovitch y tuvimos que llamar. Se levantó el amo de la casa y al reconocer a mi compañero pude notar la satisfacción pintada en su semblante. También se levantó la esposa, una mujer como de cincuenta años, pero hermosa y bastante conservada. Ambos parecían muy complacidos conmigo cuando Ivanovitch me presentó a ellos.

Después de la cena Ivanovitch, que me veía cansado y soñoliento, me dijo que había otros huéspedes en la casa, pero que todo se había arreglado para que yo pasara la noche lo mejor posible; que a él también le habían encontrado acomodo; y que yo dormiría acompañado. Esto último no me sorprendió pues cuando no había pasado la noche con Ivanovitch, había sido con algún extraño.



Las camas no son muy abundantes en las casas de los buenos campesinos rusos.

Di las buenas noches y, guiado por mi compañero de viaje, entré en el cuarto que se me había destinado, en donde pude distinguir, merced a la débil luz de la bujía que él llevaba en la mano, la cama y un bulto confuso acostado en ella hacia el lado de la pared. Ivanovitch, sin decir una palabra, dejó la bujía encima de una silla y se retiró; yo me desnudé prontamente, sin hacer ruido, apagué la luz, me acomodé en mi pedazo de cama y cinco minutos después dormía como un borrego.

No fue sino al otro día muy de mañana que me desperté al sentir que abrían la puerta del cuarto para salir. ¿Y quién se figuran Uds. que salía?... Una muchacha, ¡pero qué muchacha! Era como de dieciocho años, hermosa, esbelta, blanca como la nieve y bella como el amor. Miré instintivamente hacia el lado de mi cama; estaba desocupado; la muchacha había sido mi compañero de esa noche; ¡me habían dado *puesto de honor*!... Y pensar que yo me la había pasado durmiendo como un borrego, sin sospechar nada.

Ayúdenme Uds. a sentir, y juzguen si tenía yo el ojo perspicaz y fino el olfato, y si debían los padres y los maridos inquietarse con mi presencia.

El Eco de la Opinión, No. 875, 11 de abril de 1896.





Complacencia

Siempre se ha dicho, y con razón, que el dominicano es hospitalario y complaciente, sobre todo la gente del interior y más que ninguna otra la del campo. Yo mismo en más de una ocasión he gozado de la hospitalidad y complacencia de mis amigos y de personas enteramente desconocidas para mí, en mis viajes a algunos pueblos de la República.

Recordaré siempre una noche que pasé en Bayaguana por la extrema solicitud de que fui objeto, por parte de un individuo a quien nunca había visto y a quien probablemente no volveré a encontrar.

Yo llegué a aquel pueblo a las once de la mañana el 31 de diciembre de 18...; había salido poco después de la media noche de la Capital, y tenía promesa de oír la misa de año nuevo; pero deseaba estar de vuelta en casa el mismo día.

Según me informaron había para las fiestas del Cristo dos curas en la población, el párroco y otro. Uno de ellos celebraría misa a la una de la noche, ¡magnífico!, así podía yo emprender viaje después de asistir al santo sacrificio y estar en Santo Domingo al medio día o antes.

Empero, se presentaba una dificultad: había pasado mala noche, estaba rendido del estropeo del viaje y no iba a despertar. Esto decía yo a tres desconocidos de la Capital, a quienes encontré en la plaza del pueblo, los que me dijeron que no se comprometían a llamarme porque ellos mismos estaban trasnochados.

Un hombre de semblante bonachón, que nos estaba escuchando, y que por el porte me pareció de los lados de Mojarra,



se acercó a nosotros y me dijo que él se encargaba de despertarme a tiempo para la misa, dile las gracias muy agradecido de tanta amabilidad y lo llevé a enseñarle la despensa en donde entre unas diez más, había yo colgado mi hamaca, merced a la hospitalidad del señor M., quien no pudo ofrecerme mejor lugar por tener la casa materialmente atestada de huéspedes.

Era mi hamaca la sexta de la fila, de modo que había que pasar, andando a gatas, por debajo de otras cinco para llegar hasta ella; se la mostré a mi hombre y repitió su ofrecimiento, diciéndome que durmiera a pierna suelta que yo no perdería la misa.

Me acosté a las once; pero como entraban a cada momento mis compañeros de dormitorio, gente toda extraña para mí, serían como las doce de la noche cuando pude conciliar el sueño.

Bien dormido, por cierto, estaba yo cuando una fuerte sacudida que dieron a la hamaca me hizo sentar azorado.

—Amigo, —amigo, dijo el hombre en alta voz—, ¿no fue Ud. el que me recomendó que lo llamara para la misa de la una?

—Sí, ya voy.

—No, no se moleste, puede dormir otra ora hora, la misa no es sino a las dos; yo lo llamaré.

La habitación estaba a oscuras y vi al hombre que salía tropezando con todas las hamacas, molestando y despertando a más de uno de los otros huéspedes.

Yo no soy de los que se duermen enseguida una vez despertados, pasarían unos veinte minutos antes de que me volviera a dormir.

Seguramente debía de estar soñando que me encontraba dentro de un hotel en la rada de Santo Domingo, pues no me despertaron las fuertes mecidas que me daba el complacido individuo, sino cuando protestaron con sendos ajos mis vecinos de ambos lados al sentir el choque de mi cuerpo contra el de ellos.

—¿Qué es? —pregunté sobresaltado.

—Amigo, amigo —respondió mi hombre en voz aún más alta que la primera vez—, ¿no fue Ud. el que me recomendó que lo llamara para la misa de la una?

—Sí, sí, enseguida voy.



—No, no se moleste todavía, puede dormir una hora más, la misa será a las tres.

Vuelve a salir el individuo, vuelven a protestar y a maldecir los huéspedes, pero al fin se hace el silencio y logro dormirme.

No sé cómo se hizo esta vez aquel modelo de complacencias para llegar hasta mi hamaca sin despertar a nadie; el caso fue que vine a sentirlo cuando pegada su cara de la mía me decía muy quedo:

—Amigo, amigo, ¿no fue Ud. el que me recomendó que lo despertara para la misa de la una?

—Sí, yo soy, al fin no me dejará Ud. dormir.

—No, no (siempre muy quedo) ya la misa será a las cuatro; duerma sin temor, yo lo despertaré.

Como entró salió, sin despertar a los otros.

Mucho rato pasó sin que pudiera yo conciliar el sueño, pero al cabo me dormí profundamente.

Empezaba a amanecer cuando las protestas acaloradas y enérgicas de mis compañeros de aposento me despertaron. A la débil claridad del día que despuntaba pude ver a mi hombre andando agachado, dando con la cabeza contra los promontorios inferiores de los que dormían en las hamacas, acercarse a mí.

—Amigo, amigo —dijo hablando a gritos—, ¿no fue Ud. el que me recomendó que lo llamara para la misa de la una?

—Sí, gracias —dije ya incomodado—, voy a levantarme.

—No, no, venía a decirle que puede dormir hasta tarde, si quiere. Sucede que yo me recosté un rato, me cogió el sueño y en lo que dormía dijeron la misa ...

Como se ve, yo mejor que otro alguno, puedo hablar de la complacencia de la gente de nuestros campos.

El Eco de la Opinión, No. 886, 27 de junio de 1896.





Las bicicletas

Es curioso e interesante por demás, para nosotros a quienes amenaza una invasión de bicicletas, conocer el desbarajuste que a ciertas industrias ha ocasionado en los Estados Unidos el furor ciclista desde su aparición, hace cinco años.

Asegura un periódico americano, *Forum*, que se han empleado \$100,000,000 en bicicletas durante ese tiempo, perjudicando a muchos industriales.

Los fabricantes de relojes y los joyeros son los que más han sufrido con el empleo de esa enorme suma en el caballo de ruedas.

Parece que en Navidad y en los cumpleaños el regalo favorito a los varones era un reloj, y ahora es una bicicleta. Las muchachas acostumbraban ahorrar su dinero para comprar aretes o alfileres; al presente compran la máquina de correr.

La hija mimada que esperaba para el año nuevo un piano, ahora quiere bicicleta. El negocio en esos instrumentos ha disminuido de un 50 por ciento. Dicen los traficantes en muebles que las jóvenes, cuando sus padres las dejan elegir, prefieren una bicicleta a un juego de muebles de sala.

Pero sin disensión ninguna los más perjudicados son los que alquilan caballos y carruajes. Los talabarteros han tenido que apelar a la confección de sillas para bicicletas. Las academias de equitación se han convertido en escuelas de ciclismo.

Los fabricantes de cigarrillos aseguran que el negocio ha decaído mucho; se venden ahora un millón de cigarrillos menos por día, lo que atribuyen al hecho de que los ciclistas no fuman mientras andan en bicicleta.



Los cafés y restaurantes están desiertos, aún en las tardes más hermosas; todo el mundo las aprovecha para pasear en bicicleta.

Las compañías de vapores y ferrocarriles se quejan también, pues los ciclistas prefieren la máquina de dos ruedas para ir al campo y a las playas en boga, a los cómodos vapores y elegantes vagones.

Los tranvías que hacen el trayecto de las ciudades a sus contornos sienten que disminuyen sensiblemente sus entradas. En las principales poblaciones los teatros están casi vacíos en el invierno y amenazados de ruina durante el verano. Las iglesias en los pueblos pierden feligreses, por lo que algunos párrocos fabrican a la carrera departamentos para colocar las bicicletas y llamar así al deber religioso a los ciclistas.

Los zapateros ponen el grito en el cielo, porque los parroquianos que antes hacían ejercicio a pie lo hacen ahora en la endemoniada máquina, que no exige sino un calzado barato, que como no trabaja, dura muchísimo. Los sombrereros afirman que están arruinados porque los ciclistas no llevan sino gorros en la cabeza. Los sastres calculan en 25 por ciento sus pérdidas, debido a que en vez de ternos de buena ropa llevan los hombres trajes baratos de ciclistas.

Los tenderos se dan a todos los diablos porque las muchachas ya no se ocupan en vestir de telas ricas y elegantes; prefieren el paseo en bicicleta trajeada de telas de a 25 y 50 centavos yarda, a formar tertulia en casa, ataviadas lujosamente como antes. Hasta los libreros protestan de la absorbente bicicleta, ya nadie lee novelas ni ningún otro libro; falta tiempo para correr sobre las malhadadas ruedas.

Aquí en Santo Domingo va a suceder relativamente igual. Ya empiezan a sentirse los efectos del furor ciclista.

Yo he visto padres de familias, empleados a quienes no les alcanza el sueldo para vestir decentemente, informándose del precio de una bicicleta para su niña.

No hay ese mozo, por pobre que sea, que no tenga o esté en vías de tener la máquina de dos ruedas.

Viejo enclenque y flaco conozco que cree firmemente que la bicicleta le va a dar carnes y fuerzas.



A individuos gordos y pesados como bueyes, les he oído decir que van a encargar la maquinita para adquirir agilidad y soltar manteca.

En todos los hogares la bicicleta trae trastornados los sentidos de grandes y chicos.

En fin, no les digo a Uds. más; mi mujer, que casi no sale a la calle, que en su vida no ha montado sino la mecedora, me sorprendió el otro día diciéndome que puesto que íbamos a comprar una bicicleta para Gracita nuestra hija, debíamos comprar dos, para ella, mi mujer, ¡qué horror!, acompañarla en sus paseos. Pero eso no es nada, a mi suegra, lectores, a mi suegra, una vieja cegata y corpulenta, que pesa sus trescientas ochenta libras, se le ha metido en la cabeza que haciendo ejercicios en bicicleta se le aclarará la vista y adelgazará mucho.

¿Quién hubiera imaginado hace cinco años que el humilde velocípedo había de llegar a ser el vehículo de moda a fin de siglo?

¿Y a quién se le hubiera ocurrido que esa sencilla máquina de dos ruedas quebrantaría las bases económicas de importantísimas industrias?

Dios sólo sabe el papel brillante o ridículo que han de representar en el siglo futuro las tales bicicletas.

El Eco de la Opinión, No. 895, 29 de agosto de 1896.





La goleta «Providencia»

(Lo único bueno que tiene este cuento es que es histórico).

—No, ya yo no le presto dinero al gobierno —dijo el viejo Antonio, meneando la cabeza.

—Pues a mí me habían dicho que Ud. era una especie de banquero de los gobiernos.

—Eso era antes, cuando las cosas marchaban de otro modo; hoy no vale la pena el negocio.

—Pero si justamente ahora es que hay regularidad en las transacciones del gobierno; y seguramente en el pago de sus compromisos.

—Ahí está el mal, —replicó el viejo—: Ud. presta una arma y le fijan un plazo y le regatean el interés, y la Contaduría toma nota de la operación. Cumplido el plazo le pagan a uno; total dos o tres por ciento al mes de ganancia. El negocio no vale la pena. Antes era otra cosa, yo prestaba mi dinero y me lo hacía pagar doble y en muchas ocasiones, como cuando vendí la goleta «Providencia», me pagaban tres y cuatro veces.

—Cuénteme Ud. cómo fue eso de la goleta.

—En el año de 18.. tuvimos los del partido vencido que abandonar el país, yo me fui a Curazao con mi familia; antes de mi partida realicé todas las existencias de mi almacén; y no pudiendo vender la goleta «Providencia» decidí llevármela, no fueran a tomarla los contrarios para el servicio del gobierno. Pero tampoco pude venderla en Curazao, de modo que el barco vino a ser un estorbo para mí, creándome gastos, y sin saber qué hacer de él; hasta que un día se acercaron a mí unos comisionados de la Junta revolucionaria, que se había formado en la



pequeña Antilla con objeto de derribar al partido que nos había sucedido en el poder, a suplicarme, en nombre de la causa que defendíamos, que cediera la goleta para una expedición que desembarcaría cerca de Puerto Plata. Accedí a sus ruegos a fuer de buen patriota; la Junta despachó su expedición y me entregó un reconocimiento por ocho mil pesos; la goleta me había costado cuatro mil; pero en aquellas circunstancias, y dando papeles en pago, todo el mundo era generoso.

La expedición fracasó, pero eso no hace al caso; al fin triunfó nuestro partido y volvimos al país los vencedores para que se largaron los vencidos; pero yo no quería salir otra vez expulso y publiqué una manifestación declarando que volvía al país a ocuparme exclusivamente de mis negocios y que por lo tanto no tomaría parte en la política.

Instalado el nuevo gobierno reclamé el pago de los ocho mil pesos de la goleta «Providencia»; como Ud. puede considerar, el tesoro estaba exhausto; pero se decidió en consejo que yo pudiera importar mercancías hasta cubrir la suma con los derechos que causaran; se decidió también que no se tomara nota de la resolución ni se publicara, por temor de que otros acreedores pretendieran lo mismo, y así se hizo; se le dio orden verbal al interventor de Aduana y yo pude hacer mis importaciones hasta ahorrarme unos quince mil pesos de derechos.

—Magnífico negocio para Ud.

—Ya lo creo; pero la goleta me produjo algo más —continuó el viejo. Sucedió lo que yo había previsto; el gobierno cayó; vinieron los otros, y *a Curazao a comer funcke* los vencidos. Yo me quedé muy tranquilo en mi casa y nadie se metió conmigo.

Un día se presentó en mi almacén un señor empleado de palacio y me dijo: «Don Antonio, yo soy su amigo y quiero probarse; sé que tiene Ud. un documento de ocho mil pesos contra el gobierno que los otros no le pagaron; deme ese papel y dígame si Ud. se conformaría con cuatro mil pesos». Le entregué el reconocimiento y no pasaron muchos días sin que me trajera la suma ofrecida.

Pasaron seis años y vinieron después cambios continuos de gobierno. Ya yo no me acordaba de la goleta «Providencia», cuando me sorprendió una mañana un miembro del gobierno con un papel en la mano diciéndome: «Viejo, firme esto, que



al fin le van a pagar la goleta «Providencia», que Ud. cedió a la junta revolucionaria de Curazao en 18...» Firmé, y un mes después el mismo individuo me entregaba dos mil pesos asegurándome que era lo único que había podido conseguir.

—Pero viejo, entonces esa goleta fue una verdadera «Providencia» para Ud.

—Ud. lo dice y no lo sabe, mi amigo. Hubo paz por algún tiempo y el gobierno empezó a ocuparse en regularizar la contabilidad. Parece que algunos empleados de Hacienda, al ir a rendir cuentas, se encontraron con déficit y decidieron, para llenarlo, comprar documentos viejos a cargo del tesoro, a precios ínfimos; el caso fue que aquel señor que una vez me probó su amistad, dándome cuatro mil pesos por el reconocimiento de la Junta, se me apareció con el mismísimo papel a decirme que si lo endosaba a su favor me traería algo por él; y efectivamente, pocos días después me entregaba mil duros.

—Ya ve Ud. —concluyó el viejo Antonio—, que entonces marcharon las cosas de otra manera. Hoy no vale la pena hacer negocios con el gobierno.

El Eco de la Opinión, No. 895, 29 de agosto de 1896.





El secreto de un loco

Siempre he creído –y los hechos han justificado más de una vez mi creencia– que no hay ese hombre que no lleve una espina clavada en el corazón, cuando no es una saeta envenenada la que lo tortura.

A pesar de esa creencia, y a pesar de mi experiencia, el puñal implacable que atraviesa el corazón de mi anónimo Mario Zambrana, me hace estremecer de espanto, como si la punta acerada de ese puñal, atravesando su pecho, viniera a desgarrar el mío.

Mi tocayo ... aún recuerdo aquel joven apuesto, buen mozo, inteligente y decidor, de quien me despedí con un tierno abrazo, en el muelle, antes de embarcarme para el extranjero en el año de 18...; ¡éramos tan amigos! ¡nos queríamos tanto!

Volví a mi país diez años después, y, al verme rodeado de mis antiguos camaradas, eché de menos a Mario y pregunté por él. «Por ahí anda, medio loco», me respondieron. Y como yo insistiese preguntando la causa de su locura, supe que hacía tiempo que daba señales de enajenación mental; que suponían que la muerte de una niñita, hija de él, lo había trastornado; pero que era un maniático inofensivo, que había dado en saludar a todo el mundo y en mover siempre los labios como en perenne plegaria.

No pasaron muchos días sin que nos viéramos.

Iba yo una tarde de paseo por la plaza de la Catedral cuando se acercó a mí un hombre flaco, de semblante enjuto, de pelo y barba encanecidos, era él; ¡qué cambiado estaba! Nos abrazamos y conversamos sin que pudiera yo notar nada que me indicara



trastorno en su razón; solo pude observar un dejo de amargura en sus palabras, una visible melancolía en su semblante.

—¿Te han dicho que estoy loco? —me preguntó.

—No —me apresuré a responder—; lo único que dicen es que andas como ensimismado en tus pensamientos, que descuidas tu persona y tu porvenir; que rezas mucho.

—Es verdad, no hago más que rezar y pensar mucho; yo mismo a veces creo que estoy loco.

—¿Y qué te pasa?, ¿qué te ha pasado? Siempre fuimos amigos, y yo te soy tuyo todavía; quizás si yo pueda ayudarte a consolarte.

—Mañana, a las cuatro y media de la tarde, te espero aquí, —me dijo, dándome las manos y se alejó.

Al día siguiente acudí a la cita. Mi tocayo me llevó por la calle de San José, hasta los batiportes. En aquella época no había casas ni bohíos por aquel lado de la ciudad. Trepamos la muralla y anduvimos un rato saltando por sobre las portas hasta alejarnos lo bastante de la bocacalle. Nos sentamos sobre uno de los cantos, dando la espalda a la ciudad y teniendo de frente el mar.

Zambrana se quitó el sombrero y se enjugó la frente bañada en sudor.

—¿Te acuerdas de Amelia D.? —me preguntó. Veo que no sabes nada, y es extraño que no te lo hayan contado ya. Amelia no me correspondió, ella se casó con Eduardo López. Yo también me casé y tengo mujer y dos hijos. Tuve también... pero oye de una vez la narración del fatal suceso que hace de tu pobre amigo, no un loco, sino el ser más desgraciado que pisa la tierra. Tú eres el único que vas a penetrar este arcano de mi vida. Después de enterado de todo puedes denunciarme a la justicia, puedes despreciarme o compadecerme; pero necesito decírtelo, ese secreto pesa demasiado en mi conciencia.

Escucha: una noche maldita, la hembra, la que yo quería con delirio, tuvo fiebre y por más que la madre y yo le hicimos los remedios caseros que se acostumbra en esos casos, a eso de la media noche tuve que ir por un médico, la fiebre había subido mucho. Llegó este, examinó la niña, recetó y me dijo que estaba muy grave, que fuera volando a buscar la medicina y se la diera por cucharadas cada cuarto de hora hasta que él volviera por la mañana.



Yo vivía entonces en Santa Bárbara, en la penúltima cuadra de la calle de Los Plateros. Fui corriendo hasta la botica «Dominicana», en la calle del Comercio y llamé.

Volví a con la medicina, andaba de prisa, lleno el corazón de angustia y al pensar en mi pobre enfermita, cuando al llegar a la plaza del Mercado para doblar la esquina de la izquierda, sentí que un brazo se asía con fuerza a uno de los míos: era una mujer.

—¡Mario, por lo que más ames en el mundo! Acompáñame a casa: tengo miedo, han apagado los faroles; fue Dios que te puso en mi camino, vengo corriendo detrás de ti desde que saliste de la Botica.

Cuando empezó a hablar, sobresaltada, jadeante, atropellando las frases, conocí que era Amelia D., y fue tal mi asombro que por un instante olvidé que me esperaban en casa con la medicina.

—¿Y qué es esto Amelia? —le pregunté.

—Soy una loca, he querido cerciorarme de la infidelidad de Eduardo y fui a ponerme en acecho frente a la casa de la mujer de quien me han asegurado que es él el amante. No he visto a nadie, han apagado los faroles y me muero de miedo, llévame tú a casa pronto, antes que entre Eduardo.

Entonces pensé yo en mi hijita, en la medicina, en lo que el médico me había dicho y quise desasirme de aquella mujer; pero fue inútil, no se desprendía de mí. ¿Qué hacer? El tiempo urgía; pues bien, dije, vamos de prisa a tu casa, pronto, que mi hijita está grave. Yo había pensado que más tiempo pasaría discutiendo que salvando a todo correr las tres o cuatro cuadras que perdía acompañándola, ella vivía en una de las últimas casas de la Atarazana.

Se veía luz por la única ventana de la habitación de Amelia, y ya enfrente de la casa se abrió con violencia la puerta y el pedazo de calle quedó iluminado. Un hombre, Eduardo, se lanzó fuera, puñal en mano, gritando: «infames»; y ya casi pegado de mí levantó el brazo para herirme. El instinto de conservación me dio fuerza y agilidad para agarrarlo por la muñeca y evitar el golpe; logró soltarse, dio dos pasos atrás y volvió frenético sobre mí; yo di un salto hacia un lado y él tropezó con una de las piedras de la calle y cayó boca abajo. Corrí a desar-



marlo para explicarle entonces lo que pasaba, pero al voltearlo vi con horror que se había encajado el puñal hasta la cruz en el lado del corazón, estaba muerto.

Todo lo que te cuento pasó con la inconcebible rapidez del relámpago.

Al acercarse Amelia y ver muerto a su marido gritó: «¡asesino!» Aquella palabra fatídica me despertó a la realidad y a la desesperación; pensé en mi hijita enferma, en mi reputación, en el cadalso ignominioso que me esperaba, y sin saber cuándo mis dos manos apretaban la garganta de aquella infeliz. Ella hacía esfuerzos por desasirse para volver, sin duda, a gritar ¡asesino! pero yo, presa ya de una violenta agitación nerviosa, apreté con ira, apreté con fuerza, hasta soltarla exánime en el suelo.

Huí de allí y a todo correr llegué a mi casa; mi mujer me esperaba sudorosa, ¿por qué había tardado tanto? Me preguntó.

Dije que me habían detenido en la Botica preparando la receta...

Largo tiempo permanecimos en silencio Mario y yo.

Él fue el primero en hablar:

—Al amanecer del día siguiente murió mi hijita —dijo con profunda amargura—; se habría salvado si yo no me hubiera dilatado tanto con la medicina; así al menos me lo aseguró el médico.

Cuando acudieron los vecinos, a acompañarnos y a ayudarnos, se contaban unos a otros horrorizados el doble crimen de la noche anterior.

A nadie le chocó mi agitación y mi semblante contraído, todos sabían que yo idolatraba a la niñita que había muerto...

Al volver a la ciudad cabizbajos y silenciosos los dos, noté que mi tocayo rezaba y yo, pensando cómo un inocente habitante había causado tres víctimas inutilizándose para toda la vida, sin darme cuenta, repetía mentalmente las oraciones que me habían enseñado en la niñez; no parecía sino que el dardo que le atravesaba el pecho me hería a mí con su afilada lengua de acero.

El Eco de la Opinión, No. 903, 24 de octubre de 1896.



Índice onomástico

A

Acevedo (dueño de la tienda «La Esperanza») 38
 Alardo, Arturo E. 93, 133
 Alcibíades 216
 Alejandro 216
 Alfonseca, Juan Francisco
 (Alfonseca de París) 68, 153, 258
 Alix, Juan Antonio 55
 Álvarez Montañez, Manuel 68
 Amelia 288
 Américo (seudónimo de César Nicolás Penson) 56
 Anacaona 116
 Aníbal 216
 Annexy, Secundino 67-68
 Anteo 206
 Aquiles 206
 Aristóteles 97, 215-216
 Aristy, María de Regla 13
 Armas, Juan Ignacio de 224
 Arvelo, Carlos 258
 Astwood (señor) 92
 Asuncionsita (doña) 108
 Azulejo (apodo) 38

B

Bachr (míster) 120
 Bacú (apodo) 57
 Báez, Buenaventura 126
 Baldemora 169
 Barba, Antonio 62

Bass, William 115
 Bebé 108
 Beleño (apodo)
 Belgrano 223
 Berthelot, Marcelin 246
 Betances, Luis 47, 52
 Betances, Ramón Emeterio 245-247
 Billini, Francisco Gregorio 13-15, 133
 Billini, Francisco Xavier 13, 257
 Billini Hernández, Hipólito 13
 Bismarck, Otto 126
 Bobó 108
 Bolívar, Simón 126
 Bona (un tal) 116
 Bonaparte, Napoleón 217
 Boycott, Charles Cunningham 240
 Brenes (licenciados) 258
 Brígido (facineroso) 32
 Burgos (dueño de la fábrica de cigarros «El Paquete») 38, 48, 105, 176

C

Caballero, José Agustín 223
 Cabral, Marcos 62
 Cacá (las) 108
 Cambiaso 156
 Canevaro (los) 174
 Canterets 246
 Canty (míster) 115
 Caonabo 133
 Casas, Fray Bartolomé de las 133
 Castelar, Emilio 75, 126, 205



Cebalo, Francis 63
 Charcot (doctor) 246
 Cheops 216
 Ciro 216
 Cocchia, Roque 189
 Cocos (los) 108
 Colón, Cristóbal 219, 223-225
 Colón, Diego 225
 Colville (mayor) 198
 Concepcioncita (doña) 108
 Cooper (señora) 123
 Courtney (míster) 77
 Curiel, Samuel 176

D

Damirón 193
 Darío 216
 Darwin, Charles 183
 Dedé 108
 Dehous, J. B. 255
 De Lemos 156
 Delgado, Joaquín M. 136
 Del Monte, Félix María 93, 133, 145
 Delmonte, Leonardo 19
 Delvalle 145
 Dieulafoy, Georges 247
 Domínguez 156
 Douglas (míster) 148
 Dracón 216
 Drake (los) 174
 Duarte, Juan Pablo 36
 Duhorcara (doctor) 246
 Durán (doctor) 258

E

Echeverry, Manuel 224
 Enrique VIII 177
 Epaminondas 157, 216
 Espartaco 216
 Eva 18

F

Fafá 108
 Faralli (doctor) 246
 Faranta, Signor (seudónimo
 Frederick William Stempel) 67, 73
 Farrand (míster) 32, 115

Felipe II 217
 Ferrand, Louis 133
 Filipo 216
 Filopémenes 216
 Franco Bidó, Augusto 51
 Franklin, Benjamín 116
 Freitas 173
 Friné 177
 Fuente, Guillermo de la 258

G

Galván, Manuel de J. 15, 133
 García, José Gabriel 218, 220-221
 García, Rafael 81
 Garcilaso de la Vega 192
 Garrido (licenciado) 258
 Garrido, Miguel Ángel 15
 Gengis Kan, Temudjín 217
 Girardin, Emilio 74
 Gómez, Máximo 14, 261
 González, Cecilio 81
 Gracos (los) 216
 Grant, Ulises S. 146
 Gravina (los) 174
 Greenbank 97
 Guillermo, Cesáreo 13, 51, 211-212
 Gustavo Adolfo 217
 Guzmán Blanco, Antonio 126

H

Henríquez, Enrique (Amable
 Razonador) 15
 Henríquez y Carvajal, Federico 133
 Henríquez y Carvajal, Francisco
 (Cayacoa) 15
 Henry (los) 174
 Heredia, Nicolás 60
 Hernández Cuello, Juan Francisco 67
 Herodoto 215
 Herrera, Gerardo 82
 Hesíodo 216
 Heureaux, Ulises 14, 92
 Holmes (capitán) 155
 Homero 216
 Hugo, Víctor 177



I

Iandoli (cura de la Catedral) 85
 Imbert, Segundo 147
 Iníguez (doctor) 258
 Isidoro (dueño de la tienda «El
 Globo») 41
 Ivanovitch 272

J

Jerez, Ana 195
 Jiménez Hungría, Justino 51
 Juan 45
 Juanico 111

K

Kelly (capitán) 198

L

Laercio, Diógenes 216
 Lalá 108
 Ledesma, C. 71
 Lelé 108
 Lemos, Samuel de 83
 Lengel, Herr 78-80
 León, David 105, 108
 León XIII 15
 Leta 108
 Levy, Timoteo 148
 Leyba, Rafael María 101, 156, 179
 Licurgo 216
 Lili 108
 Limardo, Rodolfo Ovidio 56
 Lita 108
 Lola 108
 Lolé 108
 Loló 108
 López, Eduardo 288
 López Prieto, Antonio 218
 Lottie (mademoiselle) 81
 Lugo, Joaquín 72
 Luis XIV 157, 218
 Lulú 108
 Luperón, Gergorio 13, 146

M

Maceo, Antonio 61, 261
 Maillé 74
 Malthus, Robert 235
 Malú 22, 132
 Manuel 261
 Marchena, David 141
 Marchena, Eugenio de 82, 86, 176
 María 216
 Martínez, Manuel 64, 83
 Martínez (señor) 176
 Mauricio 48
 Mayans 109
 Mazery (doctor) 247
 Mejía, Juan Tomás 93
 Mella, Matías Ramón 36
 Melo (don) 108
 Mené 108
 Meriño, Fernando Arturo de 13, 258
 Milciades 216
 Millie (mademoiselle) 77
 Minerva 193
 Misturilli 108
 Moisés 216, 261
 Morel, Remigio 263, 265-266
 Morphis (míster) 96

N

Nelson (los) 174
 Nené 108
 Nenes (los) 108
 Nerón, Claudio César 217
 Nepote, Cornelio 216

Ñ

Ñañas (las) 108
 Ñeñés 108
 Ñoños (los) 108

P

Pablo (autor de charadas) 49
 Peguero, José (dueño de la fábrica
 de cigarros «La Unión») 38, 53
 Pélion, Petit Pierre 102
 Pelópidas 216
 Pepito (don) 108



Pérez, José Joaquín 133
 Pericles 216
 Phillipot (monsieur) 91-92, 97, 102
 Pichardo, José María 135-136
 Píndaro 216
 Platón 216
 Plutarco 216
 Pompeyo 177
 Ponce de León, Santiago 205, 256
 Pou (los) 193
 Puche, Martín 104

R

Ratto 156
 Rocha, Julián de la 73, 77, 82, 87
 Rocha, Julio de la 40, 173
 Rodhes, Ricardo G. 35
 Rojas (señor) 140
 Román (licenciado) 258
 Rosas, Juan Manuel de 217

S

Safo 216
 Saint-Simon, Pierre de 218
 Salvucio, Donato 78, 86
 Sánchez, Francisco del Rosario 36
 Santana, Pedro 126
 Santoni (dueño de la tienda «El Águila») 38
 Sardanápalo 216
 Saviñón, Francisco 59, 93
 Sesostris 216
 Shea, John Gilmary 223
 Silvie (monsieur) 97
 Simón 45
 Siriaco (don) 108
 Smith, Jolin 110
 Sócrates 216
 Solón 216
 Sturla 156

T

Tanner (doctor) 75
 Telémaco 206
 Temístocles 216
 Thiers, Louis Adolphe 218
 Tiberio, Claudio Nerón 217
 Tirteo 216
Tomasico (don) 108

V

Venus 102
 Veraguas (los) 57
 Verneuil 246
 Vicini, Juan Bautista 156
 Vico, Juan Bautista 217
 Vizcarrondo 152
 Voltaire, François Marie Arouet, llamado 218

W

Wallace, Benjamin 67, 73
 Washington, George 116
 Weyler, Valeriano 260
 William, Dos 110

Y

Yoyó 108
 Yiyí 108

Z

Zambrana, Mario 287
 Zoilo 120



Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir,* por E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño,* por E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío* (poeta, restaurador, historiador, mártir), por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones,* por Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850,* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del "Boletín" del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin. Traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez. Introducción y bosquejo biográfico del traductor por R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Rourme, Hedouville, Louverture Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi. Vol. III, C. T., 1959.



- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos* (Tomo I: 1896-1908), por José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos* (Tomo II: 1909-1916), por José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos* (Tomo III: 1917-1922), por José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*. Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano*, por Juan Vicente Flores. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos*, por Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición de A Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos*, por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos*, por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario*, por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796*, por Manuel Vicente Hernández González. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre*, de Rafael Darío Herrera (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná*, por Manuel Hernández González. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño*, compilación de José Luis Sáez. S. J. Santo Domingo, D. N. 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó / Textos selectos*. Edición de Dantes Ortiz. Santo Domingo, D. N. 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521)*, por Miguel D. Mena. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo*, Vol. I: 1492-1501, por fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español. Santo Domingo, D. N., 2007.



- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886.* (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia), por Alfredo Rafael Hernández Figueroa (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886.* (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración), por Alfredo Rafael Hernández Figueroa (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII.* (Vol. LXXX de la Academia Dominicana de la Historia). Por Genaro Rodríguez Morel (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos.* Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894), tomo I* (Vol. LXXXII de la Academia Dominicana de la Historia), por Raymundo González. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894), tomo II* (Vol. LXXXIII de la Academia Dominicana de la Historia), por Raymundo González. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain* (traducción al castellano del P. Jesús Hernández). Santo Domingo, D. N., 2007. Primera edición: Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1944.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos*, en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba, por Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*, por el Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos*, por el Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer*, por Eugenio María de Hostos. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)* (Vol. LXXXI de la Academia Dominicana de la Historia), por Genaro Rodríguez Morel (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2008.



- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección*, por Rafael Darío Herrera (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2008
- Vol. XLVI *Años imborrables*, de Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Santo Domingo, 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población*, de Alejandro Paulino Ramos. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo I) de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo II), de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo III), de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilianarias*, por Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos*, por Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos*, por Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana*, por José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas*, por Antonio Sánchez Hernández. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales*, por Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos*, por Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica*, por Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas*, por Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*, tomo I, por José Luis Sáez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*, tomo II, por José Luis Sáez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.



- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007*, por el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D.N., 2008.
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670)*. Transcripción de José Luis Sáez, S.J. Santo Domingo, D.N., 2008.
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916)*, por María Filomena González Canalda. Santo Domingo, D.N., 2008.
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas*, por Manuel Vicente Hernández González. Santo Domingo, D.N., 2008.
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos*, de César A. Herrera. Santo Domingo, D.N., 2008.

Colección Juvenil

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007
- Vol. II *Heroínas nacionales*, por Roberto Cassá. Santo Domingo, 2007. E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*, por Alejandro Paulino Ramos. Segunda edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX*, por Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria*, por Roberto Cassá. Santo Domingo, D.N., 2008.







Colofón

Este libro, *Escritos 1. Cosas, Cartas y... Otras cosas*, de Hipólito Billini, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Búho, C. por A, Santo Domingo, República Dominicana, en el mes de octubre de 2008. Está compuesto en caracteres New Baskerville tamaño 11.5 e impreso en papel cáscara de huevo de baja densidad. La impresión consta de 1,000 (mil) ejemplares en tapa rústica.







cieron sus escritos titulados "Cosas...", en los cuales coge la pluma para hacer las veces de cronista de su época, en unos escritos cargados de buen humor, de denuncia de los males sociales y la corrupción; además de anticlericales, desafiantes e irreverentes. Esa misma línea de escritura es la que volvemos a encontrar en sus importantes y valiosas "Cartas de James Cooper a Robert Ferguson" y "Cartas de Robert Ferguson a James Cooper", las cuales aparecieron en *El Eco de la Opinión* entre junio de 1886 y agosto de 1887.

En 1895, accediendo a la petición del director-proprietario del ya mencionado *Eco de la Opinión*, que lo era su hermano Francisco Gregorio, aceptó ocuparse interinamente de la redacción de este periódico para cubrir la vacante dejada por la renuncia de Miguel Ángel Garrido. Fue en ese mismo año que publicó una larga serie de artículos por entregas, dedicados a tratar la cuestión de límites fronterizos entre la República Dominicana y la República de Haití; cuestión que estaba entonces sometida a la consideración del Papa León XIII para su dictamen. Dichos artículos fueron recogidos en 1896 bajo el mismo título con que aparecieron primeramente: *Santo Domingo y Haití. Cuestión de límites*, con un valioso prólogo de ponderación de Manuel de J. Galván.

Con motivo de la firma en 1901 del contrato entre el Estado dominicano y la San Domingo Improvement Company of New York, escribió una serie de catorce artículos, bajo el título de "El Contrato con la Improvement". Las opiniones, objeciones y argumentos en contra externadas en estos artículos desataron la reacción del entonces Ministro de Relaciones Exteriores, Francisco Henríquez y Carvajal, quien defendió la firma que él mismo, en su condición de comisionado dominicano para tales negociaciones, había avalado con la compañía norteamericana. Los artículos de Billini aparecieron en el *Listín Diario*, y los de Henríquez y Carvajal en el periódico pro gubernamental *El Combate*, con el seudónimo CAYACOA.

Hipólito Billini Aristy falleció en Santo Domingo el 2 de febrero de 1903.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ISBN: 978-9945-020-53-3